

Cuadernos del Sur

20

TRABAJO Y NO TRABAJO

JESUS ALBARRACIN/PEDRO MONTES: El debate sobre el reparto del empleo. †

CLAUDIO LOZANO/ROBERTO FELETTI: Convertibilidad y desempleo. Crisis ocupacional en la Argentina. †

ALAIN LIPIETZ/MAXIME DURAND: Francia: La reducción del tiempo de trabajo y la compensación salarial. †

OSKAR NEGHT: La imaginación productiva. †

ADOLFO GILLY: Entre Babel y la ciudad futura †

ARTURO ANGUIANO: ¿Una nueva izquierda en México? †

ADOLFO GILLY: Ernest Mandel: recuerdos del olvido †

RESEÑAS: Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina.

Cuadernos del Sur

AÑO 11 - Nº 20

Diciembre de 1995

Tierra
del fuego

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita / Roque Pedace / Alberto J. Plá / Carlos Suárez

Brasil: Enrique Anda / Florestán Fernandez

Bolivia: Washington Estellano

Chile: Alicia Salomone

Perú: Alberto Di Franco

México: Alejandro Dabat / Adolfo Gilly / Alejandro Gálvez C. /

José María Iglesias (editor)

Escocia: John Holloway

España: Daniel Pereyra

Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy

Italia: Guillermo Almeyra

Rusia: Boris Kagarlitsky

El Comité Editorial está compuesto por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina.

Colectivo de Gestión

María Rosa Lorenzo / Alberto Bonnet / Roberto Tarditi / Mariano Resels /

Gustavo Guevara / Eduardo Glavich / Leónidas Cerruti.

Coordinación Artística

Juan Carlos Romero

Publicado por *Editorial Tierra del Fuego*

Número 20

Argentina - Diciembre 1995

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

Casilla de Correos n° 167. 6-B. CP. 1406

Buenos Aires - Argentina

INDICE

EDITORIAL	Trabajo y no trabajo.	5
JESUS ALBARRACIN/ PEDRO MONTES	El debate sobre el reparto del empleo.	9
CLAUDIO LOZANO/ ROBERTO FELETTI	Convertibilidad y desempleo Crisis ocupacional en la Argentina.	25
ALAIN LIPIETZ/ MAXIME DURAND	Francia: La reducción del tiempo de trabajo y la compensación salarial.	47
OSKAR NEGTE	La imaginación productiva.	59
ADOLFO GILLY	Entre Babel y la ciudad futura	75
ARTURO ANGUIANO	¿Una nueva izquierda en México?	87
ADOLFO GILLY	Ernest Mandel: recuerdos del olvido.	107
RESEÑAS	Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina.	115
REVISTAS DE REVISTAS		119

FRIEDRIC ENGELS

En el centenario de su muerte

En agosto pasado se cumplieron 100 años de la muerte de Engels. Nacido en Barmen el 28 de noviembre de 1820, murió en Londres el 5 de agosto de 1895. Figura destacada de un siglo por demás exuberante en ideas y creador del último gran movimiento social moderno, el movimiento obrero y socialista.

« Había conocido a París en los dos últimos años de la monarquía, en los tiempos en que la burguesía vivía en sus glorias, disfrutando plenamente de su poderío... y donde incluso una parte de los obreros vivía sin grandes aprietos y podía participar de la alegría y la despreocupación generales. Encontré de nuevo a París entregado a la fugaz borrachera de la luna de miel republicana, en marzo y en abril, cuando los obreros, aquellos locos llenos de esperanza, ponían a disposición de la República, sin pensar para nada en el futuro, «tres meses de miseria», cuando no comían en todo el día mas que pan seco y patatas.... y ardían de entusiasmo y cantaban jubilosos la Marsellesa, mientras los burgueses se pasaban el día encerrados en sus casas y trataban de aquietar con faroles de colores la cólera del pueblo.

Volví -y no ciertamente por mi voluntad- en el mes de octubre. Entre el París de entonces y el de ahora se interponían el 15 de mayo y el 25 de junio, la más tremenda lucha que jamás haya visto el mundo, se interponían un mar de sangre y quince mil cadáveres. Las granadas habían hecho saltar por el aire la insuperable alegría de París, habían enmudecido la Marsellesa y el Chant du départ, y sólo la burguesía musitaba todavía entre dientes su «Mourir pour la patrie». Los obreros sin pan y sin armas rechinaban los dientes y apretaban los puños... la licenciada república había aprendido a ser honesta, prudente y moderada (sage et modéré).

Pero París estaba muerto... Volvía a ser el París de 1847, pero sin el espíritu, sin la vida, sin el fuego ni el fermento que en aquellos días ponían en todo los obreros. París estaba muerto y el hermoso cadáver resultaba tanto más espantoso cuanto más bello era.

No me encontraba a gusto en este París muerto. Tenía que huir de allí, adonde fuera. Por el momento a Suiza. Como no tenía mucho dinero, decidí hacer el viaje a pie. Pero no por el camino más corto, pues no es fácil separarse de París.»

Párrafos de su cuaderno de notas de *París a Berna*
Escrito luego de la derrota del 48. Publicado en 1898-1899.

Trabajo y no trabajo

En los últimos años el núcleo de los debates en torno a la reorganización social y política del movimiento obrero ha tenido como sustento de las distintas interpretaciones los cambios estructurales operados en el mundo del trabajo y en el comportamiento del mercado laboral. Pero en el capitalismo de este fin de milenio, y en la Argentina de nuestros días, sometida a la hegemonía de las concepciones neoliberales, hablar del trabajo requiere, necesariamente, hablar del no trabajo.

La cuestión de la ausencia de trabajo, del paro forzoso, de la desocupación creciente y de la exclusión social es una realidad que recorre el mundo, y en nuestro país ha ganado abruptamente espacio público a partir de que en Julio pasado se conocieran los datos oficiales correspondientes a la medición de abril de este año. La magnitud de los datos informados la ha instalado como discusión insoslayable en distintos ámbitos políticos, académicos y sociales.

No resulta una cuestión menor. Los datos oficiales dados a conocer no sólo baten el record histórico desde que estos indicadores son utilizados, sino que muestran una fuerte aceleración ascendente en los últimos años, en lo que no se duda en considerar un avance cualitativo de importancia.

Si se analizan las cifras de desocupación y subocupación desde el 83 hasta ahora es posible verificar ese salto cualitativo. Si en la década de los ochenta la tasa de desempleo abierta oscilaba en promedio entre el 4% y el 6%, y en los últimos dos años estuvo siempre por arriba del 10%, la última medición la ubica en un 18.6%, y en 11.3 el porcentaje de subocupación. Mas aún, algunas proyecciones, entre las que se encuentran las del propio Banco Mundial, basadas en un pronóstico de crecimiento cero para la economía argentina en 1995, la ubicarían a fines de año entre un 20 y un 23%, en tanto que estimaciones privadas recientes la calculan aún por encima de estos guarismos. Por otra parte desde 1983 nunca ha sido tan baja como ahora la proporción de gente que tiene empleo respecto de la población total: sólo un 34.9%.

Ahora bien si estos datos son significativos, mas aún lo es la aceleración que muestra la evolución de la tasa entre los distintos momentos de medición. A partir del Plan de Convertibilidad (1991) el PBI ha registrado fuertes tasas de crecimiento, pero al mismo tiempo y a partir de ese mismo año la tasa de desocupación inicia también un fuerte ascenso. A la par que la tasa de actividad crecía el empleo comenzó a decrecer.

En esta etapa de reestructuración productiva, de apertura de la economía, de ruptura de las convenciones colectivas, el trabajo ha perdido homogeneidad, es cada día mas fragmentado y desparejo, y el no trabajo es mas desparejo aún.

Afecta principalmente a los jóvenes, que no consiguen ingresar al mercado de laboral, a los mayores de 40 años que son expulsados del mismo, a las mujeres y a los menos calificados. Este conglomerado constituye lo que los tecnócratas de turno llaman el «núcleo duro» de la desocupación. Y es también desparejo por ramas de la economía y por ámbito geográfico, afecta más a las ramas que están ligadas al mercado interno, que a las que han logrado insertarse en el mercado mundial, es mucho más fuerte en las concentraciones urbanas que en las áreas rurales.

La reestructuración productiva, los cambios en los procesos de trabajo y las nuevas tecnologías traen como consecuencia una rápida obsolescencia de las profesiones y los oficios. Por los cambios de las destrezas se produce un doble movimiento: por un lado una fracción minoritaria de la clase altamente calificada y en continuo proceso de recalificación, y por el otro una fracción mayoritaria en recambio constante con una dinámica de destrucción de fuerza de trabajo y de sustitución por otra nueva.

Esto es lo que hace que hasta no hace mucho la estructura de la desocupación mostraba una fuerte presencia de trabajadores «intermitentes», que entran y salen alternativamente del mercado de trabajo, pero en los últimos tiempos el período para conseguir un nuevo empleo se va alargando con lo que ya se comienza a hablar de desocupados de largo plazo.

La convergencia de las cifras expuestas ponen de relieve los profundos cambios estructurales en la dinámica y el funcionamiento del mercado de trabajo. Ni esta realidad ni la desocupación son recientes en la Argentina, se arrastran desde hace años. Si bien se mira las causas de su carácter estructural pueden encontrarse ya en los años 80, pero como lo explicara hace más de una década el recientemente desaparecido Ernest Mandel, en *Las consecuencias sociales de la crisis en la Europa capitalista*, el efecto acumulativo de estos cambios aparece con fuerza recién cuando el fenómeno adquiere cierto nivel cuantitativo.

Frente a la evidencia funcionarios gubernamentales, empresarios, comunicadores sociales y miembros de la oposición parlamentaria, reaccionaron con manifestaciones de sorpresa, como si fuera el resultado de un hecho fatal o de la naturaleza. Mas aún, los más agudos críticos eximen de toda responsabilidad al sistema, y lo exponen como el resultado de una determinada política o de un plan económico.

Unos y otros no hacen más que ocultar lo que Albarracín y Montes explican en este mismo volumen, que «... para el capital la salida de la crisis exige una política económica y social destinada a la recuperación de la tasa de ganancia, cuyo descenso está en el origen de la crisis actual. Para ello debe lograr una reducción significativa y duradera de los salarios reales y un paralelo aumento de la productividad, y en ambas cuestiones, la desregulación de la relaciones laborales desempeña un papel fundamental...»

Discutir la desocupación y la exclusión social en Argentina no puede hacerse

sin una perspectiva de lo que está pasando a nivel mundial. De la lógica del capital en este largo período de crisis y reestructuración. En este sentido es necesario afirmar que los problemas que afectan a los trabajadores argentinos tienen rasgos propios, tienen que ver con las peculiaridades de la formación social argentina y con las características de las políticas gubernamentales que se llevan adelante, pero que no escapan o no pueden escapar a las tendencias generales del capitalismo mundial. Sin duda se trata de la tendencia del capital a reemplazar trabajo vivo por trabajo muerto, acelerada en el marco de la crisis. Esta tendencia se encuentra hoy exacerbada con la implantación de las nuevas tecnologías, que incrementan fenomenalmente la productividad del trabajo, pero también con la racionalización y modificación de los procesos de trabajo, cuyas implicancias en nuestros países son muchas veces mas importantes que la derivadas de la innovación tecnológica.

Las causas de la desocupación y la exclusión social generalizadas se encuentran en las entrañas mismas de un sistema que no alcanza ya a dar respuestas a las necesidades crecientes de la humanidad. El capital no puede resolver en un mismo momento la crisis y el desempleo, porque siempre las salidas capitalistas de la crisis presuponen fuertes incrementos de productividad, que como contrapartida generan pérdidas de empleo. Por ahora el capital a escala mundial no ha encontrado una salida duradera, sólo ha sabido recurrir a la sociedad dual, y los pronósticos no son alentadores.

Los artículos sobre el tema que reúne este volumen, a manera de un «dossier», en un todo complementario del que publicáramos en el número anterior, buscan abrir el debate sobre la disminución de la jornada laboral y el reparto del empleo existente. Jesús Albarracín y Pedro Montes, desde una perspectiva claramente anticapitalista, dedican la mayor parte de su trabajo a desmontar el argumento según el cual, toda reducción del horario de trabajo debe implicar una reducción proporcional del salario. Claudio Lozano y Roberto Feletti efectúan uno de los análisis mas serios y documentados sobre la situación argentina, aunque en sus conclusiones dejan abierta la posibilidad de resolver el problema en el marco de las reglas propuestas por el sistema, con concepciones de tipo populista o neokeynesianas. En tanto que la polémica entre Maxime Durand, del grupo de economistas de la LCR francesa y colaborador permanente de nuestra revista, y Alain Lipietz, de la Comisión Económica de los Verdes y asiduo visitante de nuestro país, refleja la discusión al interior del movimiento AC!, Acción Chomage!, en Francia sobre la jornada de 35 hs. semanales con o sin reducción salarial.

Por último, la carta que Oskar Negt escribiera con motivo del onomástico de André Gorz es en realidad un complemento del número anterior, pero coloca, entre otras, una discusión que nos parece relevante destacar aquí: establece una ligazón entre liberación en el trabajo y liberación del trabajo. Aplicada a la lucha anticapitalista contra el paro forzoso podríamos concluir que la reducción

de la jornada laboral, acompañada del reparto del trabajo socialmente existente, no es sólo un mecanismo defensivo en el marco de la crisis, es también una propuesta que avanza hacia la extensión del tiempo libre, hacia un plano de actividad libre y creativa que rompa con la alienación del capital, y que, por otra, parte permite forjar la cohesión de clase articulando la relación entre incluidos y excluidos de la producción y el consumo.

Pensamos que los artículos aquí reunidos son lo suficientemente interesantes y atractivos como para estimular el debate y el cambio de opiniones. Colocar en primer plano este debate no es para Cuadernos del Sur una mera especulación teórica, ni tampoco un tributo al dramatismo de las cifras. Sino que surge de la comprensión que no se avizora una salida a la crisis, sino que por el contrario en el horizonte está su profundización, con la secuela de miseria y degradación social que esta conlleva. El Gobierno Nacional ya ha impuesto la rebaja salarial en el sector público, varios Gobiernos provinciales han sancionado leyes que permiten la disminución horaria y salarial; desde la Unión Industrial Argentina se impulsa el debate sobre la reducción generalizada de los salarios, como forma de devaluación indirecta sin alterar la paridad cambiaria. La derecha se prepara teórica y políticamente.

Instalar este debate, acerca de uno de los temas centrales del momento, que supera lo meramente coyuntural responde objetivamente a una necesidad social, ya que en el reino del mercado los excluidos de la producción y del consumo son irrelevantes, «..el capital no necesita lo que ellos pueden ofrecer, y estos no pueden comprar lo que se les quiere vender».

La exclusión social ha llegado a la Argentina para quedarse, y requiere con urgencia iniciativas desde la izquierda, acordes con las implicancias sociales y políticas que de ella se derivan.

Eduardo Lucita
Buenos Aires, noviembre 1995

El debate sobre el reparto del empleo*

Jesús Albarracín / Pedro Montes

El debate sobre la jornada ha cobrado gran interés social ante el paro que asola a los países capitalistas occidentales y la profundidad de la actual recesión económica. Pero este interés es más fruto del impulso que la derecha y sus grupos políticos afines están dando al tema, en la versión de que es necesario repartir el trabajo como si de un bien escaso se tratara, que del empuje de la izquierda y los sindicatos, cuya reivindicación histórica se centra en una reducción generalizada de la jornada laboral. La ponencia marco para el congreso del PSOE, el Gobierno, las patronales, el senado francés, el ministro de Economía alemán e, incluso, una multinacional tan significativa como Volkswagen han reconocido que la economía occidental no puede dar empleo a todos los que quieren y lo necesitan, y, por tanto que es necesario repartir el trabajo. Esta preocupación que se ha apoderado de la de-

recha responde al acuciante problema del paro y sus sombrías perspectivas, pero en el tema de la reducción de la jornada hay demasiados intereses en juego para que las diferentes propuestas sean aceptadas sin más.

La reducción de la jornada es una necesidad histórica, dado el avance tecnológico que se ha producido, pero no es esto lo que está moviendo a proponerla a los representantes del capital. En unos casos tratan de reducir una producción que no encuentra demanda, haciendo que sus plantillas trabajen sólo cuatro días a la semana o dando tres meses de vacaciones no pagadas. En otros han visto la oportunidad de aumentar la precarización del empleo, proponiendo la generalización del contrato a tiempo parcial o el cómputo anual de las horas trabajadas. Su preocupación por el paro no llega al punto de promover la creación de empleo mejorando las condiciones de vida de los trabajadores, sino que

*Reproducido de UTOPIAS Nº 158, Madrid Enero/Marzo 1994

pretenden repartir entre éstos el empleo existente, condicionándolo a que paguen el ajuste con la correspondiente reducción salarial.

Ante la propuesta de una reducción drástica de la jornada con una reducción equivalente en salarios, que colocaría a muchos trabajadores en una situación desesperada con unos ingresos por debajo de los niveles de subsistencia, ya sea en casos de empresas o sectores concretos o con carácter general con la extensión de los contratos a tiempo parcial, es preciso desde la izquierda levantar una alternativa con sentido histórico y que responda a los intereses de los trabajadores y no los debilita. Esa alternativa debe tener como objetivo inmediato mitigar el problema permanente del paro, porque hay que dar por sentado que ni en el mejor de los casos, esto es, si se produce una reactivación de las economías, podría absorberse significativamente las actuales cotas de desempleo, y porque estas cotas representan una rémora insostenible en la lucha de clases, que están siendo aprovechadas por la burguesía para arrasar conquistas del movimiento logradas en luchas de generaciones.

1. La política del capital

Desde el punto de vista del capital, la salida de la crisis exige una política económica y social destina-

da a la recuperación de la tasa de beneficio, cuyo descenso está en el origen de la crisis actual. Para ello debe lograr una reducción significativa y duradera de los salarios reales y un paralelo aumento de la productividad y, en ambas cuestiones, la desregulación de las relaciones laborales desempeña un papel fundamental. Por un lado se trata de reimplementar la "ley de la selva" en el mercado de trabajo para conseguir que el deterioro de las condiciones laborales presione a la baja a los salarios, ya que los trabajadores se encontrarán en peores condiciones de negociación. Por otro, con la desregulación se pretende rentabilizar el máximo la utilización de la fuerza de trabajo -precarización del empleo, movilidad funcional y geográfica, cómputo anual de la jornada laboral adaptándola a las necesidades estacionales y coyunturales que marque la demanda, despido libre, etc.-, obteniendo así un aumento sustancial de la productividad.

Para el neoliberalismo, hegemónico en la mayoría de los gobiernos europeos, tal política tiene una lógica. Según ésta, la crisis sólo puede ser remontada si se crean las condiciones para una nueva fase de expansión, dejando que el mercado juegue libremente para sanear la economía, a través de que desaparezcan las empresas menos rentables. Pero, en una economía abierta, para no caer en un torbellino que arrastre

Cuadro 1.

El debate europeo sobre el reparto del empleo

A lo largo del mes de octubre se ha desarrollado un debate sobre el reparto del empleo, cuyos principales eslabones son los siguientes:

* **COMUNIDAD EUROPEA.** El Partido Socialista Europeo presenta, en el Parlamento Europeo, un proyecto de resolución a favor de la semana laboral de 4 días o las 35 horas semanales de trabajo. La propuesta reclama la adopción de acuerdos entre los agentes sociales para reorganizar el trabajo existente.

* **FRANCIA.** A principios de septiembre, Giraud, ministro francés de Trabajo, dice que las 37 horas semanales deben ser el objetivo para crear empleo. A finales de octubre, Rocard propone la semana laboral de 4 días en Francia. También a finales de octubre, la Comisión de Asuntos Sociales del Senado aprueba, con los votos en contra de socialistas y comunistas, una enmienda a la Ley Quinquenal de Empleo, para que las empresas que opten por la reducción de la semana laboral y aumenten su plantilla en un 10 por 100 paguen entre un 30 por 100 y un 40 por 100 menos en concepto de cargas sociales. Force Ouvrière y CGT se muestran en contra, a causa de las reducciones salariales que implica y porque no se trata de repartir el paro, sino de crear trabajo, mientras que la CFDT está dispuesta a discutir la propuesta.

* **ALEMANIA.** Volkswagen propone la reducción de la semana laboral de 4 días, con reducción del 20 por 100 de los salarios, para evitar el despido de 31.000 trabajadores como consecuencia de la caída de la demanda de automóviles que ha producido. Rexrodt, ministro alemán de Economía, interviene en el debate proponiendo una variante alternativa a la semana de 4 días: un premio de tres meses sin derecho a retribución. Kohl interviene diciendo que menos horas de trabajo y más vacaciones no es la receta para ser más competitivos. El sindicato IG Metal se muestra de acuerdo en negociar con Volkswagen la semana laboral de 4 días, previo acuerdo sobre la reducción de los salarios.

* **SUIZA.** La Federación Suiza de Sindicatos Patronales hace público un documento sobre el reparto del empleo, en el que se sostiene que tal medida es sólo complementaria y defensiva para proteger los puestos de trabajo existentes sin permitir la creación de nuevos empleos.

* **ESTADO ESPAÑOL.** El PSOE incluye en la ponencia marco para su congreso la necesidad de debatir el reparto de trabajo por la vía de la generalización del contrato a tiempo parcial o la reducción de jornada con reducción de salarios. Los sindicatos, en su comparecencia en el Congreso de los Diputados, aceptan la negociación de jornada por salarios. Aznar, presidente del PP, tacha tal propuesta de estúpida, pues hay que trabajar más para salir de la crisis.

a la mayoría de las empresas, es preciso aumentar la competitividad. Como nuevo talismán, la mejora de la competitividad se ha convertido en el supremo objetivo de la política económica, exigiendo la reducción de los salarios y el aumento de la productividad. Y es en este sentido en el que hay que situar las proclamas neoliberales, por absurdas y estúpidas que parezcan cuando el paro se acumula ante la falta de empleo, a que para salir de la crisis hay que trabajar más y más duro. Se trata de que los que tienen empleo trabajen con mayor intensidad par aumentar la productividad -lo que se consigue con la contrarreforma del mercado de trabajo, no con la reducción de la jornada-, aunque trabaje menos gente, porque la rentabilización de la fuerza de trabajo, en un contexto de crisis económica, implica destruir empleo.

Así, pues, la reducción de la jornada no forma parte de los objetivos de la patronal. Nótese, a este respecto, la rapidez con la que el Gobierno español reaccionó a las propuestas que surgían, señalando que lo que estaba sobre la mesa de negociación no era la reducción de la jornada, sino la reforma del mercado de trabajo. No obstante, no han podido evitar que el debate saltara a la opinión pública, porque existen razones poderosas para que así sea.

Desde que se inició la actual onda larga del capitalismo al principio de

los setenta, las fases de recuperación cíclica no han permitido absorber el paro acumulado en las recesiones y el crecimiento vegetativo de la población activa, por lo que los sucesivos momentos de auge se han alcanzado con niveles de paro cada vez más altos y en las recesiones el desempleo ha cobrado cada vez tintes más inquietantes. En los países de la OCDE, 35 millones de personas se encuentran actualmente en desempleo -el 7,5 por 100 de la población activa-, pronosticándose un aumento el año que viene hasta 37 millones. Y en la CE, el paro se eleva a 17 millones, el 10,5 por 100 de la población activa.

La preocupación por la evolución y el nivel del paro ha empezado a cundir en los propios medios de la burguesía, porque lo que es una ventaja para los capitalistas en la lucha de clases -la existencia de un copioso ejército de reserva-, traspasado cierto límite, puede ser contraproducente para el sistema por la agitación social que puede desencadenar y la falta de legitimidad que lo puede empañar por su incapacidad para generar empleo, condenando a la desesperación a millones de trabajadores. La derecha está preocupada y lo mismo ocurre con algunos socialdemócratas que como gestores del capitalismo no tienen nada que envidiarle a los propios capitalistas, y de ahí que el tema de la reducción de jornada haya cobrado

actualidad, cuando ha sido una reivindicación histórica de la izquierda que ha merecido poca atención de los poderes económicos y políticos.

Combinando la preocupación política con el cuidado de sus intereses económicos, las propuestas de la derecha no van en el sentido de repartir el trabajo para que se cree empleo, sino en el de repartir la masa de los salarios entre los trabajadores actualmente ocupados y los parados, de forma que se desactive la amenaza social del desempleo masivo, pero sin coste para el capital. Y, si es posible, con ventajas, tratando que el reparto del trabajo implique una elevación en la tasa de explotación y de la tasa beneficio ⁽¹⁾ y se aproveche para avanzar en la flexibilización del mercado de trabajo y en el debilitamiento de los trabajadores. Así, el Gobierno español propone que el reparto debe basarse en la generalización del contrato a tiempo parcial -dejando *ad calendas grecas* la reducción de la jornada- o el francés aprueba un “experimento” con el que se subvencionará a las empresas que reduzcan jornada y salarios.

Hay razón adicional para que el tema de la reducción de la jornada haya cobrado actualidad impulsado por la derecha. La recesión está causando estragos en algunos sectores, como ocurre destacadamente en el del automóvil, cuyos niveles de pro-

ducción sobrepasan ampliamente la demanda, acumulándose las mercancías sin vender. En estas condiciones es necesario reducir la producción y, si se quieren preservar los beneficios, deben hacerlo también el empleo y los salarios. Se puede proceder a un despido masivo de plantillas, pero esto, además de la resistencia social que encuentra, significaría desperdiciar todo el capital humano que han ido acumulando las empresas, por lo que apuestan por una disminución proporcional de la jornada y los salarios. Tal como ha propuesto Volkswagen: reducir un 20 por 100 la jornada y un 20 por 100 los salarios, para evitar así el despido de 31.000 trabajadores. Esta opción, en la medida que se aplicase para toda la compañía, sería como si adoptara un masivo Expediente de Regulación de Empleo basado en la reducción de jornada ⁽²⁾.

En ningún momento la reducción de jornada ha sido desde el punto de vista del capital un objetivo deseable, como lo pone de manifiesto el hecho de que el continuo e intenso incremento de la productividad durante los últimos decenios sólo ha originado mínimas disminuciones de jornada, que nunca además han sido fruto de concesiones, sino que han tenido que ser arrancadas por la lucha. Tan descompasado ha marchado el ritmo de la productividad del trabajo en comparación con el

ritmo del descenso de la jornada, que puede afirmarse que ahora, ante el paro acumulado, son necesarios cambios "revolucionarios" por la resistencia que han opuesto los capitalista a las reformas.

Para la izquierda, en cambio, la disminución del tiempo de trabajo no sólo representa un aspecto esencial del avance histórico que debe redundar en beneficio de todos -liberarse del esfuerzo para cubrir las necesidades materiales como consecuencia del dominio que la humanidad ha ido imponiendo sobre la naturaleza-, sino que constituye también una de sus reivindicaciones históricas, como condición para mejorar el nivel de vida dentro de un sistema con intereses contrapuestos regido por la lucha de clases y, más recientemente, como una reivindicación necesaria para paliar el problema del paro.

2. La reducción de la jornada y el empleo

La situación del paro y sus diversas perspectivas son, efectivamente, las que han promovido a un primer plano el tema de la reducción de jornada. Surge de ello de inmediato la cuestión de en qué medida una tal reducción puede contribuir a crear empleo.

Es fácil demostrar que la tasa de crecimiento del empleo es igual a la tasa de crecimiento del PIB, más la

reducción de la jornada laboral menos la tasa del aumento de la productividad por la hora trabajada que pueda originarse por esa reducción⁽³⁾. Si el PIB permanece constante, una reducción de jornada no dará lugar a un incremento del empleo si aumenta la productividad por hora en el mismo porcentaje. O dicho de otra forma: si no hay incremento de la productividad de la producción, la tasa de crecimiento del empleo derivada de una reducción de jornada será la diferencia entre el porcentaje que disminuya ésta y la tasa a la que se eleve la productividad por hora.

Con esta referencia aritmética cabe examinar a grandes rasgos lo que podría esperarse que ocurriera en la productividad y en el empleo de los grandes sectores económicos ante una reducción significativa de la jornada.

En la agricultura, que representa un 10 por 100 de la ocupación, por las características productivas del sector, no debería esperarse un aumento relevante de la productividad horaria por la reducción de la jornada de los asalariados. Sin embargo, por las relaciones de propiedad y laborales que rigen en el sector, sería difícil poner en práctica una reducción sensible de la jornada, lo que significa que el empleo, aunque aumente la productividad, tiene escaso margen para aumentar.

En el sector industrial, cuya ocu-

pación representa el 23 por 100 del total, pueden distinguirse dos situaciones: las empresas o sectores que están operando a plena capacidad o que su nivel de ocupación se ajusta a su nivel de producción y las empresas o sectores que tienen excedentes de plantilla, bien porque están acumulando producción sin vender o bien porque tienen a una parte de ella subocupada. En el primer caso, para un nivel de producción dado, una reducción de la jornada podría promover un aumento del empleo, aunque de menor intensidad, puesto que está demostrado, una disminución de la jornada siempre va acompañada de un aumento de la productividad. En el segundo caso, cuando hay excedentes de plantilla, la reducción de jornada iría también acompañada de un aumento de la productividad, pero como lo que se pretende es reducir la producción con la reducción de jornada, el empleo llegaría a disminuir en el porcentaje de la producción, menos lo que disminuya la jornada y más lo que aumente la productividad por hora. Para mantener el empleo en estas empresas o sectores sería necesario apostar por una reducción de la producción equivalente a la diferencia entre la reducción de la jornada y el incremento de la productividad ⁽⁴⁾.

Dada la situación excedentaria de plantillas en que la recesión ha colocado a muchos sectores industria-

les, cabe anticipar que una reducción intensa de la jornada, por ejemplo, una rebaja de las 40 horas a 32, equivalente al 20 por 100, daría lugar a un crecimiento del empleo que apenas se aproximaría en torno al 15 por 100, lo cual, dado el peso de la ocupación en la industria, representaría en torno al 1 por 100 del empleo de la economía. En el futuro, una posible recuperación de la actividad industrial, en la medida en que la reducción de jornada absorbiera la mano de obra excedente, procuraría un crecimiento del empleo mayor que el que tendría lugar manteniendo la jornada intacta.

Por lo que se refiere al sector de la construcción, cuya ocupación representa el 10 por 100 del total, las características productivas de una parte considerable de su actividad - contratos de obra que se realizan a destajo - hacen difícil una aplicación efectiva de una reducción de jornada, lo que impide que por esta vía se pueda crear empleo.

En el sector servicios, que implica el 57 por 100 de la ocupación, se dan situaciones muy variadas y complejas en torno al tema. Existen sectores en los que una intensa reducción de jornada induciría un incremento de la productividad horaria casi de la misma intensidad, con efectos prácticamente nulos sobre el empleo. Tal sería el caso de muchos servicios de la Administración Pública, la banca o los seguros. En los

servicios más directamente ligados a la prestación personal - comercio, hostelería, transportes, reparaciones, educación, sanidad, doméstico- una reducción de la jornada podría ocasionar tanto un crecimiento de la productividad como un crecimiento del empleo, dependiendo de la respuesta que se diera a dicha reducción: concentración de los servicios, reducción de horarios o aumento del empleo para compensar la menor jornada, manteniendo la calidad de las prestaciones. No obstante, teniendo en cuenta las razones de fondo que están impulsando la discusión del tema de la jornada, que forman parte de una ofensiva general del capital, y la situación de debilidad en que están colocados los trabajadores (que propicia una prolongación ilegal de la jornada), una reducción legal del horario se traduciría antes en una degradación de los servicios que en un aumento del empleo en el sector terciario.

Esta visión general, aunque no se detiene en la prolija casuística que puede darse en los distintos sectores y ramas de la producción, ni en la diversidad de respuestas empresariales a la disminución de la jornada, ni en los problemas sindicales que suscitaría su aplicación (turnos, horarios), permite llegar a la conclusión: en los momentos actuales, dominados por la debilidad de la demanda y la depresión de la actividad en lo económico y por el

intento de recortar el estado de bienestar en lo social, una reducción intensa y general de la jornada laboral, del orden del 20 por 100 indicado, tendría unos efectos muy amortiguados sobre el empleo, que llegaría a crecer más de un 3 o 4 por 100, o entre 300.000 o 400.000 nuevos puestos de trabajo en el caso de la economía española.

Si la reducción se limitase a los sectores o empresas en crisis con objeto de reducir la producción, como de hecho están proponiendo las patronales para repartir simplemente el trabajo y evitar los despidos, el impacto sobre el empleo sería nulo. Y, a todos los efectos, este reparto propuesto tiene el mismo significado que la alternativa de proporcionar el trabajo a tiempo parcial, tal como propugna el PSOE con la pretensión de aparentar ser progresista, pero sin descuidar al mismo tiempo los intereses fundamentales del sistema. Se trataría de repartir el trabajo existente entre más gente con las reducciones salariales pertinentes, lo que en última instancia está fuera de la cuestión planteada, esto es, en qué medida la reducción con carácter general de la jornada puede crear empleo.

Por supuesto, los efectos limitados sobre el empleo que tendría esa reducción no ocultan dos hechos fundamentales por los que la medida debe ser defendida vigorosamente por la izquierda: porque la condi-

Cuadro 2.

Principales posiciones sobre el reparto del empleo

* PSOE

. Ponencia marco para el Congreso. "En una situación como la actual, en la que el trabajo se ha convertido en un bien especialmente escaso, es necesario abrir un debate sobre la posibilidad de repartirlo, como ya se discute en otros países europeos, mediante la extensión del uso de la contratación a tiempo parcial. Deben discutirse también las propuestas de reducción de la semana laboral con reducción de salario, posibilidad que ya se plantea como solución temporal para evitar los recortes de plantillas en empresas o ramos en crisis".

. Gobierno (Narcís Serra el 2 de noviembre). El debate sobre el reparto de trabajo como fórmula frente a la crisis "está más ligado a las transformaciones a medio plazo que a los remedios a corto plazo. Hay que desvincular este tema del Gobierno y situarlo en el debate del congreso del partido".

* PP

. Aznar (en el congreso de Nuevas Generaciones). El absurdo reparto de trabajo es congruente con el reparto de la pobreza socialdemócrata. Para salir de la crisis y crear empleo hay que trabajar más. Es una grave irresponsabilidad que desde el ejecutivo y los sindicatos se lance un mensaje que significa menos esfuerzo y trabajar menos. Una empresa puede necesitar, por su particular situación, que sus empleados trabajen sólo cuatro días a la semana, pero sería absurdo extender tal medida a todo el sistema.

* IU

. Programa electoral (legislativas de 1993). "Toma en consideración de medidas de reparto del desempleo existentes, orientadas a:

- Una reducción efectiva de la jornada laboral. Indicativamente basada en las empresas en turnos de seis horas, con control sindical, de forma que crezcan las plantillas para realizar los mismos cometidos. Para ello se propondrían reducciones salariales no lineales -y en cuantía no proporcional con la merma del horario laboral-, con el límite de que las retribuciones nunca fueran inferiores a las siete octavas partes del salario del trabajador/a. Además, se realizaría una primera aproximación de esta propuesta en ramas y territorios piloto, y en el sector público.

- Un adelanto de la edad de jubilación, teniendo como objetivo a mediano plazo la jubilación a los sesenta años, contemplando simultáneamente el facilitar la jubilación parcial y el contrato de relevo -contrato de solidaridad-, así como reduciendo la penalización de la jubilación anticipada (...).

- Eliminación de las horas extraordinarias -a través de los mecanismos legales oportunos- o, en su defecto, para casos excepcionales, establecimiento de un número máximo de horas extras a realizar por cada trabajador/a, que se compensaría obligatoriamente con jornadas de descanso (...).

- Establecimiento de la 5ª semana de vacaciones en la próxima legislatura.

* CC. OO. / UGT

. Bases para un acuerdo para el empleo. En concreto proponemos:

- Reducción progresiva de la jornada laboral, con el objetivo de 37 horas semanales, vinculadas al objetivo de la creación de nuevos empleos.

- Reordenación legal de la jornada de trabajo, limitando y controlando la realización de horas extraordinarias, y sustituyendo su retribución por compensación en tiempo de descanso.

- Favorecer el derecho a la jubilación anticipada para trabajadores mayores de 60 años, garantizándoles una pensión ajustada a sus cotizaciones, estableciendo el consiguiente contrato de relevo.

. Comparecencia en el Congreso de Nicolás Redondo y Antonio Gutiérrez, el 29 de octubre. Según las referencias de la prensa, admiten la posibilidad de negociar la reducción de jornada con reducción de salarios.

ciones de vida de los trabajadores mejorarían apreciablemente como exige el desarrollo de las fuerzas productivas y porque en el futuro, por la "limpieza" en profundidad que supondría de los excedentes de mano de obra existentes en todo el tejido productivo, los aumentos del PIB se traducirían en crecimientos más intensos del empleo.

3. La reducción de la jornada y los salarios

Fuera de los efectos directos o mecánicos de la reducción de la jornada sobre el empleo, como han sido comentados en el apartado anterior, dicha reducción tiene un aspecto esencial y polémico —la cuestión de los salarios—, que tiene repercusiones directas sobre la distribución de la renta, o si se quiere, en la tasa de exportación de los trabajadores, e indirectas sobre el propio empleo, ya que la evolución de la economía no es indiferente de la evolución de la demanda, determinada en gran medida por la evolución de los salarios. Deben examinarse, pues, las propuestas salariales que han surgido en el debate y sus consecuencias, así como las posiciones que la izquierda debe defender.

Como es sabido, para que los salarios mantengan su participación en la renta nacional es necesario que el salario real por persona, o sea, al margen del aumento de los precios,

crezca como la productividad por persona, es decir, la diferencia entre los crecimientos del PIB y el empleo (5). El mantenimiento de dicha participación debe ser el punto de partida con el que la izquierda aborde la cuestión salarial del debate de la jornada, lo que permite llegar a una conclusión inmediata de carácter general: suponiendo que el PIB no varíe, el salario real sólo debería disminuir en la proporción que aumente el empleo. Pero dicha variación del empleo, como se ha visto, es la diferencia entre el porcentaje en que disminuye la jornada y el porcentaje en que crece la productividad horaria, por lo que el salario real por ocupado no puede disminuir en la misma proporción en que disminuye la jornada, como se pretende desde las posiciones patronales. En tal caso, se produciría una redistribución de la renta contra los salarios, tanto más intensa cuanto más se incrementase la productividad horaria.

Esta norma general debe tener su concreción en cada empresa o sector desde el momento en que una reducción, por ejemplo, hasta las 32 horas, no representa para todas ellas el mismo porcentaje y desde el momento en que el supuesto del mantenimiento del nivel de productividad no tiene por qué darse en los casos concretos, siendo también muy desigual las respuestas que pueden registrarse en las variaciones del

empleo. La regla que debe regir en la negociación de los casos particulares es que el salario real por persona debe aumentar (o disminuir) por la diferencia entre el incremento de la producción (o cualquier otra medida de la actividad de la empresa) y el crecimiento del empleo. En la situación de las empresas en que se pretende reducir la producción y la jornada para mantener el empleo, tendría que producirse una reducción de los salarios reales proporcional a la disminución de la producción - no de la jornada-, aunque no debe perderse de vista que estas empresas no garantizan el mantenimiento del empleo, porque siempre produ-

cen bajas o jubilaciones anticipadas que determinarían un mejor comportamiento de la productividad por ocupado que tiene que reflejarse en los salarios reales.

El esquematismo cuantitativo de estos planteamientos como marco de referencia no puede eliminar los aspectos cualitativos de toda posición política y toda negociación sindical. Durante la última década, el aumento de la productividad ha sido notablemente superior al de los salarios reales y es esto lo que está detrás del retroceso que ha producido en la distribución de la renta. Utilizando los datos de la Contabilidad Nacional, de 1982 a 1992, la producti-

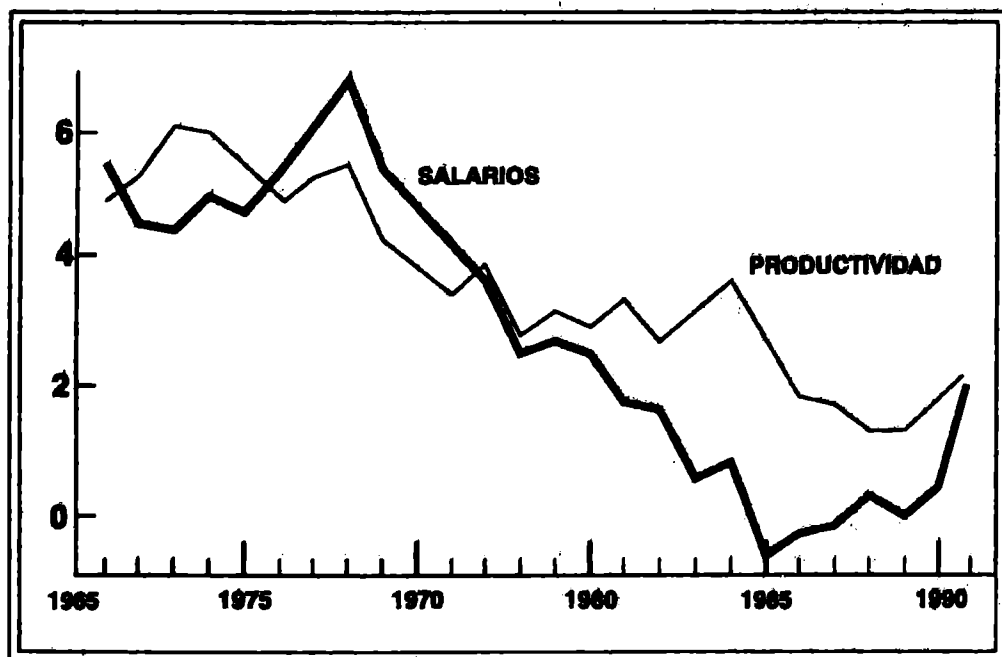


Gráfico 1: Los salarios y la productividad en la economía española.

vidad ha crecido el 25 por 100, mientras que el salario real lo ha hecho el 7 por 100. Este 18 por 100 de aumento de la productividad del que se ha apropiado el capital —véase el gráfico 1— de ahora un enorme margen de maniobra en la discusión cuando se plantea la cuestión de la reducción de la jornada.

A otro nivel, el reparto del trabajo entraña efectos redistributivo importantes en el conjunto de la economía, ya que un aumento del empleo como consecuencia de la disminución de la jornada o su reducción para evitar paro en el caso de las empresas en crisis o los contratos a tiempo parcial implican que hay menos parados, lo que a su vez implica, aun garantizando la distribución de la renta entre salarios y beneficios, que el conjunto de los trabajadores reciben menos retribuciones: justamente las prestaciones y subvenciones por desempleo que se evitarían. De ellas, una parte se financia con los impuestos y las cotizaciones de los trabajadores, pero otra parte (la menor) se sufraga con los impuestos sobre los beneficios y el consumo de los capitalistas. Este aspecto redistributivo secundario de la disminución de jornada tiene importancia por sí mismo —aunque resulte difícil de cuantificar— y porque representa una detracción de renta del conjunto de los trabajadores, con efectos sobre la demanda, la producción y el empleo.

4. Algunas conclusiones

Desde la izquierda, la reducción de la jornada se debe seguir planteando con firmeza como reivindicación ajustada al desarrollo de las fuerzas productivas. Es evidente que el problema del paro, cuya trascendencia política y social tiene que ser realizada por la izquierda, no podrá encontrar soluciones sólo a través de una reducción de jornada, aunque sea apreciable, por lo que ahí es preciso reclamar junto a ella una política económica expansiva que genere más trabajo y más empleo. Y para que la producción de jornada se traduzca en una creación de empleo significativa debe cumplir algunos requisitos:

a) No puede ser una medida coyuntural para afrontar la recesión, sino que ha de tener un carácter permanente y debe reflejarse en las leyes, pues si no, sólo será un mecanismo para que algunos empresarios hagan frente a la crisis a costa de sus plantillas. En este sentido, no puede ser concebida como un Expediente de Regulación de Empleo al que los empresarios se pueden acoger, según les convenga, sino como un mecanismo de creación de puestos de trabajo y de mejora de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores.

b) Debe ser una reducción drástica de la jornada de trabajo, pues pequeñas reducciones o reducciones

paulatinas pueden ser absorbidas por los aumentos de la productividad horaria, con lo que no se crearían puestos de trabajo.

c) Debe ser universal, pues si sólo la adoptan los empresarios que tienen problemas de demanda no se creará empleo, sino que simplemente se absorberá capacidad ociosa. Para que sea medida eficaz a medio y largo plazo debe cobrar carta de naturaleza en la sociedad que la jornada laboral ha dejado de ser de ocho horas.

d) No puede ir acompañada de una reducción de salarios por el porcentaje en que realmente disminuya la jornada, pues significaría que los incrementos de productividad se hurtaran a los trabajadores, lo que implicaría una redistribución de la renta contraria a éstos, que hundiría la demanda de consumo y podría acabar cayendo el empleo más por el hecho que lo que podría creer a causa de la reducción de la jornada.

Para que se mantenga la participación de los salarios en el valor de la producción, en cada sector o empresa, éstos deben crecer la diferencia entre el aumento de la producción y el incremento del empleo. Si con la reducción de la jornada se pretende la reducir la producción, los salarios no deben caer tanto como la jornada, sino como producción en el caso de que realmente se mantenga el empleo. Si éste cae también, como será lógico (jubilaciones anticipadas), los salarios no pueden caer más que la diferencia entre la caída de la producción y la del empleo.

e) Finalmente, si se tiene en cuenta que los salarios son uno de los componentes más importantes de la demanda y que, durante la última década, han crecido un 18 por 100 menos que la productividad, existe un margen de maniobra suficiente para que sea satisfecha la reducción de la jornada sin reducción de salarios.

(1) La proposición de que los salarios no deben reducir en el mismo porcentaje en que lo haga la jornada laboral encierra una redistribución de la renta en contra de los salarios. En efecto, sean a la participación de los salarios en la renta, w el salario medio y L el empleo. En efecto, la participación de los salarios en el valor de la producción es:

$$a = \frac{w \cdot L}{Y}$$

La productividad horaria, q , sería (siendo h la jornada laboral):

$$q = \frac{Y}{L \cdot h}$$

Es decir, $Y = q \cdot L \cdot h$, y sustituyendo en a :

$$a = \frac{w}{q \cdot h}$$

Entonces, si el salario w se reduce en el mismo porcentaje que la jornada h , como normalmente la productividad horaria crece cuando se reduce la jornada, la participación de los salarios en el valor de la producción se reducirá y la de los beneficios aumentará.

(2) Con la propuesta de que los salarios reduzcan tanto como lo haga la jornada, se trata también de evitar que el descenso de la producción y las horas trabajadas, necesarios para disminuir la capacidad ociosa, se traduzca en un descenso de la tasa de beneficio de la misma intensidad. En estos sectores, en los que el reparto de trabajo encubre la reducción de la producción que no encuentra demanda, la propuesta de que los salarios disminuyan en la misma intensidad significa pura y simplemente que sobre ellos recaiga todo el peso del ajuste, con un agravante: en los ERIs al menos un 70 por 100 de los salarios que no se perciben se cobran de los fondos de: seguro de paro.

(3) Como se señaló en la nota 1, la productividad horario, q , sería (siendo h la jornada laboral, Y la producción y L el empleo):

$$q = \frac{Y}{L \cdot h}$$

Es decir, $Y = q \cdot L \cdot h$. Y en tasas de crecimiento:

$$Y\% = q\% + L\% + h\%$$

Si $j\%$ es el porcentaje de reducción de la jornada, es decir, $j\% = -h\%$, entonces:

$$L\% = Y\% + (j\% - q\%)$$

Es decir, la tasa de crecimiento del desempleo es igual a la tasa de crecimiento de la producción más la diferencia entre el porcentaje en que se reduzca la jornada y el aumento de la productividad horaria.

a) A corto plazo, si la producción no varía, el empleo sólo crecerá por la diferencia entre el porcentaje de reducción de jornada y el que lo haga la productividad.

b) A medio plazo, al margen del acortamiento de la jornada, los factores que determinan un crecimiento continuo de la productividad por persona empleada seguirá operando y, por consiguiente, para que crezca el empleo, será necesario que la economía crezca a medio plazo a un ritmo superior al de la productividad. En el último decenio, por ejemplo, la productividad por ocupado ha crecido a una tasa anual del 2,3, por lo que, teniendo en cuenta que el PIB se ha elevado en un 3,2 por 100 anual, el empleo ha aumentado sólo en un 0,9 por 100 anual.

(4) Recordando la ecuación $L\% = Y\% + (j\% - q\%)$, el empleo disminuirá, por lo que lo haga la producción para disminuir el excedente de producción, más lo que aumente la productividad, menos lo que se reduzca la jornada. Si se quiere mantener el empleo, esto es, si se desea que $L\% = 0$, entonces se tendrá que $Y\% = q\% - j\%$, esto es, la producción habrá de disminuir por la diferencia entre lo que aumente la productividad horaria y lo que se reduzca la jornada.

(5) Sea Y el PIB, p los precios, w el salario monetario por persona y L el nivel de empleo. La participación de los salarios en el PIB sería:

$$a = \frac{\text{remuneración asalariados}}{\text{PIB monetario}} = \frac{W \cdot L}{p \cdot Y} = \frac{(w/p)}{(Y/L)}$$

Para que "a" no varíe, esto es, para que el PIB no se redistribuya en contra de los salarios, se necesitará que el crecimiento del salario real por persona sea igual al de la productividad. En este caso, el aumento del PIB se repartirá "equitativamente": un $a\%$ irá a los salarios y un $(1-a)\%$ al excedente. Sin embargo, si el salario real por persona crece menos que la productividad, que es lo que se pretende con el pacto, "a" disminuirá y la participación del excedente en el PIB aumentará. No todos se beneficiarán por igual de los frutos del progreso, porque los beneficios se llevarán una

parte creciente de los aumentos del PIB. El argumento no cambia porque la parte de la productividad que no va a aumentar los salarios reales se dedique a crear empleo, porque si L crece, también Y .

(6) Ambas proposiciones se pueden resumir en la ecuación:

$$w\% = Y\% - L\% = q\% - j\%$$

Si la producción no varía, esto es, si $Y\% = 0$, para que no se altere la distribución de la renta, el salario sólo puede descender el porcentaje en que aumente el empleo, pero, como se ha visto, el empleo aumentará por la diferencia entre el porcentaje en que se reduzca la jornada y el que aumente la productividad horaria. Es evidente que los salarios no pueden reducirse en el mismo porcentaje en que lo haga la jornada, sin en el que crezca el empleo y que en cada empresa, este último criterio es el más relevante, porque es el que mejor pueden controlar.





Ernesto de la Cárcova "Sin pan y sin trabajo" (1894).

Convertibilidad y desempleo. Crisis ocupacional en la Argentina

Claudio Lozano / Roberto Feletti*

Frente al desolador panorama que ha evidenciado la última información sobre desempleo del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, este trabajo pretende aportar elementos en tres direcciones:

a) Una presentación más exhausti-

va de los datos que proporciona el organismo oficial.

b) Algunas líneas de análisis que pretenden aportar a la comprensión del proceso que vivimos

c) Evaluación de las propuestas oficiales y alternativas frente al problema.

CUADRO NRO. 1

Intensidad de la disponibilidad para la actividad laboral: Grupo de población según gradación de la intensidad

Año	Onda	PEA(1)	Desocupados(2) %	Demandantes de empleo ocupados(3) %	Subocupados no demandantes(4) %	Ocupados plenos sobreocup. no demandantes disponibles(5)%	Total (6) %
1990	Mayo	100	3.50	13.30	4.83	11.95	38.71
	Octubre	100	5.00	12.83	5.41	11.91	36.14
1991	Mayo	100	5.31	12.40	4.70	11.23	34.84
	Octubre	100	5.30	10.94	4.31	10.59	31.91
1992	Mayo	100	5.70	12.80	4.47	9.64	33.56
	Octubre	100	6.70	12.70	4.03	9.37	32.48
1993	Mayo	100	10.61	15.27	4.58	9.18	39.59
	Octubre	100	9.53	13.92	5.32	8.75	37.54
1994	Mayo	100	11.05	15.02	5.80	9.00	41.89
	Octubre	100	13.12	16.70	4.73	9.71	44.25
1995	Mayo	100	20.20	21.20	4.00	8.50	54.00

(1) Población Económicamente Activa

(2) Desocupados abiertos (no tienen ocupación y la buscan activamente)

(3) Ocupados que buscan activamente otra ocupación (Incluye también subocupados demandantes)

(4) Subocupados (ocupados que trabajan menos de 35 hs. y están dispuestos a trabajar más) que no buscan activamente otra ocupación
Los subocupados demandantes están incluidos en la columna anterior

(5) Ocupados plenos y sobreocupados (trabajan 35 o más horas semanales) que no buscan activamente otra ocupación.

(6) Calculado sobre la PEA

Fuente INDEC

*Instituto de Estudios Sobre Estado y Participación de la Asociación de Trabajadores del Estado. (ATE).

1) LA INFORMACION DISPONIBLE

Un análisis más exhaustivo de la información que proporciona la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) permite situar en su completa dimensión el verdadero drama que hoy exhibe el mercado laboral argentino. Esta dimensión supera, como veremos, la tasa del 18,6% de desocupación abierta que tanta alarma causara a partir de su difusión.

El propio INDEC elabora un indicador que no difunde (ver Cuadro Nro. 1) destinado a medir la verdadera presión de «búsqueda de empleo» que existe en el mercado laboral.

La observación del mismo permite señalar que para Mayo de 1995, computando tanto a aquellos que no tienen empleo, como a aquellos que dadas sus condiciones laborales o su nivel de ingresos declaran su necesidad de trabajar más, un 54% de la Población Económicamente Activa (PEA) del Gran Buenos Aires (incluye Capital y Conurbano) se encuentra afectado por el problema laboral. Se

CUADRO NRO. 2

Categoría	Octubre 1994 %	Mayo 1995 %	Variación %
Desocupados	13.12	20.20	53.00
Demandantes de empleo ocupados	16.70	21.20	26.90
Subocupados no demandantes	4.70	4.00	15.50
Ocupados plenos y sobreocupados disponibles	9.70	8.80	11.40
TOTAL	44.20	54.00	22.00

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

apilan aquí situaciones de desocupación total, precariedad, subocupación e incluso sobreocupación.

Al detenerse en la observación del Cuadro Nro 1, puede encontrarse que el INDEC efectúa una distinción entre las distintas categorías que en la EPH declaran su disponibilidad a trabajar más. Esta distinción remite a diferenciar entre aquellos que «activamente» buscan empleo y quienes no lo hacen. Tomando en cuenta

CUADRO NRO. 3

Indicadores demográficos de ocupación e ingreso, por quintiles per capita familiar e

Quintiles	Tramos de los quintiles en pesos		Hogares por quintil %	Ingreso total por quintil %	Promedio por hogar				
	Desde	Hasta			Población	Población Menor de 14 años	Población Mayor 64 años	Población Ocupada	Población Desocupada
Total			100	100	3.31	0.78	0.38	1.25	0.31
Quintil 1	7.5	138	18.8	6.9	4.59	1.76	0.29	0.97	0.62
Quintil 2	140	205	20.2	10.9	3.45	0.88	0.44	0.99	0.38
Quintil 3	205.7	315	20.2	15.3	3.18	0.53	0.52	1.18	0.29
Quintil 4	315	530.8	20.5	22.4	2.92	0.42	0.38	1.41	0.18
Quintil 5	533.3	6000	20.3	44.5	2.54	0.33	0.26	1.43	0.09

(1)-Comprende los hogares en que todos los perceptores responden ingresos Fuente: INDEC

las categorías del Cuadro surge que los «subocupados no demandantes» y los «ocupados plenos y sobreocupados», si bien declaran su disponibilidad a trabajar más, no ejercen activamente esa búsqueda. Sin embargo, bueno es aclarar, casualmente son esas dos categorías las que descienden en la EPH de Mayo de 1995, mientras crecen espectacularmente las restantes. (Ver Cuadro Nro. 2).

Los desocupados plenos y los ocupados que demandan empleo activamente son los que explican el incremento del indicador en la medición de Mayo. Surge así que el 41,2% de la PEA del Gran Buenos Aires refleja problemas laborales de gravedad creciente. Por ende, tomando como límite inferior el porcentaje señalado (41,2%) y como límite superior el que brinda el Cuadro Nro. 1 (54%), estaríamos ubicando adecuadamente el total de personas con problemas de empleo en nuestro país. Si bien es cierto que no es técnicamente aceptable aplicar los porcentajes del Gran Buenos Aires al conjunto de la Nación, lo real es que muy probablemente el menor desem-

pleo que exhiben ciertos aglomerados del interior del país, sea compensado por el mayor nivel de informalidad laboral y de subocupación por ingresos que suelen tener esas regiones, lo cual lógicamente incrementa las otras categorías que computa el Cuadro Nro. 1. Por ende, y haciendo esta salvedad, considerando una PEA de 13.100.000 personas los argentinos con problemas de empleo se ubicarían entre los 5.397.200 y los 7.074.000.

Como es lógico, el drama que plantea el cuadro ocupacional se expresa con absoluta claridad al observar la situación que en materia de ingresos atraviesan los hogares del Gran Buenos Aires. La consideración de este punto le otorga mayor relevancia aún al indicador expuesto en el Cuadro Nro. 1. Básicamente porque el deterioro en los niveles de ingreso (comparado con el valor de la canasta familiar) adquiere una magnitud tal que justifica de manera absoluta la inclusión de ocupados e incluso sobreocupados entre los argentinos con problemas de empleo. (Ver Cuadro Nro. 3.)

Los tramos de los quintiles que exhibe el Cuadro corresponden a franjas de ingresos donde multiplicando el valor que aparece como límite superior, por la cantidad de población que en promedio reflejan los hogares de ese quintil, se obtiene el ingreso total máximo que pueden alcanzar los hogares de esa franja (no quiere decir que todos la alcancen). Por ejemplo, en el quintil 1 multiplicando \$138 por 4,59, surge que el ingreso máximo que puede reunir un hogar de esa categoría asciende a \$633. De este modo, al reformular

hogar (1)

Población activa	Perceptores de ingresos	Tasa de actividad	Tasa de desocupación
1.01	1.05	45.5	20.4
3.0	1.34	34.7	38.2
2.06	1.51	39.9	27.5
1.71	1.76	46.4	19.9
1.23	1.84	54.4	11.4
1.03	1.79	59.6	6

el Cuadro surge lo siguiente:

CUADRO NRO. 4

Quintiles	Nivel máximo de ingreso de los hogares \$	Hogares %	Tasa de desocupación
1	633.0	18.8	38.8
2	703.0	20.2	27.8
3	1001.7	20.2	19.9
4	1549.9	20.5	11.4
5	20320.0	20.3	6.0

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

La conclusión es más que evidente, el 79,7% de los hogares del Gran Buenos Aires están por debajo de un nivel de ingresos total de \$1549,9. Asimismo, el 59,2% de los hogares tienen ingresos menores a \$1001,7. Por otra parte, el 39% de los hogares está por debajo de los \$703. Los valores expuestos deben compararse con una canasta familiar, que para una familia tipo integrada por 4 personas del Gran Buenos Aires se ubica en \$976,19 (ci-

fra que, incorpora sólo una parcialidad de los gastos en vivienda, salud e indumentaria).

Corresponde aclarar en este punto dos cuestiones: En principio que para los sectores de más bajos recursos (primer quintil) es mayor la tendencia a conformar hogares con más de 4 personas (en promedio 4,59) lo cual tiende a incrementar el valor de la canasta de referencia. En segundo lugar, la tasa de desocupación que para el Gran Buenos Aires alcanzó el 20,2% exhibe según se observa en los Cuadros 3 y 4 una distribución absolutamente desigual. Los dos primeros quintiles presentan tasas de desempleo significativamente superior a la media. Ascenden al 38,8% y al 27,8% respectivamente. En síntesis, los más pobres soportan niveles de desocupación más altos.

Otro elemento que surge al examinar la información del INDEC, es la

CUADRO NRO. 5

Tasas de desocupación desagregadas por tipo de desocupado y causas de cesantía (1)

Tipo de desocupado	Gran Buenos Aires				Gran Rosario		
	1993	1994		1995	1993	1994	
	Octubre	Mayo	Octubre	Mayo	Octubre	Mayo	Octubre
Total	9.6	11.1	13.1	20.2	11.8	13.1	12.4
1. Antiguos Trabajadores	8.2	9.5	11.3	17.4	8.0	9.5	9.0(4)
1.1 Cesantes por causas laborales	6.6	8.1	9.7	14.8	6.3	8.0	7.7
Despidos	2.5	3.0	3.7	5.2	2.5	2.5	2.7
Falta de trabaj.	1.5	2.1	2.4	3.0	1.9	2.5	2.5
Finalización de trab. temporario.	1.0	1.5	1.7	3.9	1.1	1.9	1.7
Por condiciones de trabajo.(2)	1.4	1.5	1.9	2.7	0.7	1.0	0.8
1.2 Cesantes por motivos personales(3)	1.6	1.4	1.6	2.6	1.7	1.5	1.1
2 Nuevos Trabajadores	1.4	1.6	1.8	2.8	3.8	3.3	3.4

1) Tasas adecuadas para cada uno de los grupos sobre la PEA

(2) Incluye a ocupados que «le pagaban poco», la tarea era «por debajo de su calificación» o referían a otras causas laborales como que «le dejaban de pagar»

(3) Incluye «causas personales», «jubilación», «retiro voluntario»

(4) Incluye n/s, n/r «Causas de cesantía» (0.2%)

Fuente: INDEC

CUADRO NRO. 6

	Gran Buenos Aires			Gran Rosario		
	1993 Octubre	1995 Mayo	%	1993 Octubre	1995 Mayo	%
TOTAL	9.6	20.2	110.0	11.8	20.9	77.0
Finalización trabajo temporario	1.0	3.9	290.0	1.1	2.5	127.0

Fuente: Elaboración propia en base a. INDEC

baja significación que tienen sobre la tasa de desempleo los trabajadores extranjeros. Para el Gran Buenos Aires sobre el 20,2% de desocupación, los «migrantes de los últimos cinco años» apenas representan el 0,3%. Sobre la tasa de empleo correspondiente a 1994 (36,%) sólo alcanzan al 0,5%. Más aún, los estudios hechos por el INDEC recalculando la tasa de desocupación luego de aislar la influencia de los trabajadores extranjeros, no logra reducir siquiera en un punto la tasa de desempleo. En síntesis, el argumento oficial compartido en más de una ocasión

por el Secretario General de la CGT Gerardo Martínez y que diera lugar a la sanción de una ley por parte del parlamento nacional, no pareciera apuntar a resolver ningún aspecto sustancial del fenómeno en cuestión.

Un último punto nos interesa destacar en este análisis de la información disponible. El Cuadro Nro. 5 que presentamos permite examinar la tasa de desocupación por tipo de desocupado y causa de cesantía. Resulta notorio al observar los datos, el crecimiento dentro del total de desocupados de aquellos «antiguos trabajadores» que ingresan a la situación de desempleo, tanto en el Gran Buenos Aires como en el Gran Rosario, esgrimiendo como causa la «finalización de trabajo temporario».

Para ser más gráficos comparemos el crecimiento de la tasa global de desocupación en ambos aglomerados con el crecimiento del ítem denominado «finalización de trabajo temporario». Es obvia (ver Cuadro Nro. 6) la aceleración que exhibe el ítem considerado como causal de desocupación. Mientras la tasa de desempleo crece en los dos últimas mediciones, para ambos distritos, entre un 77% y un 110%, los desocupados por «fin de contrato temporal» se incrementan entre un 127%

	Gran Córdoba				
	1993	1994		1995	
Mayo	Octubre	Mayo	Octubre	Mayo	
25.0	6.5	7.7	9.8		
15.4	5.7	5.5	7.0		
12.9	5.1	5.0	6.3		
5.2	1.9	1.9	2.4		
3.2	1.6	1.1	1.5		
2.5	1.0	1.3	1.6		
2.0	0.6	0.7	0.8		
2.5	0.6	0.5	0.7		
5.5	1.2	2.2	2.6		

y un 290%. Parece fundamental destacar este punto en un contexto como el actual donde el gobierno funda parte de su ofensiva flexibilizadora en la promoción vía subsidio de los «contratos temporales».

Lejos de promover el empleo como alega el discurso oficial estos contratos han incrementado su participación (como causa) en la tasa de desocupación, llegando a explicar el 20% del nivel de desempleo observado en Mayo de este año. En realidad bajo un marco recesivo, estas formas contractuales sólo garantizan la reducción de costos para los empresarios viabilizando procesos de ajuste y expulsión de personal.

II) LAS LINEAS DE ANALISIS SOBRE EL PROBLEMA

El gobierno nacional e incluso una parte significativa del discurso dominante suelen asociar los niveles de desempleo alcanzados con el impacto «natural» de la globalización y el cambio tecnológico. También suelen presentar este problema como un accidente del modelo en vigencia. De un modo u otro se pretende desplazar la responsabilidad de la política oficial sobre el problema laboral. Las experiencias de Japón y Alemania con tasas de desempleo mucho más bajas que la Argentina y una densidad tecnológica indudablemente mayor ponen límites a las interpretaciones fundadas en el determinismo tecnológico. Asimismo, una evaluación ajustada de la experiencia argentina permite destruir la interesada interpretación oficial respecto al

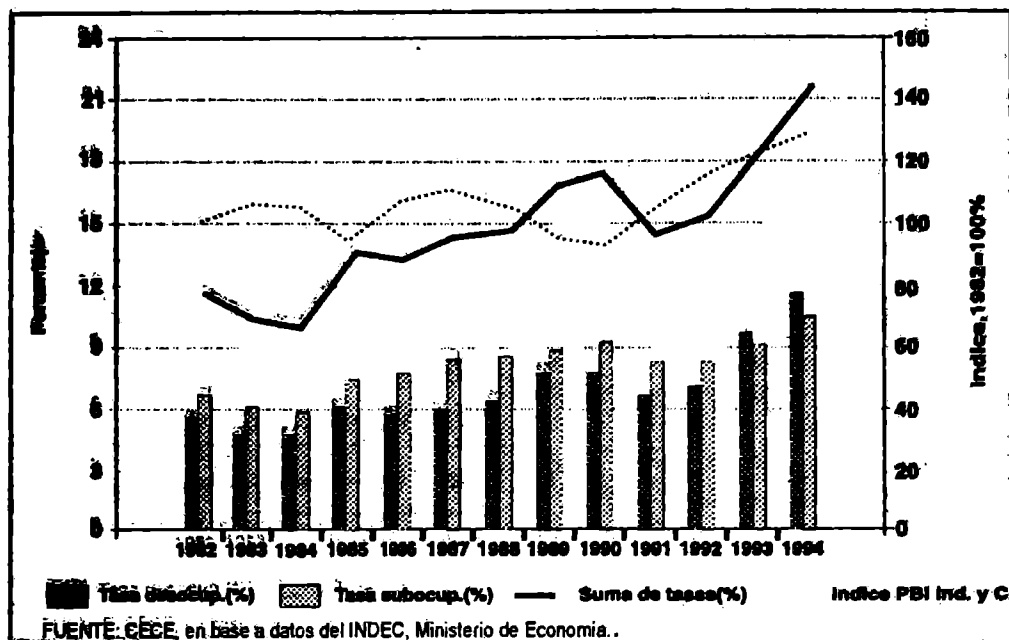
«accidente» que el modelo pareciera haber encontrado en su camino.

Las líneas que siguen intentan demostrar que la tasa de desempleo alcanzada tiene niveles de «organicidad» indisimulables con el modelo en vigencia, con la «rigidez» de la política oficial y con la reproducción y ampliación del interés de determinados agentes económicos. En síntesis, para quienes escriben estas líneas el desempleo no es un accidente del modelo. Es más, una coyuntura de desempleo generalizado resulta funcional a su consolidación. Las razones que explican esto son las siguientes:

a) Los cambios en la relación entre economía y empleo

1990 decreta un punto de inflexión en la relación entre economía y empleo en la Argentina. Hasta ese momento el crecimiento del PBI era acompañado por la caída en las tasas de desempleo. De ahí en más, el crecimiento de la economía nacional es seguido por el aumento en la desocupación. El gráfico que presentamos a continuación compara la evolución del PBI de la Industria y la Construcción con la tendencia exhibida por nuestra economía en materia de subocupación y desempleo.

Resulta notorio que las curvas de PBI y desempleo son asimétricas hasta 1991. A partir de ese año la simetría es notable y ambas curvas reflejan un comportamiento ascendente. Concretamente, a partir de la Convertibilidad y en el marco de las profundas reformas estructurales vividas por la Argentina, se abren paso dos tenden-



cias contrapuestas que afectan decididamente el mercado laboral. Por un lado explotó la tasa de actividad, es decir aquel indicador que refleja la evolución de la cantidad de gente que busca empleo. El Cuadro Nro. 7 exhibe la evolución de la Población Urbana Total, de la PEA urbana total, y de la tasa de actividad.

CUADRO NRO. 7

Concepto	Promedios anuales					
	1990	1991	1992	1993	1994	1995*
Pop. urbana total (mil. de personas)	27.9	28.4	28.0	29.5	30.1	30.6
PEA urbana total (mil. de personas)	10.9	11.2	11.6	12.2	12.3	13.1
Tasa de actividad (% de la población total)	39.0	39.5	40.0	41.0	41.0	42.8

*Corresponden a mayo

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Por otro, progresivamente la economía argentina fue perdiendo (en el marco de las denominadas reformas estructurales) capacidad para generar empleo. El indicador que nos permite observar esto es la tasa de empleo (porcentaje de la población ocupada sobre la población total)

CUADRO NRO. 8

Concepto	1990	1991	1992	1993	1994	1995
Tasa de empleo	36.1	37.0	37.3	37.3	36.3	34.9

Fuente: INDEC

Mientras la tasa de actividad creció entre 1990 y 1995 un 9%, la tasa de empleo cayó un 4%.

En números absolutos y desde la Convertibilidad el proceso ha sido el siguiente:

Entre 1991 y 1993, se crearon 495.500 puestos de trabajo. Sin embargo en ese mismo período, la cantidad

de gente con intención de trabajar creció en 1 millón de personas. La diferencia entre ambos valores explica el crecimiento en la tasa de desempleo (quedaron desocupadas 504.500 personas). Entre 1993 y 1994 la gente con intención de trabajar siguió creciendo (100.000 personas más) mientras que la economía comenzó a destruir empleo (se destruyeron 77.200 puestos de trabajo). Consecuentemente, en dicho período los desocupados crecieron en 177.200 personas.

Los números son elocuentes y demuestran que la economía comenzó a destruir empleos con anterioridad al denominado «efecto tequila». Así, 1994 es un año donde la tasa de desocupación termina ubicándose en un 12,2% para la medición de octubre, con anterioridad al impacto de la crisis internacional sobre América Latina en general y nuestro país en particular.

Consecuentemente, el retorno de los capitales, objetivo deseado por el gobierno nacional si bien puede moderar los niveles actuales no resuelve un problema que indudablemente estaba planteado con antelación. Continuando con el análisis, entre 1994 y 1995 la gente con intenciones de trabajar sigue aumentando (800.000 personas más), mientras en la economía argentina se destruyen 246.900 puestos de trabajo. En consecuencia el desempleo se incrementa en 1.046.900 personas.

El cuadro Nº 9 sintetiza el proceso vivido durante el período menemista en materia ocupacional. Demuestra que a excepción del año 1991 donde cae la cantidad de personas desocupadas, de

ahí en más la desocupación crece de manera permanente gobernada por el incremento de la PEA y la visible desaceleración de la capacidad de generar empleo de la economía argentina. Esta desaceleración que caracteriza los años 1992 y 1993, se transforma en destrucción neta de puestos de trabajo en 1994 y 1995. La consecuencia de este proceso es la siguiente evolución de la ocupación urbana.

CUADRO NRO. 9

AÑO	PEA	Empleo	Desocupación	Total Desocupados
1990				806600
1991	300000	436100	-136100	670500
1992	400000	309000	91000	761500
1993	600000	186500	413500	1175000
1994	100000	-77200	177200	1352200
1995	800000	-246900	1046900	2399100
TOTAL	2200000	607500	1592500	2399100

Fuente: Elaboración propia en base al INDEC

CUADRO NRO. 10

Año	Total ocupación urbana
1990	10.100.000
1991	10.536.100
1992	10.845.100
1993	11.031.600
1994	10.954.400
1995	10.707.500

Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

Cabe acotar que si corregimos el cuadro anterior considerando el efecto del subempleo obtenemos la siguiente evolución de la ocupación plena. (Ver cuadro Nº 11).

CUADRO NRO. 11

Año	PEA	Promedio anual desoc. + subocup.	Ocupación plena
1990	10.900.000	1.798.500	9.101.500
1991	11.200.000	1.646.400	9.553.600
1992	11.600.000	1.757.400	9.842.600
1993	12.200.000	2.275.300	9.924.700
1994	12.300.000	2.681.400	9.618.600
1995	13.100.000	3.916.900	9.183.100

Fuente: Elaboración propia en base al INDEC

El examen comparado de los cuadros 9, 10 y 11; demuestra que el crecimiento de la ocupación durante el gobierno de Menem (607.500) está gobernado por el incremento de la subocupación, la cual sin duda alguna, es un indicador (parcial) de la precarización. Así, si no se considera el subempleo dentro del total de ocupados a los efectos de evaluar la evolución de la ocupación plena surge que mientras la PEA creció un 20% desde 1990, el empleo se mantiene prácticamente estancado desde esa fecha (apenas creció un 0,8%). Si la comparación relativa a los ocupados plenos se hace tomando como referencia el año 1991 (fecha de inicio de la convertibilidad), se observa un descenso neto de la ocupación (370.500 ocupados plenos) que es mayor aún si la

comparación se efectúa con los años 1992 o 1993 (entre 650.000 y 750.000 ocupados menos).

Examinaremos ahora sucintamente las razones por la que crece la PEA. Nuestra interpretación se aleja de la visión oficial que vincula este comportamiento con el deseo de trabajar de la gente frente a las inmejorables oportunidades que se le presentaron durante el período menemista. Habiendo vivido en la Argentina de los últimos veinte años parece razonable entender que el deterioro progresivo y sistemático de los ingresos familiares recibió un golpe mortal con la hiperinflación de 1989/90. Consecuentemente a la salida de dicho proceso se vive un aumento permanente de la tasa de actividad. Sobre esta situación operan las reformas estructurales. El impacto de la apertura y las privatizaciones traducido en el creciente desempleo de jefes de familia profundizó al extremo la caída de los ingresos familiares y promovió la participación en el mercado laboral como activos demandantes de empleo de varios miembros de la misma (madre, hijos, jefe, etc.) El crecimiento de la PEA correspondiente a los años 1992 y 1993 responde fundamentalmente a estos procesos. Durante todo el período también se vivió el creciente ingreso al mercado de trabajo de las personas mayores de 60 años (del 24% en 1984, al 29% en 1988 y al 33% en 1992), tanto por el deterioro de los haberes jubilatorios (en 1992 equivalían a la mitad de 1983) como por las reformas oficiales (parches) al sistema de seguridad que elevaron la edad para el retiro de 60 a 65 años.

Por otra parte, y frente al proceso descripto, el cuadro Nro.10 ilustra respecto a la progresiva dificultad que presenta la economía, en el marco del plan oficial, para generar ocupación. Durante todo el período en consideración el sector público operó como expulsor neto de fuerza de trabajo en razón del ajuste de las cuentas públicas y de las privatizaciones. El sector industrial, el de la construcción y el área de servicios que absorbieron empleo entre 1991 y 1993, perdieron progresivamente su impacto dinamizador. A nivel industrial, la apertura potenciada por el tipo de cambio fijo operó substituyendo partes y piezas locales por componentes importados (con su secuela de cierre de empresas) y promoviendo una fuerte racionalización de personal en las firmas líderes como modo de ajustarse a las condiciones de competencia que planteó el ingreso de producción importada (en las firmas líderes del sector industrial, el PBI creció un 35% entre 1991 y 1994, y el personal se redujo en un 10%). Asimismo, la saturación del mercado inmobiliario puso límites al crecimiento de la construcción que hacia 1993 ingresa en un momento de estancamiento. Por su lado, el área de servicios encara, desde ese mismo año, estrategias de racionalización de personal fundamentalmente en el ámbito de las empresas recientemente privatizadas. Llegamos así a 1994 sin absorción de empleo por parte de ningún sector e incluso con destrucción neta de puestos de trabajo.

El año 1995 merece una explicación adicional. Al proceso permanente

de crecimiento en la tasa de desocupación que, como consecuencia de la evolución inversa de la tasa de actividad y de la tasa de empleo, ya exhibía el modelo a fin de 1994, se le agrega el impacto del mal denominado «efecto tequila». El colapso del sistema de crédito que había sostenido los niveles de consumo de la economía argentina y había posibilitado posponer la agonía de innumerables establecimientos pequeños y medianos, decreta la caída brutal de la demanda interna y el cierre inmediato de firmas que se encontraban en el límite. Es decir, la caída del consumo define la inviabilidad de negocios que venían sosteniéndose en base a endeudamiento. Asimismo, la franja de informalidad (kioscos, remises, taxis, microemprendimientos varios) que creció como alternativa de sobrevivencia al desempleo en base a la utilización de las indemnizaciones o los retiros voluntarios, también encuentra un límite preciso ante la caída de la demanda y la dificultad para sostener costos impositivos, tarifarios, de alquiler, etc..

Lo descripto define a 1995 como un año que combina en razón del proceso expuesto, un espectacular incremento de la PEA, con una fuerte destrucción de puestos de trabajo. En suma, un crecimiento exponencial de la tasa de desempleo.

Lo desarrollado en este punto muestra con claridad como, a partir de 1990, las políticas oficiales plantean efectos sobre el mercado laboral que producen el crecimiento de la desocupación.

b) El impacto de la política oficial sobre el costo laboral

El Plan de Convertibilidad logró dos aspectos en lo relativo al costo laboral. Por un lado encarecerlo en dólares, y por otro transformarlo en prácticamente el único costo de la economía argentina.

El manejo indiscriminado de la apertura comercial, y la «rigidez» de la política económica son las claves que explican ambos procesos.

Respecto a la apertura, el ingreso irrestricto de productos importados sostenido tanto por la rebaja arancelaria como por el tipo de cambio fijo puso límites a la evolución de precios de los bienes sujetos a la competencia externa. En razón de esto, se contuvo la evolución de los precios mayoristas (fundamentalmente industriales, 8,92% para el período marzo 1991 - diciembre 1994). Sin embargo, en tanto la apertura no incide sobre los precios de los bienes y servicios no transables (no sujetos a la competencia externa) esto permitió que dada la ponderación mayor que estos últimos tienen sobre el Índice de Precios al Consumidor, éste se incrementara en un 58,77% durante el mismo período (bastante por encima de los precios mayoristas). En tanto los salarios tienden a ajustarse en relación al Índice de Precios al consumidor, aún siguiéndolo de atrás y con descenso en el salario real, su evolución tendió a ser superior a la del Índice de Precios Industriales durante la Convertibilidad. La consecuencia de este manejo «desregulado» de la apertura y de su impacto distorsivo en el terreno de los precios de la economía, permitió que la Convertibilidad pudiera lograr una paradoja pocas veces vista:

«caída del salario real e incremento del costo laboral». Debe consignarse que si la medición de este último se efectúa en dólares su incremento es mayor. Ambos efectos en un mismo movimiento constituyen, sin dudas, un hallazgo de la política local. (Ver Cuadro Nro. 12).

Por cierto, la consecuencia de este proceso fue la tendencia de las firmas a sustituir mano de obra. Constituye por lo tanto una presión que la apertura económica impone sobre el mercado laboral induciendo procesos de racionalización de personal en función de la evolución de los precios relativos de la economía argentina. En este sentido, el debate dominante respecto al costo laboral orientado a garantizar la reducción de los aportes patronales y/o de los salarios nominales, constituye un modo parcial y sectorialmente interesado de presentar la realidad. El cuadro que exhibimos es elocuente respecto a que no son ni los salarios ni las denominadas «cargas sociales» (ambos descienden en el período 1990-1994)

CUADRO NRO. 12

Año	Salario real (1)	Salario costo (2)	Contribución de cargas soc. más otros costos regul.	Salario u\$s (3)	Productividad
1990	100.00	100.0	100.0	100.0	100.0
1992	97.6	131.0	100.0	138.1	124.8
1994	95.8	144.0	90.0	155.0	140.6

(1) Salario medio mensual en la ind. manufacturera deflacionado por IPC (INDEC)

(2) Salario medio mensual en la ind. manufacturera deflacionado por el IPM, nacional no agrop. (INDEC)

(3) Evolución del salario medio mensual de la industria en u\$s.

los que explican el crecimiento del costo laboral. Es el movimiento de los precios a partir de la apertura y la fijación del tipo de cambio lo que explica esta situación.

Respecto a la señalada «rigidez» del plan oficial y su efecto en el funcionamiento del mercado laboral, debe destacarse que el dispositivo de política económica aplicado entre 1991 y 1994 condujo a que el objetivo de reducir el denominado «costo argentino» se transforme progresivamente en un modo falaz de aludir a la reducción del costo laboral.

En una economía abierta a la competencia importada y con tipo de cambio fijo, la capacidad empresarial de incrementar beneficios vía fijación de precios se reduce. En este marco las vías para aumentarlo descansan en la posibilidad de reducir costos. Sin embargo, al intentar hacerlo se observa que:

- Reducir la presión impositiva presenta límites dada la imperiosa necesidad fiscal de mantener o incrementar el superávit público con destino al pago de la deuda.

- Reducir las tarifas correspondientes a la infraestructura de servicios públicos privatizados implica modificar los niveles de ganancia de los conglomerados beneficiarios del proceso privatizador. Situación esta descartable desde la óptica oficial.

- Reducir los costos financieros también encuentra límites dada la elevada dependencia del ingreso de capitales que durante el período 1991-1994 exhibió la política oficial. Así las tasas locales debían ser superiores a la media internacional.

Por ende, si es imposible modificar la presión impositiva, las tarifas y las tasas de interés, la reducción de costos sólo puede operarse haciendo descender los costos laborales. Cabe aclarar que durante el período 1991-1994, sostenido en el ingreso de capitales y en el proceso privatizador, con crecimiento en el nivel de actividad económica y aumento de la recaudación tributaria existía margen para diluir esta presión (por lo menos en parte) sobre la base de las estrategias de devaluación fiscal y del subsidio cruzado en las tarifas de los servicios públicos privatizados. En la primera, los recursos públicos se utilizaban para compensar los efectos distorsivos que sobre la ganancia de los sectores de bienes transables en general y de los productos de exportación en particular, generaba el dólar fijo. Así se instrumentaron desgravaciones impositivas y reembolsos a las empresas compensados por el incremento de una recaudación eminentemente regresiva. En la segunda, con el mismo objetivo, las tarifas sobre el consumo domiciliario y la pequeña y mediana propiedad subsidiaban a los grandes usuarios (más allá de los precios intrafirma vigentes en los conglomerados que lograron integrarse). En la resente fase recesiva de la Convertibilidad signada por un menor ingreso de capitales, descenso en el nivel de actividad económica, caída de la recaudación y agotamiento de las privatizaciones, las estrategias de reducción de costos o incremento de los beneficios recientemente expuestas tienden a agotarse. Por ende, adquiere centralidad en este

período la presión hacia la baja sobre los costos laborales. Tanto sobre el componente de cargas sociales en tanto la ecuación fiscal lo permita, como sobre el propio salario nominal. Es en este punto donde la tasa de desocupación en ascenso adquiere niveles absolutos de funcionalidad con el principal objetivo de la política oficial: «reducir los costos laborales».

c) El carácter de la salida exportadora

Este rasgo no deviene del proceso económico iniciado en 1990. En realidad, desde 1976 a partir de la ruptura del proceso de industrialización con destino al mercado interno y bajo predominio de la valorización financiera el salario fue perdiendo importancia como componente de la demanda global. A partir de las reformas estructurales planteadas por la administración menemista (fundamentalmente el impacto del proceso de apertura con su secuela de deslocalización territorial de la producción) y bajo las condiciones de un nuevo escenario internacional, que ante las restricciones financieras obliga a consolidar la salida exportadora, la relevancia del salario como fuente de demanda decae de manera absoluta. La convalidación de un núcleo exportador completamente desvinculado de la ampliación del mercado interno profundiza al extremo el papel del salario como factor de «costo», promoviendo de manera prioritaria estrategias destinadas a su reducción.

En síntesis, lo señalado respecto a

1990 y el cambio drástico que desde ese momento en más se produce en la relación entre crecimiento económico y empleo; el impacto de la política oficial sobre los costos laborales expresado en su encarecimiento relativo respecto a otros factores y en su transformación en el único costo susceptible de ser reducido; y la convalidación de una salida exportadora divorciada de la ampliación del mercado interno, en nuestra opinión, son argumentos suficientes para demostrar tanto la organicidad de la tasa de desempleo con el modelo económico y los agentes que lo sostienen, como la funcionalidad de los niveles elevados de desocupación con el objetivo principal de la política oficial cual es el descenso de los costos laborales. Asimismo, la funcionalidad se amplía al reconocer que la existencia de un ejército importante de desocupados constituye un formidable instrumento de disciplinamiento social. Aspecto este que no debiera descuidarse dadas las perspectivas de profunda regresividad que plantea a la continuidad del modelo en vigencia, y cuya suerte se juega en la capacidad de demoler las resistencias políticas y sociales que puedan exhibirse frente a las condiciones del ajuste externo y del ajuste fiscal.

III) EVALUACION DE LAS PROPUESTAS OFICIALES Y ALTERNATIVAS FRENTE AL PROBLEMA

En las últimas semanas el gobierno nacional anunció un conjunto de iniciativas destinadas, supuestamente, a

paliar la grave crisis ocupacional. Si nuestro análisis anterior es correcto y el desempleo resulta funcional al plan vigente y al esquema de distribución del poder que lo sostiene, difícilmente el destino de las medidas sea el que dice ser. Un examen de las mismas permite augurar el escaso impacto que estas tendrán en la tasa de desempleo, así como señalar cuál es el rumbo que efectivamente la política económica pretende imprimirle a la presente situación.

Los anuncios oficiales dieron lugar a dos mensajes distintos. El primero signado por el fastuoso y típicamente menemista anuncio de un conjunto de proyectos faraónicos (aeroisla; plan de transporte; plan de viviendas), y la segunda gobernada por la lógica implacable y los límites precisos del Plan de Convertibilidad.

Respecto a los primeros anuncios, una lectura superficial podría catalogarlos como un intento «keynesiano» de reactivar la demanda vía obra pública. Sin embargo, esta visión tiene en contrario la propia lógica que gobierna hoy la política oficial. La tendencia a incrementar el superávit fiscal genuino bajo la restricción que impone la regresividad tributaria inscribe la política gubernamental en una lógica perversa de: menor actividad - menor recaudación - menor gasto público - nuevamente menor actividad. Consecuentemente la tendencia a un menor nivel de gasto conspira contra cualquier intento de reactivación de la inversión pública. Por lo tanto, el planteo oficial descansa en el indomable y frenético espíritu inversor del capital privado. La experiencia argentina es

elocuente respecto a que la capacidad de realizar efectivamente obras públicas de la envergadura de las expuestas, sólo se alcanzó cuando el Estado respaldó (vía subsidio de algún tipo) la concreción de las mismas. Quizás por eso, de todos los anuncios efectuados el único en capacidad de realizarse en forma inmediata es el plan de viviendas. Básicamente porque es el único proyecto donde ya está definido el subsidio oficial. En la propuesta original del citado plan una parte de los recursos era aportada por el Banco Hipotecario Nacional y otra por el sector privado. En las últimas informaciones trascendió que la totalidad de los recursos serían aportados por el Banco Hipotecario. Obviamente con destino a subsidiar las denominadas «viviendas populares». Cabe aclarar que según trascendió también el valor del metro cuadrado de las construcciones que se planean se ubicaría en US\$ 750. La cifra citada deja en claro que más allá de lo populares que puedan ser las viviendas, lo que resulta evidente es «lo privado» del subsidio a las constructoras. Por otra parte, más allá del mentado negocio inmobiliario asociado con los predios del Aeroparque, el conjunto de los anuncios presenta importantes puntos de contacto con estrategias ya utilizadas en nuestro país y que no han dejado buenas experiencias. Nos referimos concretamente a las autopistas que se construyeran en Capital Federal en tiempos del intendente Osvaldo Cacciatore, que explican parte importante del endeudamiento externo argentino y que aún hoy comprometen los recursos que por

coparticipación le corresponden a la Capital Federal. Es decir, los anuncios del presidente Menem parecieran pretender viabilizar ciertos proyectos colocando al Estado como tomador de deuda externa, prestador de avales o generador de interesantes rentas inmobiliarias (en desmedro del espacio público) en favor del Sector Privado.

En síntesis, la intervención fiscal vía obra pública para invertir el ciclo recesivo pareciera una estrategia razonable. Sin embargo, los condicionamientos macroeconómicos transforman en inviable la recuperación de la inversión pública. Consecuentemente la tendencia esperable es sostener con endeudamiento externo público o desguace del espacio urbano la viabilidad de proyectos faraónicos y de dudosa conveniencia. Por otra parte, los puestos de trabajo que podrían crearse a través del plan de viviendas anunciado como de inmediata realización (aproximadamente 100.000) no llegan siquiera a compensar el compromiso de eliminar 130.000 cargos públicos que ya han tomado once provincias.

Las medidas anunciadas en segundo término pueden ordenarse del siguiente modo:

a) Reducción (en tres etapas) de las contribuciones patronales.

b) Paquete impositivo destinado a combatir la evasión que junto a la moratoria previsional y tributaria anunciada días antes busca sostener una recaudación que se cae y compensar el «agujero fiscal» que genera la medida anteriormente señalada (reducción de aportes).

c) Nueva ley de negociación colec-

tiva y regímenes modernos de asignaciones familiares, trabajo doméstico y trabajo rural.

d) Un conjunto de medidas sociales de carácter asistencial.

Analizaremos ahora cada uno de los items.

a) Sobre la reducción de aportes patronales debe destacarse que la misma no supone, necesariamente, impacto alguno en términos de empleo. La propia experiencia reciente así lo indica. En realidad durante todo 1994 rigió la reducción de aportes sin que esto evitara que el desempleo creciera en nuestro país. Bueno es recordar que, mientras esta misma medida regía, la desocupación trepó al 12,2% constituyendo 1994 el primer año de destrucción neta de puestos de trabajo durante la Convertibilidad. Cabe aclarar que la reducción de aportes podría vincularse con una estrategia de generación de empleo, en tanto se trate de un subsidio selectivo atado a proyectos concretos de inversión con demanda de mano de obra. De lo contrario y en los términos en que está planteado, se consume un subsidio generalizado a la ganancia empresarial sin efecto alguno (por lo menos garantizable) en términos de ocupación. En la línea de lo que afirmáramos en los puntos anteriores de este trabajo, esta medida se inscribe en el remanido objetivo de reducir los costos laborales.

Por otra parte, las limitaciones fiscales que impidieron sostener en el tiempo las reducciones en los aportes vigentes en 1994 no sólo no han desaparecido sino que se han incremen-

tado. Es por esto que el anuncio está condicionado a una implementación en tres etapas cuya concreción sólo se efectuará en función de la evolución que reflejen las cuentas públicas. En realidad, más allá del paquete fiscal anunciado, el verdadero activo del Ministro de Economía para viabilizar esta reducción es el «waiver» prácticamente garantizado por el FMI y que lo libera de la obtención de un superávit fiscal de U\$S 2.000 millones en el segundo semestre del año.

b) El paquete impositivo anunciado y presentado como combate a la evasión se inscribe en la lógica de acentuar la presión sobre el impuesto a las ganancias en base a:

- el establecimiento de un nuevo sistema obligatorio de cajas registradoras con memoria inviolable.

- la obligatoriedad por ley de las personas que pagan impuestos a la ganancias de justificar sus gastos (posteriormente esto fue relativizado por el propio ministro) con la presentación de facturas.

Un nuevo proyecto destinado a restablecer la nominatividad de las acciones.

Más allá del análisis tributario específico que estas medidas exigen, el primer punto a señalar es que poco aportarán en la cuestión del desempleo. Aspecto que resulta preocupante ya que los comentarios que formulamos respecto a la reducción de aportes en el punto anterior, tampoco garantizaban impacto alguno. Respecto a los anuncios impositivos, parece obvio que responden a la tendencia declinante que

inexorablemente presenta la recaudación y, también al objetivo de presionar sobre la franja de contribuyentes medios con el objeto de cubrir el bache fiscal que a futuro plantea la rebaja de los aportes patronales. Por otra parte la estrategia adoptada sigue postergando un debate a fondo sobre la progresividad que en materia de impuestos debiera incorporar la Argentina. En este sentido, resulta importante señalar que en el presente contexto de caída de la actividad económica la evasión responde en un nivel significativo a las estrategias de sobrevivencia que desarrollan ciertas unidades (fundamentalmente Pymes), las cuales en tanto vivan un incremento de la persecución fiscal difícilmente puedan continuar su actividad. En razón de esto, los objetivos fiscales no se cumplirán y la persistencia en este tipo de estrategias tiende a incrementar la concentración económica e incluso se constituye en un factor adicional de generación de desempleo.

El problema central de la Argentina de hoy en materia tributaria no es tanto la evasión sino la elusión. Es decir, las formas de evasión legal que tienen los principales conglomerados empresarios. La esquizofrenia nacional llega al extremo de disociar los instrumentos regulatorios y de intervención del Sector Público (Ej.: impuestos) del reconocimiento del sujeto principal de la economía. Es decir, el grupo empresario como forma de organización expresa del capital interno más concentrado no es considerado como sujeto jurídico-legal.

En realidad, la diversificación que

presentan estos conglomerados, la integración horizontal y /o vertical que exhiben y su carácter trasnacionalizado, les permiten disimular ganancias y exponerlas en los paraísos fiscales.

Por ende, la necesidad de avanzar en un esquema que unifique la facturación y el patrimonio de cada grupo empresario y establezca gravámenes sobre renta presunta y patrimonio consolidado parece el rumbo lógico de cualquier estrategia seria sobre progresividad tributaria.

c) La incorporación en el conjunto de medidas destinadas a combatir el desempleo de la Nueva Ley de Negociación Colectiva carece de sentido alguno respecto al objetivo específico (el empleo). En realidad, sólo puede interpretarse como una profundización vía descentralización de la negociación colectiva, de las condiciones de flexibilización laboral.

d) Las medidas de asistencia social son las siguientes:

- Extensión de la cobertura médica y el subsidio por desempleo a trabajadores jefes de hogares mayores de 40 años que hayan dejado de cobrar sus prestaciones por desempleo. Así formulada esta iniciativa resulta por demás ambigua. Máxime cuando no se precisa si se incrementarán los fondos con destino a las políticas de empleo. De hecho, en este mismo paquete la reducción de aportes tiende a desfinanciar el Fondo Nacional de Empleo ya que este se nutre de un porcentaje fijo sobre la nómina de salarios. Así las cosas, tomando en cuenta que el sub-

sidio por desempleo sólo alcanza a 100.000 personas sobre un total de 2.400.000 de los cuales son jefes de familia el 30,2% (724.800) la propuesta oficial resulta además de ambigua, suficientemente escasa.

- Programas de empleo temporario directo con el Ejército y empresarios privados. Continúa la ambigüedad, no hay cifras ni acuerdos concretos que se hayan explicitado debidamente.

- Eximición de cargas previsionales a quienes contraten trabajadores mayores de 55 años a los que les falte la edad necesaria para jubilarse. Más allá del impacto seguramente escaso de esta medida, es la primera que mantiene relación directa con el problema.

- Inversión de 400 millones de pesos anuales en la implementación de un plan social alimentario nutricional. Pese a las críticas que en su momento se efectuaron el gobierno parece recurrir a una variante del PAN que instrumentara el gobierno de Alfonsín. En lo relativo a los fondos no suponen fondos adicionales a los ya previstos en el presupuesto.

- Puesta en marcha de proyectos sociales financiados por el Tesoro Nacional y con financiamiento internacional por monto de 650 millones de pesos. No se trata de fondos adicionales, sino de proyectos y financiamiento ya previsto.

- Otorgamiento de becas de formación y ampliación del Proyecto Joven. No existen precisiones sobre estos anuncios.

- Inversión en capacitación por 200 millones de pesos para el período 1995-1996. No se especificó si son adicio-

nales a los ya existentes.

- Programa de mejoramiento barrial para áreas pobres de las ciudades y financiamiento para iniciativas comunitarias. Ambas definiciones son para el año próximo.

En síntesis, la **reducción de aportes** anunciada no constituye una estrategia inmediata en la lucha contra el desempleo; el **paquete impositivo** en tanto acentúa la presión sobre los sectores medios puede promover mayor expulsión de trabajadores; la **descentralización de la negociación colectiva** profundiza la flexibilidad institucional del mercado de trabajo pero no promueve empleo, y las medidas asistenciales no reflejan la voluntad

oficial de incrementar los fondos destinados a paliar las situaciones de emergencia y exhiben niveles de ambigüedad inaceptables dada la gravedad de la crisis. Considérese que mientras nuestro país destina a políticas de empleo apenas el 0,2% del PBI, los países desarrollados invierten considerablemente más.

Sin embargo, el hecho de que el paquete de medidas anunciado no contenga estrategias activas dirigidas a resolver el problema del desempleo no supone que no exista una política. En la agenda de esta etapa del ajuste, la reducción del costo laboral es un eje principal. A estos efectos el desempleo ayuda conformando el marco más pro-

CUADRO NRO. 13

Gastos destinados a la política del mercado laboral y pasiva en los países de la OCDE
En porcentaje del PBI

Países			Medidas Activas						
	Gastos totales	Medidas pasivas	Total	Costos de admin. laboral	Medidas de capacitación	Subsidios al empleo	Medidas de fomento del empleo	Ayuda a autónomos	Apoyo a grupos especiales (Jóvenes, discapacit.)
Dinamarca 1992	6.53	4.97	1.58	0.11	0.4	0.28	0	0.11	0.66
Alemania 1992	3.46	1.82	1.64	0.24	0.59	0.07	0.44	0	0.3
España 1992	3.65	3.08	0.57	0.11	0.08	0.13	0.07	0.12	0.08
Francia 1991	2.82	1.94	0.88	0.13	0.35	0.05	0.04	0.02	0.29
Holanda 1990	3.22	2.17	1.05	0.09	0.21	0.03	0.02	0	0.7
Suecia 1992	5.99	2.78	3.21	0.24	0.99	0.12	0.31	0.03	1.52
Gran Bretaña 1992	2.28	1.69	0.59	0.17	0.18	0	0	0.22	0.22
EEUU 1991	0.84	0.58	0.26	0.08	0.08	0	0	0.01	0.09
Japon 1990	0.45	0.32	0.13	0.02	0.03	0.07	0	0	0.01

Fuente: OCDE, 1994

picio para instrumentar iniciativas en esa dirección (reducción de cargas sociales y rebaja de salarios nominales). Esta perspectiva acompañada por la implantación de criterios de «flexibilidad contractual» extremos tiende a instaurar por ley como nueva figura del mercado del trabajo argentino el «asalariado interino». Es decir, aquel que ingresa o sale de la firma según el ciclo de actividad de la misma y sin implicarle costo alguno al patrón. Esta estrategia promueve y legaliza un esquema de rotación permanente de la mano de obra.

En algún sentido, la experiencia chilena es aleccionadora respecto a lo que ocurre hoy en la Argentina. En 1982 Chile alcanzó tasas de desocupación cercanas al 30%. Hoy se ubica en alrededor del 6%. Resulta indispensable aclarar que el mercado laboral chileno previo al 30% de desempleo poco tiene que ver con el posterior. Una fuerte caída del salario real y la precarización absoluta de las relaciones laborales fueron los rasgos principales del proceso posterior. No obstante, debe explicitarse que ambos factores son condición necesaria pero no suficiente para explicar el descenso posterior de la tasa de desempleo del país trasandino. Hubo también otros aspectos que deben destacarse y en los cuales la perspectiva argentina es, por lo menos, opinable. En primer término, Chile experimentó un crecimiento económico ininterrumpido durante once años. Argentina, por su parte, luego del «veranito convertible» ingresó en una fase de estancamiento. En segundo lugar, Chile consolidó una salida expor-

tadora fundada en una sólida complementación comercial con los Estados Unidos (rasgo ausente en el proceso argentino) y un perfil de producción exportable con mayor capacidad de generación de empleo que el que presenta la economía local.

Reorientar el rumbo comprometiendo la política económica en la resolución del problema ocupacional exige incorporar como criterio la necesidad de normalizar la tasa de ganancia de los principales conglomerados empresarios. Debe señalarse en este sentido que el periodo 1991-1994 exhibe simultáneamente: crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI), descenso del salario real e incremento en las tasas de desocupación. En cualquier lugar del planeta y desde cualquier teoría económica, un comportamiento de esta naturaleza supone un espectacular aumento de la ganancia empresarial. Obviamente no de todos los empresarios, sino de aquellos grupos económicos que pudieron asociar su expansión al proceso de privatizaciones, apertura y desregulación. Máxime cuando la intervención fiscal del periodo lejos de atenuar la regresividad la acentuó haciendo recaer las condiciones de pago del endeudamiento de manera extendida sobre el conjunto de la comunidad. Una tributación de carácter regresivo y una reasignación del gasto público dirigido a financiar predominantemente corrupciones varias, subsidios asociados al proceso privatizador, reembolsos a los exportadores y al sistema privado de fondos de pensión definen las características principales que adoptó el ac-

cionar del Sector Público durante el período en cuestión. Incluso, frente al cambio de contexto que vive la economía argentina desde 1995, la prioridad adquirida por la salida exportadora, y la estrategia económica dirigida a reducir el costo laboral, resulta notorio que la ganancia de los conglomerados empresarios sigue siendo el norte principal de la política en curso. De hecho, y tal cual se describió al analizar las últimas medidas gubernamentales lo único claro de las mismas es la definición en torno a la reducción de aportes y, lógicamente, el subsidio generalizado que esto representa para la ganancia empresarial.

Consecuentemente, lo que se discute cuando se plantea encarar una política de empleo es asumir una estrategia que revierta el sentido que hasta hoy adoptan las transferencias de ingresos en nuestra sociedad. Esto exige promover iniciativas de carácter fiscal, de reforma institucional y de política económica dirigidas a limitar la tasa de ganancia de los principales conglomerados. En este sentido el accionar debiera reconocer la siguiente dirección:

a) Declaración de la emergencia ocupacional.

b) Transformar el problema del empleo en «Política de Estado».

c) Elevar en consecuencia los recursos que invierte el Estado argentino en estrategias pasivas y activas dirigidas a resolver esta cuestión. Fijar un porcentaje (basado en la experiencia internacional) no menor al 3% ni mayor al 6% del PBI como meta a alcanzar en materia de recursos públi-

cos. Sostener esta estrategia en una política de equilibrio fiscal fundada en criterios de progresividad tributaria y/o reasignación del gasto tomando en cuenta lo expuesto sobre ambos aspectos en puntos anteriores de este informe.

d) Derogar la normativa oficial destinada a flexibilizar el mercado laboral.

e) Establecer como prioridad de las políticas públicas la cuestión ocupacional. Esto supone vincular «selectivamente» las estrategias de desgravación impositivas, crediticias y de contratación con el objetivo de generación de empleo. En base a esto, las líneas de trabajo debieran diferenciar tres niveles: sobre los desocupados que ya están en situación de emergencia, sobre las pequeñas y medianas empresas y sobre las grandes firmas de la economía argentina. A estos efectos debiera:

- Crearse un Instituto Nacional de Empleo solventado con los recursos previstos, coordinado por una representación política y social plural, dedicado a centralizar el accionar en esta materia y a vincular las estrategias pasivas de lucha contra el desempleo (subsídios a los desocupados) con las políticas de calificación de la fuerza de trabajo y de reinserción laboral. Asimismo este Instituto debiera garantizar el apoyo directo vía subsidio a los jefes de familia y el mantenimiento de la cobertura sanitaria para el grupo familiar. Debe quedar claro que el tipo de subsidio al desocupado que aquí se propone no adopta la misma significación que el seguro de desempleo

previsto oficialmente. En tanto se mantengan y promuevan normas flexibilizadoras destinadas a «facilitar el despedido» el subsidio al desempleado constituye una nueva forma de trasladar costos empresarios al sector público. Por esto adquiere relevancia en la definición del seguro de desempleo la modificación del contexto de flexibilización laboral que ha impuesto el gobierno.

- Establecerse una Ley Marco para las pequeñas y medianas empresas con el objeto de que este tipo de unidades actúe como factor de contención y no de expulsión de empleo. Esta ley debería incluir en la definición de un pequeño y mediano establecimiento no sólo el criterio de tamaño sino el de «no vinculación» de esa unidad económica con un grupo empresario. Esta ley debería favorecer un tratamiento diferencial en materia crediticia, tarifaria, impositiva y de mercado. Los subsidios que en este sentido se establezcan deben estar atados a metas concretas de generación de empleo.

- Promoverse en las grandes firmas del comercio, los servicios y la producción, donde se observan importantes incrementos de productividad traducidos en una conducta empresarial de exclusiva maximización de beneficios, estrategias de negociación colectiva que además de incorporar como sujeto de la negociación al grupo empresario en su conjunto (no sólo a la firma individual) privilegien la negociación por productividad, la reducción de la jornada con mantenimiento sala-

rial, el encarecimiento de las horas extras y la calificación de la fuerza de trabajo a cargo de las firmas.

Como es natural, un planteo de esta naturaleza entra en colisión con la política en curso. Requiere de un marco capaz de limitar la apertura y desplazar el «efecto armaduría» por una estrategia dirigida a lograr mayores niveles de integración productiva local, promoviendo una salida exportadora para la cual el mercado interno tenga sentido. Supone una expresa definición en favor de crecientes niveles de progresividad tributaria, supone un reordenamiento financiero que privilegie el rol de la banca pública de fomento y demanda una estrategia de regulación sobre los servicios públicos privatizados. En realidad, las líneas expuestas implican una reformulación del rumbo económico que le otorgue sentido a la palabra empleo y pueda combinar una situación de equilibrio fiscal fundado en criterios progresivos con una estrategia de crecimiento de la demanda efectiva vía reducción de la jornada laboral con mantenimiento de salario, atención de la emergencia social y asistencia a las pequeñas y medianas empresas.

Se trata de recrear un marco de política económica donde tenga sentido y dimensión la palabra empleo. En la agenda actual el capítulo del empleo no existe, sólo existe el «costo laboral». La diferencia, como hemos tratado de evidenciar en este trabajo, no es sólo semántica.

Buenos Aires, septiembre 1995.



Antonio Berni, "Desocupados" (1934).

Francia: La reducción del tiempo de trabajo y la compensación salarial*

Alain Lipietz / Maxime Durand

Lipietz I

La recuperación mundial, inflada por la bajada drástica de las tasas de interés en los EE UU, ha brillado durante un año sin tocar las orillas de la Europa encorsetada por los "criterios de convergencia" de Maastricht.

Mientras pierde velocidad al otro lado del Atlántico, parece por fin tocar sin mucha fuerza las orillas de Francia. Y ya comienza la inquietud: ¿recaeremos en el error histórico, confesado por Michel Rocard, de finales de los años ochenta: contar con ella para asegurar la vuelta al empleo, olvidando la reducción del tiempo de trabajo? En aquel momento, 800.000 empleos creados no habían hecho bajar el paro más que en un punto, antes del regreso de la recesión.

Pues bien, quizás. La recuperación, que como de costumbre relanza la combatividad de los asalariados, se traduce por primera vez en una ola de huelgas más orientadas hacia el salario. Pero parece haberse franqueado un umbral: el paro, porque toca a todas las familias, a todas las clases sociales, se ha establecido de forma duradera como el problema económico, social, cultural, ético, ... y ecológico de nuestro tiempo.

El papel de la recuperación. Ciertamente, la recuperación, si es convenientemente orientada para permanecer "sostenible", tanto desde el punto de vista del comercio exterior como desde el punto de vista del medio ambiente (y amplios programas de economía de energía y de desarrollo de los transportes en común tendrían doble efecto), será un auxiliar poderoso de la lucha contra el paro. Por sus efectos directos de creación de empleo

**Síntesis del debate realizado entre revistas francesas. Reproducido de Viento Sur N°19 Madrid, febrero 1995.*

en primer lugar (como en 89-91). Además, porque, reduciendo la crisis fiscal del Estado y aumentando los beneficios ya confortables de las empresas, permitirá financiar las otras dos “grandes obras” posibles: el desarrollo de un tercer sector de utilidad social, y sobre todo la reducción del trabajo “por todos los conceptos”, edad de jubilación y duración anual o semanal del trabajo.

No olvidemos nunca este punto: la política Rocard/Balladur de alargamiento de la duración de la cotización para la jubilación es, por sí misma, un factor de agravación en unos 200.000 parados por año. Hay que hacerla retroceder lo más rápidamente posible, antes de soñar con cosas mejores.

Queda la parte más importante: el reparto del trabajo durante la duración de la vida activa, y la más importante subparte: la reducción general, por vía legislativa o interprofesional, de la duración semanal del trabajo (con o sin anualización: dejemos de lado ese asunto). Entonces, sobre este punto, ¿donde está el debate?

Cuatro posiciones. De hecho, se ha movido un poco desde el pasado invierno. En aquel momento, se enfrentaban cuatro posiciones:

1. La posición tradicional de los sindicatos y de la “vieja izquierda”: las treinta y cinco horas sin ninguna disminución de salario. Posición irrealista y puramente verbal, pues conllevaría tales dificultades para las empresas que acabaría en una ola de despidos.

2. La posición más generosa para los excluidos, la de un experto de ATD-Quart Monde, Pierre Larrouiturou: las treinta y dos horas inmediatamente, con descenso realista de los salarios, incluso los salarios más bajos.

3. La posición realista “pro-cuadros” de Henri Emmanuelli: no hay que “romper la unidad de los asalariados”, es decir no hay que poner en cuestión la renta de los altos salarios, “incluso los de 30.000 francos al mes” y consiguientemente, subordinación de la reducción de la duración del trabajo al ulterior crecimiento de la productividad. En definitiva: las treinta y siete horas inmediatamente, las treinta y cinco más tarde.

4. La posición realista “pro-excluidos” de los ecologistas: las treinta y cinco horas inmediatamente, con mantenimiento de la renta mensual garantizada a los bajos y medios salarios (los demás: a negociar con los empresarios).

Tres evoluciones. El primer semestre de 1994 ha marcado tres grandes evoluciones:

- La desaparición casi total de la posición 2. Generosa y económicamente realista (por ello, había encontrado un apoyo en la derecha “humanista”), era políticamente irrealista, puesto que se privaba de todo apoyo entre los asalariados.

- La vuelta del PS, bajo la égida de Emmanuelli, a una vieja tradición “molletista”: discurso muy radical anticapitalista, posicionamiento electoral centrista, es decir: “Delors y las treinta y cinco horas, sin bajada del salario”.

- Y sobre todo, en el seno de los colectivos “Agir ensemble contre le chomage!” (Actuar conjuntamente contra el paro, AC!.) y en los debates fraternales de las marchas contra el paro, la confrontación entre las posiciones uno y cuatro.

La posición “treinta y cinco horas inmediatamente, sin ninguna disminución de salario” es defendida allí con talento por la LCR. Sin caricaturizarla demasiado, la argumentación es grosso modo: “Los patronos pueden pagar. O, si no pueden, se les puede ‘ayudar’ aumentando los impuestos sobre los rentistas. E incluso si un día debemos reconocer que no pueden todos pagar todo, no merece la pena dividirnos anticipando los compromisos que tendremos que hacer con ellos”.

¿Prioridad a las capas medias? El problema, con este último argumento es que se acerca peligrosamente a la posición de Emmanuelli. Pues, de hecho, o bien plantea un doble discurso (“Por el momento nos negamos a cualquier descenso de la renta de las capas medias, pero si un día la cuestión se pone de actualidad...”), o bien subordina la lucha contra la exclusión a la defensa de la renta de las capas medias. Posición llamativa por parte de una extrema izquierda a la que estábamos acostumbrados a ver defender los aumentos salariales no jerarquizados (“500 francos para todos”).

Pero, ¿qué es una compensación salarial sino un aumento de salario horario? Una posición del tipo “compensación salarial uniforme” habría permitido a la izquierda sindical unificarse sin dificultades con los ecologistas.

Esta prioridad concedida a las capas medias es tanto más chocante en la medida que esos mismos militantes no dudan (con razón) en predicar la estricta limitación de las horas extras. Así, no se dudaría en amputar más del 10% de las rentas de una persona que cobre el salario mínimo interprofesional (SMIC) trabajando cuarenta y tres horas por semana, pero habría que pelear por los 60.000 francos del piloto de un Boeing 747!

Pero el problema es más profundo. Para la extrema izquierda, toda ganancia salarial en el seno del “enfrentamiento capital-trabajo” debe ser apoyada. Ahora bien, los excluidos no forman parte (desgraciadamente para ellos) de la relación capital-trabajo, y la “nueva pequeña burguesía” recibe sus rentas bajo la forma de salario. A partir de ahí, un acuerdo “capital-asalariados” por treinta y cinco horas sin disminución de salario podría

muy bien hacerse... a condición de cerrar los establecimientos menos productivos, disminuir los gastos de protección social y las reglamentaciones de defensa del medio ambiente (lo que fue en definitiva la política del boom tatcheriano, arrastrado por los altos salarios).

Frente a esta posición estamos los ecologistas, y en particular los Verdes, que, por primera vez se han comprometido colectivamente en el terreno social y se han presentado como valientes defensores del reparto del trabajo y de las rentas.

Rentas garantizadas. Estamos muy de acuerdo en que había que comenzar por "hacer pagar" prioritariamente a las rentas de la propiedad para financiar la reducción del tiempo de trabajo, los Verdes de la extrema izquierda al no garantizar el mantenimiento de los salarios mensuales más que "para la mitad de los asalariados menos pagados"

Ahora bien, esta mitad gana menos de 9.000 francos. Lo que puede ser relativamente confortable en provincias es muy insuficiente en la región parisina (la diferencia de los salarios París-provincia es mucho más importante que la diferencia hombres-mujeres). Un sondeo de la Unión de Sindicatos de la Metalurgia CFDT de París muestra que una cierta pérdida de salario mensual en el paso a las treinta y cinco horas no es aceptado más que a partir de 10.000 francos por mes.

¿Fiscalizar las cotizaciones sociales? Pero, mientras los Verdes se proponían aumentar el salario mínimo interprofesional, a la vez que dejaban los altos salarios a la negociación, han aparecido como si pelearan por el descenso de los altos (y porqué no de los medios) salarios. Sin embargo, cualquiera que sea su preocupación por la naturaleza y el Tercer Mundo, los Verdes no hacen ciertamente de la bajada de los altos salarios un objetivo en sí mismo. Simplemente, conscientes de que la subida general del salario horario podría arruinar no pocas empresas, intentan "limitar los destrozos" garantizando sólo los salarios bajos. También habría que disminuir el costo de los salarios para las industrias de mano de obra, por ejemplo fiscalizando las cotizaciones sociales.

Todo el mundo está de acuerdo en AC! en una reforma fiscal que hiciera pagar las cargas sociales al conjunto de las rentas. Una parte de los Verdes propuso este verano unirse a la consigna de "treinta y cinco horas sin reducción de salario para todos"... pero con el aumento de los impuestos, lo que habría permitido una unificación formal con la LCR e incluso con Emmanuelli, a la vez que se preservaba la posibilidad de recuperar mediante el impuesto, para "entregárselas" a las empresas, las esplendideces que éstas habrían concedido a sus cuadros.

Esta propuesta fue rechazada por los Verdes, por recomendación de su Comisión Económica, pero el ejercicio merecía ser intentado. Parece técnicamente posible “financiar la reducción del tiempo de trabajo mediante impuestos”, es decir pasar a las treinta y cinco horas sin reducción de salario y sin dañar la competitividad ni la capacidad de financiación de las empresas, gracias a una reforma fiscal. Pero, incluso si se recauda el 20% suplementario sobre las rentas del capital, incluso si se toman 120 mil millones sobre los consumos de energía a través de una ecotasa anti-CO2 que se repercutiría sobre los precios, hay aún que aumentar el impuesto sobre la renta en un 25%, y en un 40% si la introducción de la ecotasa se hace a precios constantes (es decir a cargo de las empresas).

En definitiva, una fuerza política no tiene nada que ganar en desviar sobre el Estado, vía los impuestos, la redistribución de los costes salariales: es ella la que recibiría todos los golpes asumiendo la transferencia del bolsillo de las capas medias hacia las de los empresarios. Más vale atenerse a las reglas de una sociedad pluralista. Es normal que los sindicatos exijan los salarios más altos posibles, normal que los empresarios resistan. El papel de una fuerza política que lucha por la solidaridad es proteger a los excluidos y a los bajos salarios... dejando a los demás que negocien entre ellos.

Pero para esto también es preciso haber privilegiado la alianza de los excluidos y de los explotados.

Durand I

Alain Lipietz, portavoz de la Comisión Económica de los Verdes, ha polemizado ampliamente en *Politis* con la posición de la LCR sobre las 35 horas sin pérdida de salario. Esta es una respuesta.

Lipietz comienza distinguiendo cuatro posiciones sobre la reducción de la duración del trabajo: la suya, la de Larouturrou, la de la “vieja izquierda” y la de Emmanuelli. Intentando describir la evolución del debate, comienza por deplorar la desaparición de la propuesta de Larouturrou (la semana de cuatro días con 5% de descenso salarial) que tenía el doble mérito a sus ojos de ser la más “generosa para los excluidos”, al mismo tiempo que “económicamente realista”. Capaz de encontrar un apoyo en lo que Lipietz llama la “derecha humanista”, este proyecto se privaba sin embargo de cualquier apoyo de los asalariados.

Hay en esta presentación un primer patinazo, que consiste en sugerir que una parte de la derecha podría ser más generosa que los asalariados.

Debería sin embargo ser fácil de discernir, tras el discurso cada vez más social de la derecha, su voluntad de hierro en cuanto a la acentuación de la austeridad salarial y a la ofensiva contra la protección social. ¿Es verdaderamente astuto concederle, en el momento de la apertura de la campaña presidencial, certificados de “humanismo”, aunque vayan entre comillas?

Amalgama. No es el único ejemplo de una cierta torpeza política de la argumentación de Lipietz. Ciertamente, rompe brillantemente la posición de Emmanuelli con esta fórmula: Delors inmediatamente, y las 35 horas sin pérdida de salario... más tarde. Pero es para abrir inmediatamente un mal proceso a la posición de la Liga, cuya argumentación se acercaría “peligrosamente a la de Emmanuelli”. Tal amalgama es por lo menos difícil de tragar. Si se cree a Lipietz, la Liga estaría en la práctica por la defensa de la renta de las clases medias y habría renunciado a aumentos de salarios no jerarquizados, como los 1.500 F para todos (que una divertida errata reduce por otra parte a 500 F).

El fondo del problema. El fondo del problema está en otra parte: ocurre que nuestros argumentos sobre la cuestión de la compensación salarial se han revelado más convincentes que los de Lipietz. No debido al “talento” que habríamos desplegado, sino sencillamente porque esos argumentos sintonizaban con un principio muy extendido en el movimiento sindical, según el cual no se movilizará a los asalariados por una plataforma que prevé un descenso de los salarios. Además, incluso con las propuestas de Lipietz, que hacían descender muy bajo en la escala de las rentas, puesto que un asalariado de cada dos se vería afectado, la compensación (para los patronos) era muy débil. Sobre una alza de la masa salarial de un 11% que representaría un paso a las 35 horas sin pérdida de salario, Lipietz no hacía economizar más que un 3% a los patronos, lo que dejaría entero lo esencial del problema. En cuanto a las rentas más elevadas, no hay que mezclarlo todo. Hay que comenzar por recordar que el 90% de los asalariados no supera cuatro veces el SMIC. El aumento de las desigualdades proviene en lo esencial de las rentas financieras, y en lo que les concierne, no hemos estado nunca, evidentemente, a favor del statu quo. Proponemos desde hace mucho una reforma fiscal radical, que iría en el sentido de una mayor equidad, jugando con las franjas del impuesto sobre la renta, sobre los techos de cotización social...

Lipietz responde que es hipócrita, puesto que a fin de cuentas esas medidas tendrían por efecto no mantener el reparto de las rentas después de los impuestos. No se trata sin embargo de un “doble discurso”, como sugiere amablemente Lipietz, sino de una distinción esencial a nuestros ojos.

Hace falta una ley a favor de las 35 horas sin pérdida de salario para crear empleos, y hace falta una reforma fiscal para asegurar un reparto más equitativo de las rentas. Pero no se deben mezclar las dos, por una razón evidente: los objetivos de igualdad social tienen que ver con la lógica del impuesto, porque debe tomar en consideración todas las formas de renta, mientras que la reducción de la duración del trabajo no concierne más que a los asalariados.

Evolución del debate. Esta obstinación en pregonar descensos de salarios no ha convencido, ni en AC!, ni siquiera entre los Verdes. Es sintomático que las posiciones defendidas hasta ahora por Lipietz hayan desaparecido del proyecto sometido a la discusión de la Convención de la Ecología Política y Social, que retoma en sus rasgos generales la formulaciones del llamamiento de AC!. Este texto propone en efecto “reducir mediante una ley-marco la duración legal del trabajo a 35 horas semanales con mantenimiento del poder de compra, sin aumento de la intensidad del trabajo, a fin de permitir las contrataciones correspondientes”, y asegurar la financiación de esta medida “mediante impuestos sobre rentas financieras, la especulación monetaria, plusvalías, que marquen una voluntad de un reparto más igualitario de las riquezas y de una tasación al menos igual de las rentas del capital y del trabajo”.

El llamamiento inicial de AC! contenía una formula de compromiso sobre los altos salarios, que ha permitido no cerrar el debate sobre este punto que está muy lejos de reducirse a un cara a cara entre los Verdes y la LCR. Tal presentación no refleja la realidad diversificada de este movimiento, su función de federador.

En cuanto a la idea, implícita en el artículo, según la cual AC! habría privilegiado insuficientemente la “alianza de los excluidos y de los explotados”, bajo la influencia sin duda de la “vieja izquierda”, no es sostenible. Si hay algo que AC! ha conseguido con las marchas de la pasada primavera, es comenzar a construir tal alianza. Que esto no pasa por la autolimitación de las reivindicaciones salariales es una realidad que no confirma las tesis de Lipietz.

Esta polémica tiene al menos la ventaja de señalar claramente lo que puede distinguir las dos posiciones presentes hoy en el movimiento social. Lipietz piensa que este último, para constituirse, debe ser portador de un esbozo de contrato social aceptable para las clases dominantes (la “derecha humanista”?). Nuestra posición, como revolucionarios, no es proclamar la inminencia de la revolución, lo que sería manifiestamente absurdo. Consiste más bien en defender un proyecto radical que sintetice las aspiracio-

nes populares y que se oponga punto por punto a los proyectos implacables de la burguesía que no tiene, verdaderamente, nada de humanista.

Lipietz II

La respuesta de Maxime Durand a mi artículo de *Politis*, en primer lugar, un problema de estilo que es un problema político. Antes de abordar el fondo, el autor consagra una cuarta parte de su artículo a tacharme de "torpeza política" (por haber recordado que la posición Larroustou, aunque es la más generosa para los excluidos, había recibido el apoyo de una parte de la derecha), y, cosa mucho más grave, lanza contra mí una falsedad por sugerir no se sabe qué crueldad contra los trabajadores que cobran el salario mínimo.

Problema de estilo, problema político: antes incluso de debatir, se comienza por demonizar al adversario, el infame verde, especie altamente reaccionaria... Pero vayamos al fondo.

Salario horario y lucha de clases. En primer lugar, Durand reivindica sin ambigüedades la posición defendida sobre la cuestión de los altos salarios. Lejos de ser un compromiso táctico (no mezclar la cuestión de la reducción del tiempo de trabajo a la reducción de la jerarquía de los salarios), afirma claramente que no se debe, "por principio", prever ninguna disminución de los (altos) salarios.

Aquí, el debate ganaría en claridad si el autor precisara si habla de salarios horario o de salario mensual. Para los patronos (y los marxistas!), sólo cuenta el primero (lo que paga el capital para comprar tiempo de trabajo). Cualquier reducción de tiempo de trabajo, desde el momento en que es incluso parcialmente compensada, es una subida del salario horario y una bajada de la tasa de plusvalía (relativa). En ningún caso se trata de "sacrificio" del lado de los asalariados; venden menos trabajo (y ganan consiguientemente tiempo libre), y este trabajo lo venden más caro: son menos explotados. Del lado del capital, hay pérdida de plusvalía relativa y absoluta, de donde proviene su oposición a la reducción del tiempo de trabajo.

Sin embargo, para los bajos salarios, un descenso de la cantidad de su fuerza de trabajo explotada puede conllevar un descenso de la renta mensual, que, hará su vida aún más difícil a pesar de su ganancia en tiempo libre. La posición de los Verdes es pues garantizar la renta de la mayoría de los asalariados mediante la única medida centralmente obligatoria: la subida del salario mínimo interprofesional horario.

¿Y más allá? Más allá decimos claramente que debe regularse a nivel

de la relación empleadores/empleados y precisamos que un descenso del 3% del coste salarial mensual directo medio (esencialmente sobre las franjas superiores de los asalariados), consiguiendo una subida media del 7% del salario horario por un descenso del 10% del tiempo de trabajo, permitiría a la patronal conservar la rentabilidad y competitividad, es decir, contratar gente efectivamente.

Aesto, Durand opone en primer lugar un argumento bastante divertido: "el 3% no arregla el problema de los patronos!". Cuando un representante de la patronal nos dice eso, le respondemos: "¿Y las economías sobre el coste del paro? ¿Y las ganancias de la productividad horaria?". Pero cuando un artículo de Maxime Durand nos sirve el argumento patronal, uno tiene derecho a imaginar que su ordenador le ha jugado una mala pasada.

¿La igualdad por el Estado? Su verdadero argumento es sin duda el siguiente: no se debe mezclar reducción del tiempo y lucha contra la jerarquía de los salarios. "El objetivo de igualdad, dice, se remite sólo a la lógica del impuesto". Según esta posición de principio "esencial", el capital debe fijar libremente la jerarquía de los salarios, y el movimiento obrero debe intentar restablecer más igualdad sino por el medio redistributivo del Estado, a través de los impuestos. Esta posición tiene a su favor ser, desde los años cincuenta, la de la socialdemocracia nor-europea, a la que no se le pueden negar los éxitos. Pero, ¿sería válida en Francia donde la escala de los salarios, antes de los impuestos, es escandalosamente más grande, y se ha ampliado aún a lo largo de los años ochenta? La Comisión Económica de los Verdes ha examinado este escenario. Implicaría un alza de alrededor del 40% del impuesto sobre la renta, para entregarlo a la desgracia patronal que habría íntegramente compensado para sus cuadros el paso a las treinta y cinco horas. Deseo buena suerte al gobierno "rojo" que tomaría la iniciativa... Por lo que a nosotros se refiere, preferimos una cierta descentralización de la lucha de clases...

¿A las calendas griegas? En mi artículo, esbozaba una propuesta: la compensación no jerarquizada. Técnicamente difícil de imponer, el principio es simple. Si se estima que el asalariado que gana diez mil francos por mes no debe ver moverse su renta mensual con el paso a las treinta y cinco horas, entonces mantengamos los salarios horarios... y concedamos a todos una prima mensual de mil francos. Es mucho para el trabajador que cobra un salario mínimo (cuyo salario mensual se eleva en 500 francos), es poco para el "cuadro Emmanuelli" que cobra treinta mil francos por mes, y para el asalariado que cobra cuatro veces el SMIC (diez y nueve mil seiscientos francos netos aproximadamente) que parece privilegiar Maxime

Durand (¿esbozo de compromiso?), la “pérdida” mensual no sería más que de novecientos sesenta francos Espero aún una respuesta seria (y no me comprometo sobre la viabilidad de ese umbral).

Ultima rareza de Maxime Durand: su concepción del cambio social. “Nuestra posición, en tanto que revolucionarios, no es proclamar la inminencia de la revolución, lo que sería manifiestamente absurdo (Soy yo el que subraya). Consiste en plantear un proyecto radical (...) que se oponga punto por punto a los proyectos implacables de una burguesía que no tiene nada de humanista”. Dicho de otra forma, sería revolucionaria una posición cuyos proyectos de reforma serían tan radicales que no podrían ser puestos en marcha más que tras una derrota de la burguesía en toda la línea. En el caso presente: el paso a las treinta y cinco horas después de una revolución “cuya inminencia sería manifiestamente absurda”.

Es en este sentido en el que decía que esta posición se unía a la de Emmanuelli: las treinta y cinco horas para las calendas griegas. Por nuestra parte, preferimos pelear por reformas que no gustarían ciertamente a las clases dominantes, pero no presuponen el Gran Día, “inminente” o no. ¿No muy “revolucionario”? No nos importa. Evidentemente (y es una de nuestras más graves divergencias), no tenemos la misma relación con el tiempo, se trata de la lucha contra el paro... o de la lucha contra el efecto invernadero.

Durand II

En primer lugar, quiero felicitar a Alain Lipietz por haber desafiado el boicot de los Verdes hacia el debate con la Liga. Luego, algunas rápidas observaciones a su reacción.

Lipietz mezcla salarios de los cuadros y rentas financieras. En 1993, las empresas han distribuido 440.000 millones de intereses y dividendos netos, Una tasa del 25% sobre estas rentas respondería pues 110.000 millones. Si se les añaden los 80.000 millones de economías en el coste del paro, no quedan por encontrar más que 40.000 millones para llegar a los 23.000 millones que representan el paso a las treinta y cinco horas. Tal suma no representa más que el 20% del fraude fiscal (según la estimación del SNUI), o el 15% del déficit presupuestario. Es inferior a las ganancias que las empresas no han destinado a la inversión en 1993. Recordar a Lipietz que su compensación no reporta más que el 3% de la masa salarial, no es pues tragarse la argumentación patronal, sino subrayar que las verdaderas fuentes de financiación están en otra parte.

El “gran día”. La forma en que Lipietz evoca “aumentos de productividad” asociados a la reducción de la duración del trabajo plantea problemas, si se trata de convencer a los asalariados. Revela sobre todo una incompreensión profunda de las reticencias de los asalariados que temen - quizá tanto como la pérdida de salario- que la reducción del trabajo sea un medio de obligarse a hacer el mismo trabajo en menos tiempo.

Lipietz parece creer que nuestro análisis estratégico se reduce al siguiente simplismo: la LCR está a favor de las 35 horas, pero tras el Gran Día... ; y saca de ello argumentos para decir que en este punto estamos con Emmanuelli. ¿Y por qué no con Delors?

Si se quiere abordar serenamente este debate, habría sin duda dos orientaciones coherentes. La de Larrourou consiste en elaborar un proyecto bien acabado, en convencer a la patronal (y la CFDT) de que es practicable, y en soñar con una especie de pacto social en frío. La de AC! se propone, al contrario, construir un movimiento social, fundado en el rechazo de la sociedad del paro y en la afirmación de aspiraciones transformadoras.

No es en sí un proyecto revolucionario, pero la condición de existencia de tal movimiento es su radicalidad. Lo que la gente siente más o menos confusamente hoy, es que la lucha contra el paro exige un proyecto global que, sin plantear forzosamente la cuestión de su derrocamiento, toca sin embargo las raíces mismas del sistema económico dominante. ¿Cómo transformar esta toma de conciencia aún dudosa en voluntad de acción? No es un problema sencillo de “relación con el tiempo”, sino también de método. Nada autoriza en efecto a Lipietz a afirmar que se moviliza mejor por la lucha contra el paro a partir de un discurso razonable sobre compensación salarial.

Continuaremos pues debatiendo (vivamente si es necesario) pero también experimentando en común : no estamos, ni unos ni otros, en posición de establecer verdades definitivas.

Traducción: Alberto Nadal

NOVEDAD

**John Holloway / Werner Bonefeld / Joachim Hirsch
Peter Burman / Harry Cleaver**

GLOBALIZACION Y ESTADOS - NACION

**El monetarismo
en la crisis actual**

FICHAS TEMATICAS DE

Cuadernos del Sur

6



**ADQUIERALO EN ROSARIO EN HOMO SAPIENS
Y EN LAS MEJORES LIBRERIAS DEL PAIS**

La imaginación productiva

Homenaje a André Gorz, un
realista revolucionario de nuestros tiempos*

Oskar Negt

Querido André,

Saludarte en tu 65º aniversario de una manera acorde a tu forma de vida como autor científico, filósofo social y socialista haría necesario, en realidad, un homenaje crítico muy amplio a tu obra. Me detuve ya en el primer intento de realizar semejante propósito. Saber más de tu vida me podría facilitar la tarea que me propuse -de expresarte mi profundo respeto- mediante una comparación entre tu vida y tu obra y encontrando quizás aquí y allá algo contradictorio o inexplicable.

Pero, lamentablemente, casi no te conozco personalmente; incluso te puede parecer impertinente que te tutce después de tantos años de no habernos visto. Si no me equivoco, nos encontramos una sola vez -junto a Ernest Mandel, Herbert Marcuse y Theo Pinkus- con el propósito de contribuir a través de un proceso de autocomprensión a que la Nueva Izquierda, que había empezado a fragmentarse y deshacerse a principios de los años setenta, pudiera salir del callejón sin salida desde el punto de vista organizativo en el cual se encontraba sin lugar a dudas. Esta conferencia, realizada en territorio suizo, fracasó tan terriblemente que yo seguía sintiendo malestar durante más de una década frente a este tipo de propuestas. Que aquella jornada haya fracasado, igualmente, no tuvo nada que ver con nosotros dos. Te mantuviste en el fondo, corrigiendo de vez en cuando con gestos educados algún desacierto demasiado obvio de los protagonistas del debate, mientras que la incomprensión mutua en la controversia dominan-

* Este texto fue publicado originalmente con el título "Ausproduktiver Phantasie - ein revolutionärer Realist unserer Zeit" en el libro de Hans Leo Krämer y Claus Leggewie (ed.): *Wege ins Reich der Freiheit - André Gorz: 65. Geburtstag*. Rotbuch Verlag, Berlin 1989. Traducción del original en alemán para Cuadernos del Sur por Katharina S. Zinsmeister, Buenos Aires, revisada por Sabina Benning. Publicado con la colaboración de Wolfgang Leo Maar desde San Pablo, Brasil.

te, que se desarrolló entre Mandel y Marcuse, envenenó el ambiente de debate durante toda la jornada e hizo enmudecer a los demás participantes.

A veces es a partir de situaciones demasiado poco espectaculares como nos formamos una imagen duradera de las personas. Así, rescaté para mí como resultado de esa jornada, en general bastante desastrosa, la diferencia flagrante entre el espectáculo de violentos discursos y ciega convicción que nos hicieron presenciar Mandel y Marcuse en su afán de no comprenderse, por un lado, y, por el otro, el apasionamiento cauto y racional que caracterizó tus intervenciones. En ese entonces me formé una idea de cómo piensas. Fue para mí como si ya te conociera personalmente; supongo que no es casual que, en todo el tiempo transcurrido desde entonces, ninguno de los dos haya buscado ni encontrado una oportunidad para conocer mejor al otro. Lo que había percibido y aprendido a través del estudio de tus escritos se correspondía tan plenamente con la imagen que me hice de tí en ese momento que me puse muy contento y se desvaneció la necesidad que había sentido anteriormente de conocerte más de cerca. Quizás haya sido mejor así porque de esa manera evité aquellos desencantos que se producen casi inevitablemente cuando los hombres empezamos a conocernos como tales.

Debo comenzar con un comentario tan personal porque si no, no encuentro un punto de partida diferente a aquel de quien evalúa y critica tus escritos. Tanta distancia sería demasiada para mi gusto y no se corresponde con lo que, por lo menos yo, siento que existe entre nosotros. No sabrás y tampoco nunca te lo hice saber que perteneces, a pesar de la poca diferencia de edad entre nosotros -son sólo diez años-, a mis maestros secretos. Cuando paso revista de los casi treinta años que conozco tu producción literaria, no descubro casi ningún libro y sólo unos pocos ensayos y entrevistas tuyos que no he leído. Y eso que ni te sé explicar bien en dónde radica que tus escritos me hayan fascinado tanto. No es que siempre hayas coincidido con mis propias convicciones y prejuicios; en muchos puntos, ciertas concepciones tuyas suscitan mi protesta, hoy más que nunca. Igualmente he tenido siempre la sensación de que escribe alguien que se enfrenta a los hechos y las condiciones reales, les da vueltas y vueltas hasta que toman una forma poco acostumbrada pero que quizás se corresponde más con la realidad que todo lo que acerca de ellos se dijo anteriormente. Es a través de tu modo de pensar, tu racionalidad iluminista (*sachliches Pathos des Aufklärers*), que tus escritos han acompañado mi vida intelectual hasta el día de hoy.

Preguntándome en qué consiste lo característico de ese modo de pensar,

se me ocurren diferentes aspectos posibles. Como ya dije, no conozco tu vida personal, tampoco sé nada de tu familia, de cómo viviste tu infancia y adolescencia, por qué te fuiste a Francia, empezaste a trabajar con Sartre y aceptaste a París como centro político-cultural de tu producción intelectual. Nada de todo ello podría incluir en este saludo para tu 65º aniversario. Es, por lo tanto, una mirada muy subjetiva desde la cual me enfrente con los productos de tu pensamiento.

Mi relación con tu pensamiento tiene que ver con la carencia relacionada con mi admiración profunda del espíritu cartesiano, encarnado, desde mi punto de vista, en el Iluminismo y la Revolución Francesa, que contribuyó a formar la idea de racionalidad política. Siempre me dolieron las carencias de los autores franceses en ese sentido; no pude deshacerme de la sensación de que la tradición filosófica de Kant a Hegel, de la crítica epistemológica y la importancia especial puesta en la problemática de la relación entre sujeto y objeto, no ha tenido ningún significado político para gran parte de los intelectuales franceses. Con excepción de Alexandre Kojève -quien rescató la dialéctica del amo y del esclavo de Hegel, aunque apuntando y limitándola a la cuestión existencial del riesgo de muerte; y Maurice Merleau-Ponty -quien desarrolló un concepto más amplio y rico de la dialéctica histórica desde un enfoque fenomenológico- fuiste tú para mí el único autor francés a quien he podido seguir en un pensamiento dialéctico vital. Si bien fui educado y formado en los seminarios filosóficos de Horkheimer y Adorno, ya había empezado tempranamente a militar en la SDS y en los sindicatos y absorbí ansiosamente tus escritos que eran para mí la combinación de un trabajo de transmisión teórico-dialéctica, de obstinación sindicalista y el desarrollo de una perspectiva socialista general; has sido para mí entonces el autor político.

Igualmente, desde que inicié mis estudios en 1956 en Frankfurt, nunca me habían transmitido un Marx puro y sin rupturas; los docentes del Institut für Sozialforschung (Instituto de Investigación Social) donde estudiaba -Manfred Teschner, Gerhard Brandt y Jürgen Habermas- me enseñaron un Marx ampliado desde un enfoque político que superaba al enfoque estético de Adorno. Debo a sus estímulos haber conocido los trabajos de Maurice Dobb, Paul Baran y Paul Sweezy. Pero para mi militancia en los sindicatos, en la SDS y en un primer momento también en el Partido Socialdemócrata, este conocimiento básico me pareció insuficiente. Le faltó la dimensión estratégica que requiere una práctica política que pretende transformar diariamente las condiciones a las que nos enfrentamos.

Después de trabajar durante dos años como ayudante de cátedra en la

Escuela de Formación Sindical del DGB en Oberursel me enfrenté al problema de que las formas tradicionales de formación obrera ya no eran prácticas y que deberían encontrarse nuevas formas. Durante varios años estuve buscando una solución al dilema de la formación sindical. Experimenté con modelos prácticos, adopté elementos de las didácticas más variadas, estudié Humboldt y los proyectos alternativos de aprendizaje, como i.e. la gramática generativa de la Escuela del Odenwald. Pero entendí desde el primer momento que la formación obrera no se podía encarar según los mismos principios que la escuela común. Recién en diciembre de 1964, si recuerdo bien, o aún un poco más tarde, cuando cayó en mis manos tu libro *Strategie ouvrière et néocapitalisme*, publicado por "Editions Du Seuil", encontré una solución para mi concepción de formación obrera. Con mi deplorable francés del colegio releí este libro una y otra vez y tan intensamente que lo supe prácticamente de memoria -además se deshizo el libro y tuve que volver a comprar la edición francesa. Este libro fue fundamental para mí, más que nada en un punto decisivo: la disolución de toda rigidez antinatural en la relación entre reforma y revolución.

Te puede parecer extraño, pero la fórmula de las "reformas revolucionarias" acuñada por ese libro superó para mí una contradicción, para la cual hasta entonces no había encontrado solución; la contradicción entre los principios de una transformación revolucionaria de la sociedad y las luchas diarias por la búsqueda de cambios parciales, también tan necesarios. Es imposible trabajar en los sindicatos con una conciencia que niegue que las luchas cotidianas por el poder y en defensa de los propios intereses provoquen cambios en la estructura de la sociedad capitalista. Si ello ocurre, se disocia el gran objetivo de la transformación socialista de la realidad y degenera hacia un mero conjunto de ideas individuales. Sigo considerando correcto lo que decías en ese entonces: "Es una vieja pregunta: ¿reforma o revolución? Era (o es) primordial cuando el movimiento obrero tenía (o tiene) la elección entre la lucha por reformas o la rebelión armada. Pero eso ya no es el caso en Europa Occidental. Por lo tanto esa pregunta ya no es una disyuntiva: sólo existe la posibilidad de 'reformas revolucionarias' que tengan como objetivo la transformación radical de la sociedad." ¡Así es! Muchos errores organizativos y/o tragedias humanas de la izquierda radical se podrían haber evitado tomando en serio tus afirmaciones.

Pero cuando las reformas revolucionarias dirigidas a una transformación radical de la sociedad son posibles objetivamente, entonces se abre un campo amplio para una acción sociocultural con el objetivo de transformar la conciencia colectiva y los valores respecto de los contextos labora-

les específicos que estructuran la vida cotidiana de las personas. Tampoco cuestionaste nunca que existen también reformas que contribuyen a estabilizar el capitalismo. Pero eso no constituía un problema para las corrientes hegemónicas del marxismo que desvalorizaban en general las reformas como puros mecanismos de integración.

En otros dos aspectos tu análisis contribuyó a formar mi concepción de los sindicatos, prácticamente invariada hasta hoy. Manteniendo los principios básicos de la teoría marxista respecto del trabajo asalariado y del capital, mostraste que, al señalar esa contradicción básica del régimen de dominación, se hace bastante poco para fortalecer y ampliar el poder del movimiento obrero. Por el contrario, para ello hay que hacer una análisis sociológico y económico preciso y detallado de los lugares de trabajo, de la realidad específica de las empresas, de las finalidades del trabajo y de las condiciones culturales de la reproducción de la fuerza de trabajo. Desde un pensamiento obstinadamente propio e independiente enfatizabas la posición del hombre como productor y su lugar en la producción ante una opinión pública que tendía a glorificar más bien al 'consumidor promedio' o 'ciudadano' en cuanto votante. Revelar el significado enorme que implican las transformaciones de las relaciones y condiciones laborales para la estabilidad democrática es una forma de concretar la teoría marxista que implica importantes consecuencias políticas. Ese proceso todavía no se puede dar por concluido.

Las categorías y los conocimientos surgidos en ese escrito estratégico siguen siendo vigentes, no porque la realidad no haya variado desde entonces, sino porque los problemas allí señalados siguen existiendo. Es más, incluso durante los años siguientes se agudizó la crisis de la democracia representativa allí analizada, se fortalecieron concepciones ideológicas centradas en los consumidores y se volvió a un concepto de democracia que se relaciona con la autodeterminación y la capacidad organizativa de los hombres en sus condiciones reales de vida.

Querido André, hasta hoy no me queda claro por qué abandonaste esta búsqueda de una solución para el orden social capitalista centrada en la emancipación humana. Quizás las experiencias del Mayo Francés te hayan llevado a sacrificar el enfoque de las necesidades y los intereses que habías defendido como nadie, ni siquiera Marcuse, en el altar poroso de un "partido revolucionario" cuyo status de agente histórico del cambio postulado por Lukacs justo había sido sometido a una crítica fundada y políticamente relevante durante la segunda mitad de los sesenta. Como siempre percibí con gran interés todo lo que decías, me sorprendí enormemente al leer en

1969 el prólogo de una reedición de la *Stratégie* que se refería al Mayo Francés. Allí leí frases que, según mi criterio, no podían ser explicadas por las circunstancias del momento. En este nuevo prólogo decías: “Temas de este tipo -como la crítica de las formas de consumo, cultura y concepciones de vida existentes...- apenas han perdido su actualidad. Sí, al contrario, existe entre las muchas limitaciones de la edición anterior una que me parece mucho más clara hoy: la ‘estrategia del movimiento obrero’, que trataba de esbozar, aparece poco clara y más que nada extrañamente muda respecto de la dimensión política y su instrumento, sin el cual ni siquiera puede imaginarse una ‘estrategia ofensiva’: este instrumento es el partido revolucionario.” -¿Qué te había pasado? ¡Si justamente no fue un partido revolucionario el que inició y organizó el Mayo Francés! ¿Habías perdido de repente esa paciencia revolucionaria y ese espíritu sano que habían caracterizado el trabajo de hormiga que era tu *Stratégie ouvrière* con sus largos e intrincados caminos de aprendizaje y acción? Por supuesto, no lo sé. ¿No habrías sentido en secreto el deseo de que algún día surgiese un “partido revolucionario” al estilo leninista de los restos mortales de los partidos estalinistas arteroescleróticos de Europa Occidental? No lo sé. Era ese el momento en el cual no solamente se ponía de manifiesto la crisis de una teoría partidaria estalinista escindida de la idea revolucionaria, sino que también los partidos leninistas y maoístas trataban de recuperarse mediante un acercamiento errático a los nuevos movimientos que se iban formando. Que hayas retomado justo en ese momento la idea de la existencia de un partido revolucionario, es, perdóneme mis duras palabras, una ruptura en tu pensamiento que quizás nunca lograste superar.

Es extraño que recién en el '68 tu manera escéptica de acercarte a la crítica de la economía política, al movimiento obrero con todas sus divisiones, incongruencias e internas burocráticas haya sido reemplazada por la idea vanguardista de una organización política única que reuniría todos los factores esenciales de un proceso revolucionario y lo definiría. Los clivajes interiores del movimiento obrero siempre habían sido tu tema. ¿De dónde viene ahora la fe en una vanguardia incorruptible? La organización revolucionaria se transforma en una fórmula mágica que no reemplaza el movimiento espontáneo de las masas, pero igualmente sigue siendo una pequeña minoría activa que, en su función de llevar adelante acciones ejemplares, interpreta lo que está ocurriendo y señala el camino. Por lo menos más o menos así lo expresas en tu artículo principal en *Les Temps Modernes* del 6 de mayo de 1968.

Igualmente, nadie que haya participado en este movimiento moviliza-

dor del '68 tiene razones para expresar su regocijo ante los fracasos de los demás. Tampoco es posible describir en pocas palabras los errores que yo cometí. Son otros, por cierto. Lo raro es que, de golpe, desconfías del trabajo de hormiga, aunque es éste justamente el único que puede servir como explicación del Mayo Francés; sin rodeos, aunque tu lo deberías haber sabido mejor, apuestas una vez más a transformaciones del centro del poder político. Quizás no a otra toma de la Bastilla o conquista del Palacio de Invierno, pero algo parecido debe habérsete cruzado por la cabeza cuando ya afirmaste en *Les Temps Modernes* de febrero del '67 que la transición del capitalismo al socialismo no sería progresiva y casi imperceptible, sino producto de una "lucha final".

Como debes saber, ya Engels temía esta lucha final como expresó poco antes de su muerte en 1895, cuando afirmó (y creo que con razón) que, tomando en cuenta los medios de destrucción acumulados por la clase dominante, el resultado de semejante acto revolucionario sería sumamente dudoso. También decía que no era posible jugar todo a una sola carta. Lo que yo critico de tu posición es que desvaloriza, a veces indirectamente, a veces en forma muy abierta, aquel reformismo revolucionario que influyó profundamente en mi forma de pensar la acción sindical.

Así como lo decías en 1967, es difícil oponerse. Pero esta falta de diferenciación con la que hablas de "clase obrera" se debe a una exaltación compensatoria de un conjunto contradictorio de protestas y resistencias; ella lleva a un concepto de clase y a una idea de organización revolucionaria idealizados:

"La clase obrera no concretará su unidad política y no protestará con violencia para conseguir un 10% de aumento salarial o 50.000 viviendas obreras más. En el futuro próximo no habrá una crisis tan dramática del capitalismo europeo capaz de provocar a las masas obreras de tal forma que vayan a un paro general revolucionario o una rebelión armada para defender sus intereses vitales inmediatos. Pero jamás la burguesía entregará el poder sin lucha y sin ser obligada a ello por acciones revolucionarias de las masas. El problema fundamental de una estrategia socialista es, por lo tanto, crear las condiciones objetivas y subjetivas que posibiliten acciones revolucionarias de las masas y hacer lo posible para que estas luchas con la burguesía puedan sostenerse y ser ganadas." (*Les Temps Modernes* N° 249, febrero de 1967).

Todo eso es correcto; pero aunque las masas fueran a la calle por razones muy diversas y arriesgaran un paro general o incluso la rebelión armada, aún así no se habría tomado todavía una decisión entre capitalismo o

socialismo. Las formas de vivir de la gente, sus salarios, sus identificaciones con su trabajo, sus condiciones de vida, nacionalidad o religión no son aspectos que están al margen del proceso revolucionario. Así siempre te había comprendido y sigo pensando que es correcto.

Si llego a malinterpretarte, espero que utilices la primera posibilidad que se te presente para poner las cosas públicamente en su lugar. Estoy seguro que lo harás. Por lo tanto me permito llevar mi crítica a su máxima expresión, allí donde las cosas aparecen distorsionadas hasta tal punto que se muestran con toda claridad. ¿Será posible que justo tu substancialización de la clase obrera a partir de la experiencia inmediata del movimiento de rebelión del Mayo Francés haya contribuido a que hayas sido arrastrado cada vez más, durante los años setenta, por la corriente de los despidos? Eres para mí el único intelectual parisino al que liberaría de toda sospecha de que su desarrollo intelectual no esté sometido exclusivamente a la estructura inmanente de la tensión entre concepto y realidad, sino al principio barato de decir adiós a todo lo que había defendido antes con una radicalidad creciente. Seguro que muchas veces encabeza un movimiento teórico justamente aquel que se desprende con más coraje y coherencia de los principios que le hicieron ganar posiciones hasta ese momento.

¿Qué actual sería hoy tu libro *El socialismo difícil*! Mucho más que en 1968. Es una obra maestra de la mediación dialéctica, aprehensible por ser concreto y tan generalizador al mismo tiempo. El título indica de que se trata. El socialismo no está pasado de moda, pues pocas de sus reivindicaciones históricas se han hecho realidad; pero es necesario abandonar las concepciones primitivas de traspaso de la teoría a la práctica para dar su significado actual a ese concepto.

Sé que es injusto respecto de tu pensamiento, que avanzó a pasos pensados y medidos y que representa para tí un gran esfuerzo, decirte que llegas, a mediados de los setenta (a más tardar), a establecer un tipo de relación con la teoría marxista en el cual se va imponiendo crecientemente un individualismo crítico al pensamiento dialéctico-materialista, limitándolo cada vez más. De la misma manera que hasta entonces te hubieras asustado pensando que una idea pudiese no ser dialéctica, tu conciencia teórica se tranquiliza ahora con una relación dualista entre dos hechos contrarios.

Sin embargo, todavía no quiero hablar de ésto; para mí, se trata en primer lugar del problema de los despidos. Aunque se diga adiós al proletariado en cuanto sustancia, porque se reconoce que la fuerza transformadora que se le había atribuido a un partido revolucionario no es capaz de

construir una nueva sociedad - ¿tiene que considerarse por eso a todo lo que representa el movimiento obrero (también los sindicatos que se refieren a ese contexto de intereses) como irrelevante para el proceso emancipatorio de la humanidad? No lo ves tan simple, ya lo sé. Sin embargo, en el *Adiós al Proletariado* hay tantas diatribas contra Marx, contra la dialéctica hegeliana, contra el contexto histórico del socialismo y finalmente contra las orientaciones que atribuyen valor a las categorías de la sociedad de trabajo, que tu mirada de los hechos ya no queda determinada por la búsqueda de ampliar y completar tu visión en el buen sentido hegeliano de superación (*Aufhebung*) y/o de precisión. Se transforma en una búsqueda de lo trascendental, de la disociación de las dificultades terrenales de los problemas, en fin: de la salvación (*Erlösung*).

El proletariado ya no puede provocar este salto. Se ha mostrado incapaz de convertirse en la *gestalt* unificada de un sujeto dotado de voluntad y conciencia como lo formuló el Engels temprano: "Reclamamos la esencia de la historia." Pero, los nuevos movimientos sociales, ¿están capacitados para ello? ¿Existe, en la realidad, una fuerza única capaz de producir cambios sociales, que se podría definir, en analogía con el individuo, como sujeto?. Sin duda, si discutiéramos esta cuestión cara a cara, llegaríamos a la conclusión de que ¡no!

André, podrás deducir de mis palabras que una fecha tan personal como tu 65 cumpleaños motiva mi polémica hasta tal punto que incluso en mis desacuerdos te tengo que mostrar la gran simpatía que siento por tí. Nunca antes lo he hecho así. En algunos textos sueltos quizás, pero más bien enfatizando las coincidencias o polemizando respecto de aquello que rechazo. Igualmente hubo siempre un debate implícito entre tu trabajo intelectual y el mío. Antes predominaba el consenso, hoy, las críticas son más frecuentes. No me considero de ninguna manera un marxista intransigente frente a condiciones cambiantes, sin embargo me extrañan tantos giros repentinos en los conceptos e interpretaciones como los tienen algunos pensadores actuales. Soy una persona que aprende lentamente; y como me ha costado un gran esfuerzo adquirir las nociones de las cuales dispongo hoy, no sorprenderá que tampoco me gusta desprenderme de ellas tan rápidamente. Quizás también se deba a que, en general, me cuesta desprenderme de las cosas; ya mencioné que he notado en tí dificultades similares frente a cambios repentinos de posiciones. Tu *adiós al proletariado* está signado por la melancolía y el duelo y, diría yo, también por contradicciones y distanciamientos afectivos poco reflexionados.

Antes de llegar al final de esta carta con motivo de tu aniversario, en la

cual mi reconocimiento a los desafíos planteados en tu obra quizás quede un poco desplazado por las polémicas que planteo, me quiero referir a una cuestión que me ocupa mucho últimamente, que es la pregunta por la trascendencia histórica de las utopías de la sociedad de trabajo.

Todavía no conozco tu último libro; como mi francés no es nada del otro mundo, prefiero esperar la traducción. Por lo tanto no sé si quizás allí se encuentran ya algunas respuestas a las preguntas que ahora voy a plantear. Posiblemente puedan llevar a rectificar mis argumentos. Estoy muy de acuerdo con muchas cosas que escribiste desde mediados de los años setenta, cuando se inició la Segunda Restauración de la posguerra y comenzaron a derrumbarse muchas de las utopías socialistas en la conciencia de la izquierda. Ya antes de que fuera un tema cotidiano en los medios masivos, habías planteado los principios esenciales de la problemática de la relación entre economía y ecología en unos análisis tan precisos que siguen siendo fundamentales. Describiste en forma impactante los procesos erosivos que tienen lugar actualmente en los sistemas partidarios y las instituciones burguesas. Tus dos pequeños escritos sobre la crisis de crecimiento, editados en Alemania por la editorial Rowohlt -Ökologie und Freiheit (Ecología y Libertad) y Ökologie und Politik (Ecología y Política)- son textos básicos de la ciencia social, frente a los cuales muchas contribuciones académicas más recientes no son en realidad más que plagios. Todos tus análisis se caracterizan por combinar de una manera imaginativa la descripción exacta de lo fenomenológico con una dialéctica conceptual minuciosa de las relaciones entre lo particular y lo general.

Pero, además, siento allí todavía la lucha del teórico socialista por aprehender fenómenos contradictorios desde un universo conceptual caracterizado por la mediación dialéctica, la negación resuelta, los preceptos materialistas y, finalmente, el contenido histórico de las ideas y de los hechos. Jamás tuve la sensación de que te sintieras obligado a rendir tributo al espíritu de una época, que renunciaras a tu pensamiento autónomo intentando penetrar en las profundidades de la realidad. Pues, incluso tu concepción partidista que surgió repentinamente en el '68 se oponía más bien, en ese momento, al pensamiento dominante de la izquierda.

Para decirlo simple y abiertamente: aquella concepción (que también tu defiendes) que niega la utopía de una sociedad de trabajo, considerada no como un conjunto abstracto de fenómenos aislados y muy heterogéneos, sino como una afirmación histórica del presente, afirmando que se ha acabado y que pertenece al pasado, constituye para mí un retroceso hacia un idealismo moralista que ya no se quiere comprometer con las dificultades

de las condiciones reales. Me parece completamente evidente que las utopías de la sociedad de trabajo no se encuentran agotadas a nivel mundial, sino, por lo contrario me resulta evidente que los pueblos pobres nutren sus esperanzas de liberación de la miseria justo en el desarrollo de una sociedad de trabajo.

Pero quizás no sea éste el punto central; es justamente en el concepto de trabajo donde se dividen nuestras posiciones. Lo que describes desde el inicio como dos utopías que compiten en el seno del movimiento obrero, es decir una utopía de sociedad de trabajo y otra de sociedad cultural o de tiempo libre, no es nada más que la esencia del socialismo como lo he entendido hasta ahora. Liberación en el trabajo y liberación del trabajo no son movimientos históricos de intereses que se confrontan al exterior y que se excluyen mutuamente, están relacionados entre sí de tal forma que una cosa no puede lograrse sin la otra. La realidad social no es susceptible de una división en compartimientos estancos, como una división del trabajo, cuando se trata de su emancipación, dentro de la cual el hombre se puede encontrar autónomo, libre y sujeto a sus propios fines en un aspecto aislado de su vida, más o menos así como Kant se imaginaba el imperio de los fines autodeterminados; aunque incluso Kant solamente se animó a usar la fórmula cauta de que los hombres deberían tratar a sus pares no solamente como medios, sino siempre al mismo tiempo también como fin.

En tus escritos ecológicos todavía sostenías la concepción de que, para construir una nueva sociedad, era necesario transformar uno de los componentes más duros de nuestra realidad actual, la tecnología. Literalmente: "Sin una lucha por tecnologías diferentes, la lucha por una sociedad diferente será en vano." Eso es correcto, pero ¿no quiere decir eso que las potencialidades tecnológicas deben ser escindidas del contexto de dominación del capital para servir a los intereses emancipatorios? La liberación de las potencialidades de las fuerzas productivas respecto de las relaciones de dominación, caracterizadas en Europa Occidental por el capital y en los países del Este por la burocracia de la economía planificada, aparece como acto de liberación necesario e indispensable para la transformación de los hechos reales.

Si ésto vale para las tecnologías, ¿por qué entonces, André, te resulta tan difícil aplicar lo mismo al trabajo, rescatándolo de la sumisión al capital?

Así como defines el trabajo remunerado, se trata per se de trabajo alienado, trabajo para fines ajenos, es más, la administración de la propia individualidad se representa exclusivamente como medio para un fin. Si conci-

bes el trabajo de manera tan estrecha y si ello es un proceso histórico inevitable, que puede ser separado en el fondo solamente de las actividades humanas autodeterminadas que expresan sus necesidades autónomas, entonces queda construida una estructura dualista de la sociedad a partir de principios casi lógicos, que reproduce, bajo condiciones totalmente diferentes, el viejo prejuicio de la polaridad lisa y llana entre proletariado y burguesía.

Es la vuelta a una mentalidad corporativista algo extraña en la cual se enfrentan de una forma inmediata las potencialidades libertadoras, los espacios individuales y familiares, la individualidad etc. a aquella realidad que ha sido denominada socialmente con el término simbólico de "heteronomía". Aquí se localiza simplemente la alienación, la dominación, la negación de la individualidad, en el fondo todas las características negativas que alguna vez habían sido asignadas a la burguesía en la visión crítica del proletariado sustancializado.

Tus formulaciones me irritan; pero, tal vez, no estemos tan lejos uno del otro. La crítica al industrialismo, a las consecuencias desastrosas del crecimiento y a la producción desconsiderada, desde el punto de vista social y humano, la resistencia moral interior frente a la contradicción escandalosa entre una riqueza social casi infinita y el empobrecimiento creciente de algunas clases y de relaciones que podrían contribuir a incrementar la autonomía de las personas, todo ello está descrito en tus análisis con una seriedad y exactitud que permitió el surgimiento de imitadores en el ámbito profesional, pero no de verdaderos competidores competentes que te pudieran igualar.

Todo gira alrededor del concepto de trabajo; y cuando digo concepto de trabajo, lo entiendo en el sentido amplio de Hegel y Marx. Estoy trabajando sobre la ampliación sociológica y cultural del concepto de trabajo, considerando al retroceso del trabajo industrial y del trabajo remunerado en el sentido tradicional, como partes del concepto de trabajo como categoría histórica fundamental, escindida de la relación capitalista. En ese sentido me comporto como un tradicionalista; no creo que aquellos conceptos históricamente acuñados, que se refieren a condiciones específicas, desaparezcan del mapa por su redefinición. Por consiguiente, lo que tu distingues dentro del concepto de trabajo -trabajo remunerado, trabajo propio, actividades autónomas- es para mí el desarrollo histórico específico de un concepto único de trabajo, que se ha disociado progresivamente, y en la última década en forma acelerada, de la estructura decadente de dominación capitalista y que proporciona posibilidades propias y vitales de desarrollo. Si

tu intención fuera la de separar, mediante una definición, los tres tipos de trabajo para llegar a una diferenciación analítica del concepto concreto del trabajo bajo las condiciones actuales, estaría de acuerdo.

Pero el verdadero problema que se presenta entre estas definiciones en la realidad, consiste en que cada una de ellas produce, en el contexto de una sociedad global, su contrario, o que depende una de la otra. Bien puede pensarse que las actividades autónomas, disociadas del trabajo remunerado, se demuestren como sumamente heterónomas, es decir dependientes, si no contienen algún elemento del trabajo remunerado. La disolución de la producción en masa del fordismo no es una ideología. Para mí, el problema está en separar claramente estas definiciones: ¿cómo podría vivir, por ejemplo, un artista cuya actividad sin duda se representa en su forma como tipo ideal de actividad autónoma, si ésta no tuviera elementos de un trabajo remunerado?

Aunque exista en la realidad la tendencia a polarizaciones y relaciones dualistas, no me puedo desprender de la idea de que la verdadera relación entre las cosas consiste en la mediación intrínseca entre las respectivas construcciones dualistas: querer verla requiere un análisis de las microestructuras.

Fuiste para mí tanto camarada, amigo, como compañero en mi camino por las ciencias sociales, aunque con esta distancia que reduce los agravios personales a un mínimo, sería desagradable homenajearte evitando la crítica, aún dura.

Quien hoy se concibe todavía a sí mismo como marxista y como socialista, seguramente tiene muchas razones para renunciar a un discurso patético que estiliza a determinados grupos, clases o grandes personalidades como modelos, sujetos o medios de la liberación; también los así llamados movimientos alternativos: el ecologismo, el movimiento de mujeres, las luchas por la ampliación del mercado laboral secundario y las actividades autónomas, que hoy parecen expresar lo que los socialistas siempre habían deseado, no lo han podido realizar por la falta de un proceso revolucionario, todo ello debe ser objeto de un sinceramiento, lo cual requiere más que nada de un verdadero balance. Desde hace diez años se está hablando del derrumbe de la utopía de la sociedad de trabajo, en el mejor de los casos, que tantos hablen de él me hace sospechar que estamos frente a una amnesia colectiva. Mi resistencia se dirige contra la rapidez con que se desechan posiciones y se adoptan otras, no por parte tuya, pero no estoy tan seguro de si lograste por completo quedarte al margen de este clima de cambios paradigmáticos acelerados que impera en París.

Un proceso de más de 500 años configuró las utopías de la sociedad de trabajo en sus diferentes vertientes, a veces incluso contradictorias. Las cosmovisiones y los estilos de vida tan asentados culturalmente decaen a un ritmo propio y generalmente muy prolongado en el tiempo. La clase obrera que se conformó cultural y políticamente durante la segunda mitad del siglo XIX, contribuyó a rescatar estas utopías del trabajo para el siglo XX, probablemente de manera más decisiva de lo que se había pensado hasta ahora. Nosotros como intelectuales podemos sentir el deseo y la voluntad de que nuestra propia forma de producir se transforme hoy, cuando la producción de la riqueza social requiere cada vez menos trabajo vivo, en el concepto dominante de trabajo. Pero para la gran mayoría de la gente, las utopías de la sociedad de trabajo todavía no se agotaron. Se acabarán recién cuando esta sociedad logre desarrollar el ocio como una característica satisfactoria y determinante de la actividad. Pero justamente el hecho de que los hombres dispongamos de tan poca capacidad de ocio, nos muestra cuán fuerte es la dominación del trabajo remunerado por sobre las demás formas de trabajo.

Al escribir todo eso, me resulta muy extraño a mí mismo que nunca antes te haya hecho todos estos comentarios críticos, ni personalmente ni por escrito. Lo que siento en la relación crítica entre nuestras formas de pensar, es la problemática no superada de nuestro legado burgués. De alguna manera, todos estábamos convencidos de que, en el socialismo, después de la revolución proletaria, todas aquellas conquistas burguesas que merecían sobrevivir ocuparían casi naturalmente su lugar en la vida cotidiana que les correspondía. Pero la subvaloración de los derechos humanos en Marx y el intento permanente de derivar todas las ideas y categorías de las relaciones de clases, de igualar la génesis con la validez, han corrompido aún el pensamiento de los marxistas críticos. Recién hoy comprendemos totalmente las consecuencias de esta carencia teórica y práctica de un enfrentamiento concreto con el legado burgués. Esto vale respecto de los derechos humanos, los cuales contienen muchas más potencialidades para la emancipación de lo que Marx había pensado; eso también vale, por ejemplo, para la cuestión de la identidad nacional y el significado social de la religión. Pero también vale para el legado burgués del trabajo.

Con ésto quiero cerrar mi disertación demasiado larga con motivo de tu 65 aniversario, si reclamas el legado burgués de los derechos humanos, también debes reclamar las utopías de la sociedad de trabajo burguesa y, más que nada aquellas de la lucha socialista por un orden mejor de las

relaciones humanas, que ha demandado muchas víctimas. No les digas adiós con tanta ligereza.

Te deseo una vida larga y como hasta ahora: llena de imaginación y creatividad.

Con cariño, Oskar Negt.

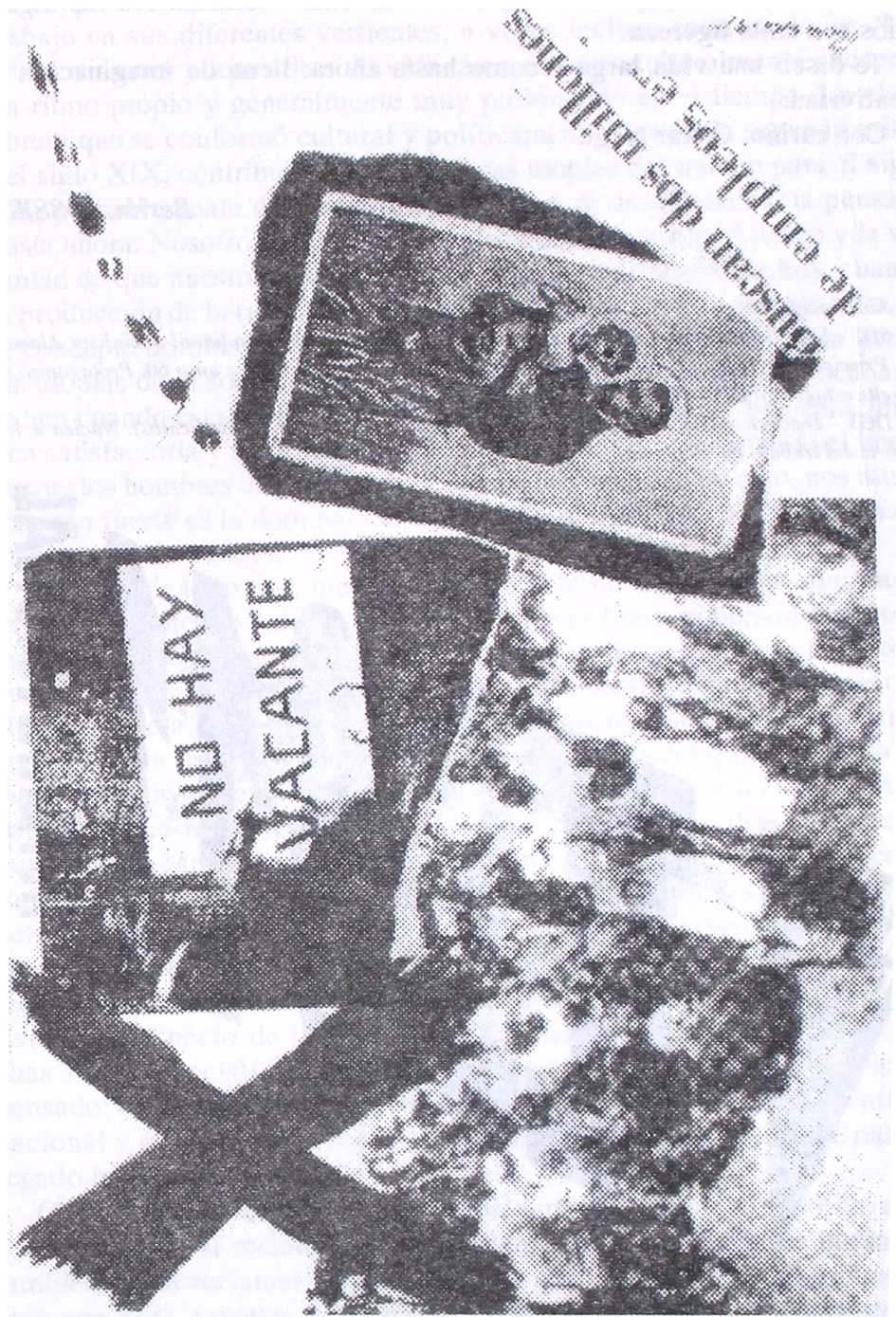
Berlín, 1988/89

Abreviaciones

SDS - Sozialistischer Deutscher Studentenbund (Confederación Estudiantil Socialista Alemana). Principal organización del movimiento estudiantil alemán durante los años 60. Protagonizó la revuelta estudiantil de 1968 y 69 impulsada por el Mayo Francés.

DGB - Deutscher Gewerkschaftsbund (Confederación Alemana de Sindicatos). Nuclea a los sectores del trabajo en Alemania.





Juan Carlos Romero, collage del libro "1.a traición de San Cayetano" (1995).

Entre Babel y la ciudad futura*

Adolfo Gilly

1

La torre de Babel fue, como nos lo recuerda Umberto Eco¹, una metáfora cara a los iluministas, un símbolo del empeño de los seres humanos unidos en un solo pueblo y una sola lengua por edificar una torre que llegara al cielo. En 1919, en la floración primera de la revolución rusa, el escultor V. Tatlin hizo un proyecto de monumento a la torre de Babel, una aérea estructura inclinada que parece tender al cielo por sí sola.

En 1990, el papa Juan Pablo II visitó Checoslovaquia, declaró al socialismo "una utopía trágica" y dijo que "estamos ante las ruinas de una de las tantas torres de Babel de la historia". El Sumo Pontífice seguramente recordaba lo que está escrito en el *Génesis*, XI:

Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: he aquí, el pueblo es uno solo, y todos tienen el mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, ni desistirán de sus ideas, hasta llevarlas a cabo. Ea, pues, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro.

Y sembró la confusión de las lenguas, que desde entonces se llama Babel, y la división y dispersión de los seres humanos.

Esta antigua metáfora de la unidad, la organización, la rebelión y la dominación puede simbolizar también la empresa del capital a lo largo de su existencia contra los seres humanos, sus comunidades y sus solidaridades. Esa empresa se repite una vez más en nuestros días con saña, determinación y recursos sin precedentes. El sumo sacerdote del Vaticano sabía perfectamente de qué hablaba en su lenguaje apocalíptico y preciso.

2

Estamos, en efecto, ante una nueva época de la expansión mundial del

*Publicado en *Viento del Sur* N°2, julio 1994, México.

capital cuya tendencia más general, desde la década de los años 80, ha sido la propia *reestructuración* económica y la *desestructuración* social paralela de las formas de organización del trabajo en la producción y en la sociedad.

Uno de los rasgos determinantes de esta nueva época es la penetración del capital en zonas completamente nuevas para él, como las tierras del antiguo imperio de los zares o las de la inmensa China continental. Y estamos sólo en los prolegómenos de este proceso.

El otro es, por supuesto, la revolución tecnológica y científica y los prodigiosos cambios introducidos en los procesos de trabajo, los intercambios, el comercio, las finanzas, la movilidad del capital, las comunicaciones, la guerra, los modos de dominación, las formas de control y la totalidad de las condiciones de la vida cotidiana de los seres humanos. También aquí apenas estamos en los inicios de una transformación cuyos horizontes parecerían no tener límites, a pesar de los desastres que esta expansión provoca y anuncia para la naturaleza y para la mayoría de la población del planeta.

La *fragmentación* del trabajo en todas sus formas (urbanas, rurales y domésticas) y la dispersión de todas las formas de organización independientes y autónomas del capital es el destino que éste, y sus diversos ideólogos, administradores y políticos, quiere imponer como la norma generalizada. Esta fragmentación es la contrapartida de la *globalización* de la economía bajo la égida del capital financiero trasnacional y de sus porciones nacionales, y de la inédita concentración del poder -primero económico, y en consecuencia militar y político- en grupos sumamente reducidos y en sus estados mayores del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

En estos años de la reestructuración capitalista se han establecido nuevas *relaciones de poder*, mediadas y encubiertas por el mercado. Ha tenido lugar una *desvalorización global de la fuerza de trabajo*, país por país y a escala mundial, una *destrucción de capitales* (marginales o nacionales) y una nueva *acumulación y concentración* de capital, con nuevas *relaciones de poder* en cada sociedad nacional y nuevas *jerarquías* entre las naciones.

Paralelamente, han sido destruidos o desestructurados los viejos pactos sociales, se han adelgazado o desvanecido los derechos en que se encarnaban y han perdido fuerza, número y capacidad de negociación las organizaciones que los defendían.

País por país, en el centro del sistema y en la periferia, una quintuple ofensiva fragmentadora se ha abierto paso: 1) *laboral*, contra los pactos

contractuales (contratos colectivos de trabajo); 2) *jurídica*, contra la legislación y los derechos sociales y con las nuevas disposiciones de control; 3) *política*, contra los partidos y organizaciones democráticas de izquierda; 4) *organizativa*, contra los sindicatos y las organizaciones del trabajo en las empresas y en el territorio (incluyendo la dispersión de los antiguos barrios obreros); 5) *ideológica*, presentando el hundimiento de los Estados burocráticos colectivistas como la ruina de la idea de socialismo y ofreciendo un solo horizonte posible y pensable, el de la sociedad del capital y de sus relaciones mercantiles.

La fragmentación electrónica de las relaciones colectivas y de las conciencias comunitarias en unidades individuales; la sustitución de la política de plazas, calles, lugares de trabajo o mercados populares por la soledad de cada uno frente al televisor; la supresión del intercambio y la discusión por el mensaje unidireccional del poder y el capital que penetra en cada casa; y la consiguiente reorganización ideal y espiritual del ámbito familiar, es el complemento de una empresa de dominación que, por su sofisticación y capacidad de penetración, supera de lejos a la propaganda ideológica primitiva y obsesiva -y por lo tanto más identificable y resistible- de los ineficientes y corruptos Estados burocrático-colectivistas ahora desaparecidos.

3

Junto con la destrucción y fragmentación de aquellos regímenes en unidades separadas y en conflicto entre sí, la ofensiva generalizada del capital ha adelgazado o vaciado de contenido a las diferentes formas de *Welfare State* o Estado social, donde las garantías jurídicas y contractuales relativas concedidas a ciertos derechos sociales para todos los ciudadanos: educación, ingreso, salud, empleo, eran el sustento de la posibilidad del ejercicio efectivo de los derechos políticos democráticos. Esos derechos legales son transformados en servicios pagados y el debilitamiento extremo de las organizaciones sociales que los defendían es a la vez la causa y resultado de ese retroceso general hacia lo privado.

Esas parejas perversas de globalización y fragmentación; de posesión y desposesión; de sociedades de dos velocidades: los incluidos y los excluidos; de concentración de conocimientos prodigiosos en un extremo y de su privación total en el otro; de alta cultura humana en los centros del poder y del dinero y de deshumanización de la vida de segmentos sociales y de países enteros; de clases, países y grupos dominantes por un lado y clases peligrosas por el otro, son la forma social en que se presenta la nueva

dominación universal del capital.

La concentración nacional e internacional del poder y de la desposesión; la fragmentación de las naciones y el resurgir de los nacionalismos autoritarios y tribales cuando el mercado y la democracia prometían unificar al mundo; las guerras locales y los mortíferos tráfico ilegales de las grandes trasnacionales de la droga y de las armas; la destrucción de la racionalidad postulada por el iluminismo en los albores de la era mundial del capital; las migraciones miserables y masivas impuestas por los azares del mercado de trabajo y de los conflictos armados; la aparición de países, regiones y poblaciones enteras prescindibles y abandonadas a sus desastres; el hambre y el retorno de las pestes bíblicas; la contaminación y la degradación de la naturaleza y la destrucción de más y más formas de vida en el planeta; la destrucción de los antiguos lazos, costumbres y solidaridades sin que sean reemplazados por otros nuevos, como en los proyectos del socialismo y de otros ideales de trabajo, sino por la soledad individual, el desamparo material y espiritual y la guerra de todos contra todos: este es el panorama cruel que nos ofrece la dominación contemporánea y sin disputa del capital.

4

La fragmentación del trabajo, tendencia constante del capital en cada una de sus sucesivas épocas de expansión mediadas por las crisis, toma formas igualmente perversas en la reestructuración capitalista que arrastra a toda América Latina. También aquí, el trabajo asalariado (y dependiente en general) se transforma más y más en *trabajo precario, flexible, segmentado, transnacionalizado y migrante*.

Y esta fragmentación, desposesión y desvalorización de la fuerza de trabajo (urbana y rural) en América Latina y en los países subordinados en general, es utilizada como poderoso instrumento de presión contra los trabajadores de Estados Unidos (y de otras economías centrales), para obligarlos a hacer *concesiones* al capital en esos mismos terrenos, para *desvalorizar* su fuerza de trabajo y para *quebrar su resistencia* en la ofensiva generalizada de capital contra el trabajo que es el rasgo central de la reestructuración y la globalización.

En este contexto el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, México y Canadá debe verse, por encima de todo, como una doble operación histórica: por un lado, como una operación geopolítica, para extender y consolidar la *American fortress* entre Alaska y el canal de Panamá y establecer un nuevo modo de dominación pactado sobre toda América La-

tina; por otro lado, como el asalto más grande del capital en lo que va del presente siglo contra el trabajo estadounidense y sus conquistas.

De este modo, mientras esta nueva forma de dominación —que viene a sustituir a las sucesivas precedentes como el *New Deal* y la doctrina de la seguridad nacional— conduce a una nueva fragmentación y división entre las naciones latinoamericanas, es presentada en cambio como la realización moderna de la aspiración histórica de su unidad, pero a través del moderno mercado del capital trasnacional, un mercado que excluye a segmentos enteros y mayoritarios de la población de cada país. De este modo, las utopías continentales de Hidalgo, Bolívar, Martí y Mariátegui vendrían a materializarse en su negación: la iniciativa de las Américas de George Bush.

Uno de los aspectos más dramáticos de esta tendencia es que México, el país que ha sido siempre frontera y baluarte latinoamericano frente a las presiones hegemónicas de Estados Unidos, aparece ahora como la punta de la lanza y el modelo ejemplar de esta nueva dominación. Es incalculable el daño que esta reversión de la imagen mexicana, si no es contenida, puede causar a la conciencia y a las esperanzas profundas de la comunidad de naciones latinoamericanas. La sutil perversidad del proceso aspira a poner hoy a la reversión mexicana y a la deseada destrucción de Cuba como contraejemplos para toda América Latina de los infortunios a los que lleva la autonomía y de las prosperidades a las que conduce la sumisión (o, en las palabras del marqués de Sade, *les prospérités du vice et les infortunes de la vertu*).

5

Uno tras otro fueron cayendo, en los países de América Latina, los anteriores pactos sociales y las líneas de defensa de los trabajadores. En aquellos países donde la organización del trabajo había establecido fuertes líneas de resistencia, las dictaduras militares hicieron la primera obra gruesa en esta destrucción, hasta que agotaron sus posibilidades de eficiencia y también de supervivencia.

Pero la caída de esas dictaduras y el restablecimiento de regímenes políticos republicanos no condujo al restablecimiento de las conquistas sociales garantizadas en las leyes ni a una contención de la ofensiva fragmentadora del capital, ahora afirmada políticamente en los gobiernos neoliberales. Por importante que haya sido la recuperación de las instituciones republicanas —aún retaceadas o bajo tutela, como sucede en casi todos los países—, esta forma de la democracia política no resultó suficiente para

contener y revertir aquella múltiple ofensiva, sino que terminó siendo el marco jurídico y económico en que ella no sólo prosiguió su marcha sino que buscó su legitimación.

Esta legitimación es igualmente perversa porque contribuye a presentar al universo del capital globalizado y del trabajo fragmentado como el único racional y posible, en un mundo donde el gran poder parece *desperso-nalizarse* porque los grandes centros de decisión se trasladan a instituciones internacionales y donde la gran propiedad parece *desmaterializarse* porque sus mayores concentraciones se presentan como el capital financiero registrado en las pulsaciones electrónicas de las pantallas de las bolsas de Tokio, Nueva York, Londres, Amsterdam o México.

Si esta legitimación supuestamente democrática, en un continente donde en cada república el poder se asienta sobre una infinita dosis de violencia de todo tipo ejercida cada hora del día contra la mayoría desposeída de la población, tiene cierta aceptación, es porque además la organización mercantil-capitalista de la sociedad se presenta como la única *portadora de sentido*.

En otras palabras: los ideales socialistas como proyecto alternativo de sociedad y sus múltiples formas de organización, contruidos socialmente en nuestros países desde el último cuarto del siglo pasado y herederos de antiguas utopías agrarias y religiosas arraigadas en las tradiciones campesinas de nuestros pueblos, eran los que en forma directa o mediada daban sentido trascendente a las innumerables luchas inmediatas, sociales, políticas, económicas, locales, regionales o nacionales en nuestros países. El socialismo en sus diversas variantes aparecía como una cultura diferente y como *transmisor de sentido universal* a movimientos de construcción estatal, de recuperación y afirmación cultural o étnica, de reivindicación social, aunque muchos de sus participantes o los movimientos mismos no fueran socialistas.

El ideal socialista era un universal antagónico al universalismo mercantil del capital, un sentido de la vida opuesto al ofrecido por la riqueza y el poder, una mística sustitutiva o heredera de la mística religiosa como inspiradora y depositaria de valores humanos universales.

El ideal socialista, heredero del liberalismo radical, se construyó en las conciencias a través del trabajo, la experiencia y las luchas, como la mítica torre de Babel. Lo mismo que ésta, había conquistado una lengua única que identificaba y reagrupaba bajo una sola bandera y una empresa común a los dominados y los explotados. Era, como Babel, el proyecto de construir una ciudad perfecta y una torre que tocara el cielo. Ese ideal daba

sentido a movimientos sindicales, sociales, cooperativos más limitados, cuyos integrantes tal vez no lo compartían en su totalidad pero de él recibían inspiración y seguridades. El golpe más concentrado del capital fue destruir esa torre ideal y con ella la ciudad independiente del trabajo, dispersando en infinitos individuos segmentados e incommunicados entre sí la lengua única que era el vínculo de su comunidad y de su identidad.

La desvalorización e incluso la quiebra del socialismo como ideal y como visión universal alternativa y portadora de sentido y de valores ha privado a esos movimientos de toda visión que trascienda el horizonte de la sociedad del capital. De este modo, los dominados no sólo han sido fragmentados, sino que se han visto privados de la posibilidad de reagruparse en torno a otra bandera y otra identidad política que no sea, en apariencia, la misma de sus dominadores: la democracia representativa. Esa democracia, sin embargo, pese a que fue reconquistada por las luchas de nuestras sociedades, se confunde hoy y, en todos nuestros países, con el proyecto económico neoliberal.

Negar la importancia de esta reconquista sería absurdo: es obra nuestra, no del capital, sus planes y sus poderes. Aceptarla en su forma actual como horizonte único y último sería subordinarse a la fragmentación de nuestras sociedades a la cual tiende la nueva dominación del capital. Plantear hoy una forma política alternativa aparecería como una pura construcción del espíritu, de esas que no llegan ni a rasguñar la realidad; o como una aventura sin fundamento teórico ni práctico, de esas que sólo engendran desaliento y dispersión. ¿Entonces?

6

No comparto la idea de quienes hablan del fracaso de las políticas neoliberales. Si se las toma como una respuesta a las necesidades de la población, entonces sí sus resultados son fallidos. Pero si se las considera como la forma política de una nueva fase de la expansión capitalista, es forzoso constatar que han tenido éxito, porque esos resultados son precisamente los que se proponían: concentrar las cimas del poder y del dinero en cada uno de nuestros países en una alianza financiera fuera de la nación; desplazar y derrotar a otras fracciones antes dominantes del capital nacional; crear una reducida capa social de sostén que abarca entre un quinto y un tercio de la población; excluir, marginar, fragmentar entre los dos tercios y los cuartos quintos restantes, abandonados a una vida de privaciones, temores y miseria, despojados de anteriores derechos y conquistas y negados en la misma fuente de la dignidad de su existencia.

Esa es la obra de una nueva capa de dirigentes surgida de la fase anterior de la dominación del capital en nuestros países. Su propósito no es la vieja construcción de la nación estructurada sobre la empresa común de su mercado interno y de sus múltiples relaciones culturales y solidarias, sino la nueva construcción de su propio poder transnacionalizado que controla, por los mecanismos heredados de la vieja dominación política, un pedazo, casi indiferente a sus fines, de población y de territorio en el mercado global, y sobre esa base negocia con sus socios mayores internacionales.

Frente a este horizonte, diversas corrientes de la izquierda buscan en estos tiempos un terreno programático común para establecer un lugar programático de encuentro y una política alternativa. Este terreno tiende a ser la reformulación de un proyecto de Estado social o *Welfare State* para estos tiempos, donde los derechos democráticos se sustenten en los derechos sociales garantizados por ley cada ciudadano, y donde el ejercicio de estos últimos derechos den la posibilidad del ejercicio efectivo de los primeros. En otras palabras: no hay democracia política real sin condiciones humanas de existencia; no hay modo de conquistar y defender estas condiciones sin ejercer la democracia política.

Estos *Welfare States* para nuestros países se presentarían no como el resultado de una confrontación abierta sino de un nuevo pacto social, conveniente para todos los participantes y concertado entre todos según los dictados de la razón y de un supuesto interés común de la sociedad entera, una especie de acuerdo de ingeniería política y social sancionado por el voto universal y llevado a cabo por gobiernos democráticos en el poder.

Esta manera de plantear el problema olvida que los *Welfare States* que han existido fueron el resultado de duras confrontaciones entre clases organizadas y que el pacto social alcanzado fue también el resultado de los ataques frontales contra el capital, obligado entonces a ceder y pactar para preservar en nuevas condiciones y con nuevas concesiones a la sociedad una dominación que era severamente cuestionada.

Así sucedió en Estados Unidos con las luchas del CIO, en Francia con el Frente Popular, en México con el cardenismo, en la posguerra con los grandes movimientos de organización de los trabajadores en Italia, en Gran Bretaña, en Alemania y en toda Europa, y la lista podría extenderse².

Plantear así las cosas equivale, como señala Jacques Kergoat en un texto reciente, "a negar que la cuestión del cambio pueda salir del debate de ideas corteses entre gentes bien educadas para plantearse en términos de relaciones de fuerza y ser conducido por fuerzas sociales bien precisas".

La nueva fase expansiva del capitalismo no es una mera cuestión de

nuevas tecnologías y mayores concentraciones de capital, sino sobre todo una cuestión de una nueva relación de fuerzas entre el capital global y las fuerzas del trabajo y entre sus diversos segmentos nacionales. Es esa relación de fuerzas la que es preciso empezar a revertir en las nuevas condiciones de existencia del capital, estas sí irreversibles al pasado. Es de los nuevos movimientos sociales, engendrados en estas nuevas condiciones en nuestros países latinoamericanos y en el mundo, de donde puede surgir la fuerza para conquistar esa diferente relación. No se trata de ingeniería política, sino de luchas organizadas en la sociedad.

Porque el socialismo, si algún significado tiene esta palabra, no es un plan de Estado o un programa de redistribución gubernativa, sino ante todo y sobre todo la organización autónoma de las fuerzas del trabajo bajo todas sus formas (es decir, del 95 por ciento de la población) con respecto al capital y al Estado. Y es en la resistencia a éstos y en la solidaridad entre sí donde esas fuerzas se organizan en cada situación histórica específica.

Para establecer en un plano actual las premisas de un Estado social, será preciso forzar los acuerdos, como sucedió en el pasado, apuntando más alto y más lejos que el nivel mismo al que finalmente se establezca el pacto social. No se trata aquí de un mercadeo -pedir más para obtener algo-, sino de una puesta en tensión de las fuerzas sociales sin las cuales no hay pacto posible, porque los pactos se hacen entre fuerzas contrapuestas pero no pueden alcanzarla y se ven obligadas a establecer, en consecuencia, determinado equilibrio.

La tarea, entonces, no es la formulación de un programa aceptable desde ya para todos, sino la organización de las fuerzas con un programa propio, general y alternativo. Eso es lo que hizo en el pasado el socialismo, apoyado en el movimiento de los trabajadores y en los múltiples movimientos sociales de cada país y cada momento. En las nuevas condiciones será preciso volver a plantear esa empresa de organización y de civilización, contra quienes, después de las derrotas, aceptan resignarse al orden social existente y proponen una versión moderada de Estado social como un retoque a sus rasgos más siniestros.

7

Frente a la moderna barbarie electrónica y a la tribalización de las sociedades propuestas como horizonte último (y catastrófico) para los seres humanos, los nuevos movimientos en surgimiento o en gestación en todo el continente tendrán que verse llevados, no sólo a resistir como era necesario e inevitable hasta ahora, sino a engendrar por necesidad de supervi-

vencia y de extensión su propio momento de generalización alternativa, la socialización y reunificación de sus demandas, el equivalente programático y cultural de lo que en el pasado hicieron los movimientos socialistas. Sea o no éste el nombre en estos días, no creo que pueda ser otro el contenido, aunque la forma, por necesidad, nada tenga que ver con un artificial programa único para todos los países y sociedades³.

El momento de la nueva generalización no puede ser delegado al Estado ni son su vehículo las estatizaciones de la economía. Lo opuesto a la barbarie del mercado capitalista no es el despotismo del Estado. Es la organización de los seres humanos en la producción de su vida social.

Los movimientos sociales, colocados ahora a la defensiva, han sido desde siempre el terreno donde se opera la acumulación de experiencias y conocimientos sociales para esa organización. La superación de la presente fragmentación tendrá que venir por acumulación y combinación de experiencias y reflexiones en las nuevas formas de la resistencia de la sociedad al capital. Los movimientos sociales y las organizaciones políticas que en ellos aspiran a sustentarse están ante la exigencia de esta nueva generalización.

Es ilusorio —y sin embargo reaparece en las lamentaciones y las condenas contra la perversidad de los neoliberales— querer revivir los viejos pactos o las ideologías estatistas, nacional-populistas o socialistas de Estado que condujeron al desastre. No se trata de salvar lo salvable o de pegar tepalcates. Se trata, como otras veces en la historia de este siglo, de comenzar de nuevo. Contra los efectos inhumanos de la flexibilización, la desvalorización, el desempleo, la precarización, la segmentación y transnacionalización, el trabajo necesita encontrar su nuevo terreno de organización y de lucha. Su fuerza radica en que el capital no puede prescindir de él ni puede dejar de aumentar sus capacidades, antes bien lo engendra y lo multiplica a escala planetaria.

El trabajo en todas sus formas necesita definir un nuevo horizonte y una alianza entre sus fragmentadas fuerzas y las fuerzas afines. Esa alianza tendrá que tomar la forma de un pacto o alianza civilizadora: por un conjunto mínimo de derechos sociales -empleo, ingreso, educación, salud, vivienda, descanso, medio ambiente- y de libertades políticas garantizadas a todos los seres humanos desde el momento de su nacimiento.

En ese plano tan general, tan elemental, y al mismo tiempo tan alto de la defensa de la civilización y la racionalidad, parece hoy ubicarse el punto de convergencia y de generalización de los diversos objetivos particulares de los movimientos sociales y de sus aliados políticos. La organización

para alcanzarlo se desarrolla en la confrontación con la dominación y las políticas del capital, su mercado y sus Estados. Pero su horizonte se coloca más allá de esa dominación devastadora de la naturaleza y de los seres humanos.

Ese horizonte se confunde con el de los ideales seculares del socialismo: justicia y libertad. En él hay una exigencia ética sin la cual esos ideales se vacían de contenido y no pueden trascender los confines de la sociedad tal cual es. Cuando la política de los socialistas deja de lado esa *tensión ética* que la define, se degrada en una de las múltiples políticas reproductoras de esta sociedad o se pervierte en una bastarda dictadura burocrática.

Los movimientos sociales que vuelven a brotar en todos nuestros países no son socialistas. Viven y buscan conquistar posiciones en la sociedad en un proceso incesante de organización-confrontación-negociación con sus antagonistas o interlocutores. Pero para no estar en desventaja, necesitan no estar subordinados al horizonte societal o ideal de éstos. De ahí se desprende el carácter necesario de una proyección política propia de esos movimientos, aunque cada uno mantenga su propia organización y fines.

La consolidación de las frágiles, tuteladas y controladas repúblicas restablecidas en América Latina no puede ser garantizada por las tendencias fragmentadoras y disociadoras propias de la nueva dominación llamada neoliberal. Una nueva versión política de los ideales arraigados en la conciencia y en la historia latinoamericana debe ser por fuerza formulada y asumida por las fuerzas del trabajo: la unidad latinoamericana, la construcción de las naciones, la vida y el gobierno autónomos y extensamente entretejidos de sus comunidades, la expansión y enriquecimiento de sus múltiples culturas, el derecho de todos al trabajo, a la educación y al disfrute, la antigua idea de una patria latinoamericana para todos.

Osando demasiado y organizándonos sobre esa osadía podrá ser posible, dentro de la realidad y con políticas realistas, obligar a quienes hoy dominan a pactar una vez más con el movimiento y las demandas de nuestras sociedades en una nueva forma de Estado social, republicano y democrático, dentro de un marco político y económico que, a diferencia del presente, garantice nuestra vida, nuestra razón y nuestra civilización.

No es bueno resignarse a quedar preso de los mezquinos horizontes sociales y políticos que se nos presentan como el ineluctable castigo divino por nuestras pasadas audacias. Si las antiguas torres fueron destruidas, no fue borrada la experiencia humana que permitió construirlas. Contra lo que piensa el Sumo Pontífice, es hora de volver a unir en una sola nues-

tras lenguas y echar los cimientos, usando incluso algunas viejas piedras, de una nueva, humana y trasparente ciudad futura, con su aún más esbelta torre de Babel. Tal vez la llamen, como a San Gimignano, la ciudad de las hermosas torres y goce, como ella, de un cielo azul y un vino delicado.

México D.F., 1994

NOTAS

1. Umberto Eco. *La ricerca della lingua perfetta*. Bari, Editori Laterza, 1993. 423 ps.

2. Irving Howe, en la introducción a *Essential Works of Socialism*, New Haven, Yale University Press, 1976, anota: "Sería difícil, quizá imposible, decir hasta dónde el *Welfare State* es el resultado de un intento deliberado para estabilizar la sociedad capitalista desde arriba, para poder evitar las rupturas y las crisis revolucionarias, y hasta dónde es la victoria parcialmente alcanzada en las luchas de las masas de seres humanos para satisfacer sus deseos. Contra quienes ven el *Welfare State* simplemente como el resultado de procesos económicos autónomos o como un artificio para mantener, mediante diversiones y concesiones, las formas tradicionales de poder económico es preciso subrayar que el *welfarism* representa, tanto en sus logros como en sus potencialidades, una conquista que ha sido arrancada a través de la lucha por los movimientos obrero, socialista y liberal".

3. Umberto Eco, *op. cit.*, p. 344, anota esta reflexión sobre las lenguas universales: "Es destino de todo proyecto de lengua artificial que, si el "verbo" no se difunde, aquella mantenga su pureza: pero si el "verbo" se afirma, entonces la lengua se vuelve propiedad del conjunto de los prosélitos y, dado que lo mejor es enemigo de lo bueno, se "babeliza". Es también el destino de las religiones, las ideologías y los programas, cuando de la teoría de sus iniciadores pasan a la realidad de las sociedades humanas.

RAZON Y REVOLUCION

Teoría - Historia - Política

¿Una nueva izquierda en México?

Arturo Anguiano*

Arturo Anguiano se interna en estas páginas en el laberinto del difícil proceso de recomposición de la izquierda política y social mexicana. El autoritarismo priísta y la pérdida de rumbo del cardenismo tienen su lugar en este laberinto.

Pero una centralidad creciente ha ganado el EZLN, desde su irrupción armada en Chiapas hasta sus diversos e inteligentes intentos de inserción civil en la política nacional mexicana, de modo que “la oposición democrática vive bajo el signo del EZLN”, nos dice Anguiano. Un hito en este sentido fue la Convención Nacional Democrática en Aguascalientes y el esfuerzo de reunir las luchas democráticas en un Movimiento de Liberación. Un nuevo hito es la reciente convocatoria, por parte del EZLN, a un referendun sobre sus demandas y su futuro como organización.

El artículo que incluimos a continuación es previo a la realización del referendun el 27 de agosto. En el mismo, a través de 8.000 mesas de votación y asambleas indígenas en todo México y a través de Internet en los comités de solidaridad internacionales, arriba de un millón de hombres y mujeres respondieron al referendun. Las preguntas acerca de las demandas, la necesidad de unir las fuerzas democratizadoras alrededor de ellas, y de concretar una reforma política que garantice la democracia fueron respondidas positivamente por casi todos los votantes. Las preguntas sobre la naturaleza futura del EZLN como organización fueron respondidas en el sentido de su conversión en fuerza política, aunque los votantes se dividieron en torno a su independencia o no respecto de otras fuerzas políticas. La búsqueda de “una nueva izquierda” en México sigue adelante

** Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (México).*

*A Mario Payeras,
revolucionario universal, guatemalteco,
escritor y poeta,
hacedor de papalotes,
marimbero,
diestro en el vuelo de las aves,
quien murió asediando utopías.*

1. Izquierda ausente

En medio de una de las recaídas más graves en la crisis duradera del modelo económico y político mexicano resulta patente la ausencia virtual de una izquierda política y social capaz de hacer progresar una alternativa de fondo, en favor del trastocamiento múltiple de los esquemas de organización social, producción material, distribución de la riqueza y en general de las relaciones sociales y de poder prevalecientes.

Las ondas de choque producidas por la caída del muro de Berlín en 1989 no derruyeron a las distintas organizaciones políticas que en México se reclamaban del socialismo. Estas habían optado un año antes por el suicidio político, disolviéndose en la marejada que levantó inesperadamente la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, recayendo en los mitos ideológicos revividos por él y cuyo combate había marcado el origen de aquellas, o eclipsándose por la vaciedad, el abandono y la impotencia.

Veinte años después del 68 (de arranque tanto de la crisis histórica del régimen priísta como del proceso de recomposición y reorganización de la izquierda y del movimiento de masas), se clausuró de hecho el período de búsqueda de una disyuntiva política autónoma ligada a los intereses de los trabajadores. Bajo el influjo del hijo del general Lázaro Cárdenas -quien retomó el viejo programa nacionalista revolucionario agotado y desechado por los priístas modernizadores-, la izquierda realizó en 1988 un primer cambio de piel y se subsumió en el nuevo cardenismo. Pero la apuesta fracasó al no cristalizar ni el esperado partido de masas que no fue el Partido de la Revolución Democrática (PRD)² ni la alternativa del poder mediante una nueva insurrección ciudadana y la derrota del PRI en las urnas en 1994, en un país donde la república democrática asume la forma de una mascarada.

La izquierda no sólo se asimiló en lo fundamental al cardenismo, sino que el resto de fracciones o fragmentos cayeron en el marasmo, la dispersión y la crisis de identidad. El Partido del Trabajo (PT), que reunió a una buena parte de lo que había sido una de las organizaciones más importantes de los ochenta, la OIR-LM (Organización de Izquierda Revolucionaria - Línea de Masas), jamás logró actuar de manera que pudiera sacudirse el víncu-

lo perverso con el salinismo, bajo cuyo signo nació y que lo fue reafirmando como un nuevo partido paraestatal, revestido de una fraseología de izquierda cada vez más oportunista³. Después de dilapidar todo su acervo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) concluyó un largo proceso disgregador motivado por enfrentamientos internos y detonado por el arranque de la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, dejando sólo sombras desfiguradas de un proyecto que durante varios años había logrado colocarse como la segunda fuerza de la izquierda, luego del PSUM-PMS. Muchos otros organismos se disgregaron asimismo o concluyeron evolucionando hacia el PRD, mientras los malos de la película, los ultras de distintos pelajes, afirmaron sus reflejos autoritarios e ideológicamente lamentables.

El panorama de la izquierda a finales de los ochenta se modificó tanto que en los noventa, en pleno auge de la modernización salinista, pocos siguieron considerándose de izquierda (ya no digamos marxistas), girando de una u otra manera en torno a la generalizada lucha electoral y parlamentaria impulsada por el PRD, quien abandonó en el camino muchos de sus presupuestos ideológicos, tratando al principio de colocarse por encima de las "geometrías políticas"⁴, para luego concluir en la perspectiva de dar forma más

bien a un supuesto centro-izquierda, tradicional coartada de la ambigüedad.

La izquierda de hecho se dislocó a sí misma, abandonando los logros políticos y experiencias organizativas que había desarrollado a partir del arranque de los setenta, cuando por fin coincidió su recomposición con el proceso de reorganización y lucha independiente del movimiento obrero y de masas (la llamada insurgencia obrera, campesina y popular), con el que pudo establecer difíciles, pero reales, vínculos, complejos vasos comunicantes que entonces la comenzaron a transformar y fortalecer. El régimen priísta encabezado por Carlos Salinas de Gortari enfrentó una oposición cada vez más amplia, de más en más ciudadana, pero pulverizada y escéptica frente a partidos que tienden a confundirse en su pragmatismo, en su falta de programas, en sus ansias de poder sin opciones políticas de fondo. En los claroscuros de la noche modernizadora, todos los gatos se volvieron efectivamente pardos y, como nunca, el poder se volvió absoluto.

2. Vientos del sur, aires de cambio

Trueno, relámpago, revuelta en el paraíso, las metáforas más comunes para describir la insurrección za-

patista del primero de enero de 1994 muestran el asombro generalizado, la sorpresa por lo insólito. Como se ha escrito hasta el cansancio, la irrupción estruendosa del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la escena nacional expresó tanto el fracaso del régimen que se disponía a cosechar los éxitos de la integración modernizadora de México al primer mundo, como del PRD que pretendió representar la única alternativa posible (democrática, nacional y popular) para las clases subordinadas.

La insurrección zapatista agudizó de entrada el descontento del PRD y del resto de los sobrevivientes de la izquierda, quienes luego trataron de aprovechar el impacto del EZLN para sus propios planes y acabaron viéndolo con desconfianza, como un intruso destinado a desplazarlos.

Los zapatistas reanudaron en la práctica con la tradición de la izquierda socialista, entendida en su sentido más abierto y desburocratizado, volvieron a plantear como algo de actualidad la revolución y los programas clasistas de la izquierda, reintroduciendo su discusión entre las organizaciones sociales, el movimiento ciudadano y los partidos. Más aún los renovaron y fecundaron con la incomparable experiencia de las tradiciones de lucha y organización comunitaria de los indígenas de Chiapas. La propia exis-

tencia del EZLN revelaba un largo proceso de reorganización e inserción social, un enraizamiento profundo en las comunidades que había sido incapaz de realizar una izquierda apremiada por obtener éxitos públicos y espacios de poder administrables. Sobre todo, el EZLN volvió a plantear sin vergüenza un camino hacia la izquierda, cuando en el PRD y demás corrientes se metamorfoseaban con el pragmatismo y se desvivían por hacer olvidar su pasado izquierdista y hasta marxista, ensayando identidades vagas⁵.

La convocatoria del EZLN a realizar la Convención Nacional Democrática (CND) para dar cauce a un gran frente opositor⁶ planteó la posibilidad de un nuevo proceso de recomposición y reorganización, de renacimiento y revitalización de la izquierda política y social. Sus antecedentes más próximos habían sido el Frente Nacional Contra la Represión (FNCR) encabezado por Rosario Ibarra a fines de los setenta, a principios de los ochenta el FNDESCAC (Frente Nacional en Defensa del Salario, Contra la Austeridad y la Carestía) y la Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular (ANOCOP) que para concretarse tuvieron que promoverlos prácticamente el conjunto de la izquierda política y social entonces actuante⁷. El EZLN mostró una capacidad de convocatoria inédita, atrayendo él sólo a la tradicional "clientela" de

la izquierda y además a intelectuales, artistas, simples ciudadanos inorganizados, de muy disímiles procedencias. Apostó a organizar en la Convención Nacional y potenciar la enorme influencia que había levantado desde el primero de enero, imprimiendo una lógica unitaria a las fuerzas de la sociedad civil empujadas a la movilización⁸. En la euforia de la insólita concentración multitudinaria en la selva Lacandona, el EZLN insistió en su concepción de la lucha en todos los terrenos, medios y niveles, promovió incluso la participación electoral y puso su futuro en manos de la entonces recién inaugurada CND⁹. La convención surgió como una atractiva y original opción civil vinculada de hecho a una opción político-militar. Pero la coyuntura electoral determinó en gran medida el contenido y los límites de la iniciativa zapatista y, sobre todo, se perdió la apuesta que en la práctica se había hecho por un cambio a través de lo que casi todos los convencionistas consideraban inminente: el triunfo electoral de Cuauhtémoc Cárdenas.

El choque con la cruda realidad del 21 de Agosto de 1994, el desencanto por el fracaso de Cárdenas, las menguadas expectativas de movilización contra el fraude, precipitaron a la atonía a esas fuerzas sociales y políticas. La CND apareció como un elefante blanco incapaz para actuar políticamente y movilizarse. El far-

do de una izquierda desprogramada y sin alma política, aquejada de todas las deformaciones aparatistas y grupusculares, vació a la CND e irritó y lanzó a la desilusión al propio subcomandante Marcos, quien vio caer en la inercia disgregadora a su iniciativa unitaria¹⁰.

El prestigio del EZLN y su fuerza de atracción no bastaron para mudar a la CND en el embrión de una alternativa política de fondo, de la misma manera que el ascendiente y el peso de Cuauhtémoc Cárdenas tampoco fueron suficientes para derrotar al régimen priista ni reproducir acciones capaces de desbaratar el montaje del 21 de agosto. Al primero le falló la inencontrable presencia política legal, mientras al segundo lo lastró un partido que lo atascó en la indefinición. Por lo demás, ni Cárdenas ni la CND se propusieron, o pudieron, incitar manifestaciones poselectorales que prepararan una reacción más extensa, en el mediano o largo plazo. Sus iniciativas respecto de los resultados de las elecciones y, luego, frente al nuevo gobierno de Ernesto Zedillo se deslizaron por la vaguedad. La dejadez se impuso ante la inminencia del cambio de gobierno. Nadie pudo hacer nada para presionar hacia una salida pacífica en Chiapas. El acorralamiento de los zapatistas se apretó y Chiapas se convirtió en un polvorín, asentado en una crisis social sin precedentes.

Los tempestuosos vientos del sur acarrearón aires de cambio en la nación toda, especialmente entre las izquierdas, como es más preciso hablar de esta gama político-social. Pero los lastres y el sopor resultaron demasiado pesados por la quiebra de las esperanzas. Ante la pérdida de la perspectiva del poder, el PRD muy pronto comenzó a tratar de reconvertirse con el fin de volverse creíble y redefinir así su papel en un régimen que no pudo vencer. Al menos así podría acceder a espacios negociados que le ayudarían a afianzarse y renovar su futuro.

En diciembre de 1994 el nuevo gobierno priísta encabezado por Ernesto Zedillo Ponce de León esbozó una especie de armisticio con el PRD, prometiéndole un nuevo trato con el fin evidente de proseguir el acorralamiento de los zapatistas. Densas nubes se agolparon en el cielo presagiando tormenta en Chiapas. El subcomandante Marcos llamó entonces a Cuauhtémoc Cárdenas y la CND a que se unieran con el fin de crear un "gran movimiento amplio de oposición para reinstaurar la legalidad, la legitimidad, el orden y la soberanía nacionales"¹¹.

Aunque se escuchó más su supuesto grito de guerra, como se interpretó su declaración sobre la asunción de Eduardo Robledo como gobernador de Chiapas, lo más notable fue esa angustiosa estrechez de un movimiento social que se estre-

lla en la inmediatez de sus reivindicaciones fragmentarias. Fue un grito desesperado el de Marcos, dirigido a romper el cerco militar y político (sobre todo político) que se cerraba y que colocaba al país ante el desencadenamiento cercano de la imprevisible lógica de la guerra.

El llamado de Marcos persistió en recuperar la dimensión nacional del "problema chiapaneco" y la perspectiva nacional para solucionarlo. Frente a la evolución del PRD que se aleja de más en más de Cuauhtémoc y la parálisis de la CND, el subcomandante Marcos planteó la posibilidad de que la confluencia Cárdenas-CND destragara esa situación relanzando acciones que de nuevo - como en agosto- rompieran el sitio al EZLN y prepararan mejor el terreno a una alternativa política nacional. Evidentemente, el EZLN dejó de ver en Cárdenas el rival a vencer, para reconocerlo como el aliado que tal vez pudiera cohesionar la amplia base social que en los hechos comparte con el PRD y que éste tiende a abandonar o perder en su curso "inclusionista". En cierta forma, la CND había sido un intento del EZLN de atraer, organizar y ampliar buena parte del espacio político-social que venía ocupando el PRD, corriéndolo hacia la izquierda. Pero la composición heterogénea de la CND y la ausencia de opciones políticas precisas no dieron para mucho.

Los acontecimientos cambiaron la situación. La explosiva realidad de Chiapas está muy lejos de ser la realidad del resto del país. La burbuja electoral no pudo ocultar el temor y el desánimo social generalizados, las resistencias más bien soterradas en la larga noche de doce años de reestructuración capitalista que desarticuló sindicatos, uniones, confederaciones, asociaciones, partidos, minando así las fuerzas colectivas y la confianza de los oprimidos. El movimiento ciudadano no ha sido sino una expresión parcial, limitada, como limitada y trunca es la propia ciudadanía en México, secuestrada por el régimen de Estado-partido que prevalece. La presencia zapatista rompió todos los esquemas y sacudió un poco las inercias desmovilizadoras, pero persiste no obstante un régimen político minado por crímenes y corrupciones, desgastes y fuerzas disgregadoras, pero todavía capaz de imponerse de mil maneras a la sociedad.

El EZLN ha tenido la sensibilidad para comprender los cambios en la nación y saber que es el único que en la actualidad podría encabezar el proceso de recuperación y reagrupamiento de los distintos componentes de la izquierda política y social desarticulada en la noche modernizadora. Por esto insistió en la organización de un frente amplio de oposición en la "Tercera Declaración de la Selva Lacandona" bajo la forma

de un Movimiento para la Liberación Nacional¹². Pero no puede hacerlo a través de la CND que vive desgarrada por sus pugnas internas y no consigue fungir sino como una fuerza solidaria con los indígenas y campesinos chiapanecos, que no arriba más que a efectuar acopios de productos, caravanas y piadosos ayunos, respetables por el sacrificio personal que implican, pero que revelan más impotencia y carencia de perspectivas, que imaginación o cambio de métodos políticos. Cuauhtémoc Cárdenas, por su parte, no parece encontrar su lugar ni su oficio en la nueva estructura y difícilmente podría supeditarse a posiciones con las que puede coincidir pero que no son las suyas. Sólo el EZLN podría impulsar con fuerza y legitimidad sus propias iniciativas, pero no puede llevar adelante su función como virtual vertebrador de una nueva disyuntiva democrática de izquierda en su carácter político-militar, que choca con buena parte de su discurso político y traba cualquier posible recomposición política amplia, es decir socialmente arraigada entre los distintos sectores sociales subordinados. Así pues, el EZLN tiene que resolver la contradicción¹³ en que lo tiene atrapado la guerra latente en Chiapas, que lo reafirma como fuerza militar, y dar un salto cualitativo por medio de su transcrecimiento como fuerza política nacional.

Empero en la "Tercera Declaración de la Selva Lacandona" se maneja con ambigüedad el papel político que se asigna para sí el EZLN, pues al convocar a la formación del MNL y a luchar "por todos los medios, en todos los niveles y en todas partes" por la democracia¹⁵, no quedaba la impresión de que estuviera listo para la indispensable transformación de su naturaleza como organización. Pero su futuro y el del conjunto de la izquierda social y política en México dependen de la claridad al respecto. En las actuales condiciones de la crisis duradera del capitalismo mexicano, no parece que sea ni con tiros ni con votos como podrá derrotarse al llamado régimen de partido de Estado. Realmente el EZLN ha alcanzado más influencia y aceptación por su acción política que por su acción militar. Se requieren nuevos ropajes pero también nuevos actores con prácticas e intereses distintos, hace falta que se recompongan y potencien la energía colectiva y la lucha de quienes realmente necesitan la democracia de manera vital, esto es para defenderse, para sobrevivir dignamente y con libertad.

3. Ante el nuevo trato gubernamental

El presidente Ernesto Zedillo no ha dejado de aprovechar la situación

de la izquierda, especialmente los conflictos y flaquezas del PRD, para tratar de reencauzarla. Si apenas ayer la izquierda regresó a las redes ideológicas del régimen de la revolución mexicana, así fuera bajo la versión matizada de Cuauhtémoc Cárdenas, ahora el nuevo presidente podría intentar favorecer su tránsito hacia una fuerza opositora, sí, pero leal al régimen y parte del mismo. Zedillo inició su gobierno exaltando su cambio de actitud hacia la oposición, de mayor flexibilidad y apertura, dirigiéndose muy particularmente al PRD, satanizado y perseguido duramente por Carlos Salinas. El nuevo trato tendría en mira concretar la reforma política "definitiva" que México necesita.

La integración del panista Antonio Lozano Gracia como Procurador General de la República fue el punto de partida de una amplia campaña publicitaria sobre la disposición presidencial de integrar un gobierno aparentemente plural, la cual fue acentuada por la incorporación de dos secretarios pretendidamente independientes (A. Warman y J. Carabias), y la inclusión de una panista y un simpatizante del PRD en el gobierno del Distrito Federal. Lo mismo con el gobierno de Chiapas. El gobierno no tuvo que conceder gran cosa y a cambio ganó mucho en cuanto a imagen de apertura. También, de paso, puso en evidencia la fragilidad de los partidos de

oposición, apurados por dejar de serlo, sin trabas de conciencia que les estorben.

En realidad hay que reconocer que al menos se renovó el discurso. Salinas llevó a su extremo el presidencialismo aplastante, incluso bajo la forma de un Estado-partido, sumamente ideologizado, que militó abiertamente contra los opositores, cooptándolos, negociando con ellos ventajosamente o arrinconándolos con toda la dureza del poder absoluto. El presidente Zedillo, por su parte, inauguró su sexenio tratando de despojar a su gobierno de ciertos excesos demasiado burdos e irritantes del presidencialismo, sin que pueda empero hacer a un lado la naturaleza del régimen que ahora representa ni su lógica, por más que pretenda reformarlo para aligerarlo o transmutarlo. Por ello, tras su discurso flexible no dejan de instrumentarse las viejas y rentables prácticas que cimbran y enturbian la vida interna de los partidos, como es la medida de llamar al gobierno a personalidades opositoras en vez de plantear a los partidos sentarse a negociar. Es como siempre el Estado-partido quien se dirige a las otras fuerzas políticas con el ánimo de socavarlas, quien trata de cooptar más que negociar, asimilar en lugar de contemporizar.

Probablemente el propio Zedillo se sorprendió de la efectividad de su política. Su audacia acabó de des-

pojar al PAN de su vieja autonomía y del severo carácter opositor que lo distinguían, desnudándolo en su apremio de incluirse en el gobierno sin atender demasiado las políticas a ejercer. Más aún respecto al PRD, que magnificó e ideologizó hasta lo indecible su rechazo a cualquier trato con el gobierno de Salinas (lo que de ninguna manera impidió innumerables negociaciones y acuerdos de todo tipo con funcionarios de distintas jerarquías) y que ahora se deshace en deslices y actitudes que -no sin disputas internas- quieren mostrar su cambio de piel al presidente, hace poco aún cuestionado.

Este apenas tuvo que entreabrir la puerta de la administración gubernamental, para que los opositores se dispusieran a franquearla precipitadamente, quienes estaban más preocupados por negociar "cuotas" (como respecto a las delegaciones del DDF) que por la política que tendrían que poner en práctica como miembros de un gobierno priísta. Ernesto Zedillo evidenció con su nuevo trato la inconsistencia de las oposiciones, desgarradas y dispuestas a todo con tal de rascar el poder que no lograron conquistar bajo las reglas electorales vigentes y por su propia debilidad.

Ni las tremendas sacudidas de la recaída de la economía - nunca cabalmente recuperada ni saneada-, ni la revalidación por Ernesto Zedillo de la política neoliberal que montó

el espejismo salinista estallado en mil pedazos, impidieron que prosperara el clima de apaciguamiento en el país y la impresión de que el viento estaba cambiando de aire. Destacó, en este sentido, la entrevista que el presidente y su secretario de gobernación, Esteban Moctezuma, tuvieron en la residencia oficial de Los Pinos, el viernes 13 de enero, con la dirección nacional del PRD. La amplia sonrisa de Ernesto Zedillo, retratado al lado del dirigente formal del PRD, Porfirio Muñoz Ledo¹⁵, exhibe la complacencia del primero por destrabar uno de los conflictos más persistentes y violentos del pasado sexenio, el cual evidenció como ningún otro la intransigencia y prepotencia gubernamentales, costando cerca de 300 simpatizantes perredistas asesinados impunemente.

El gobierno de Carlos Salinas de Gortari, es de todos sabido, persiguió, reprimió, trató de romper y copar al PRD, quien jamás aceptó que su investidura fuera legítima ni legal. Todos los espacios se le condicionaron o restringieron y - como puede entenderse- el PRD desarrolló en defensa propia una posición antigobiernista que muchas veces pareció extrema y sin sentido, que a su vez facilitó a los medios o entidades oficiales y oficiosas desplegar una violenta campaña permanente en su contra.

De hecho, tal vez pocas veces

haya existido una campaña tan desproporcionada como la que se llevó a cabo contra Cuauhtémoc Cárdenas, candidato presidencial y líder indiscutible del PRD, sobre todo luego de que la insurrección zapatista del año nuevo proyectó su candidatura como alternativa viable a la crisis política del régimen. Ninguna encuesta le concedió la menor esperanza de salir victorioso el 21 de agosto, pero por la fuerza y la magnitud de la operación rigurosamente orquestada en su contra por PAN, PRI, PT, gobierno, empresarios, medios, etcétera, parecía que en realidad todos temían una nueva e incontenible marejada que, como la de 1988, cuestionara irremediablemente al Estado y al régimen todo, incluidos sus disidentes y opositores institucionalizados, votando en forma incontrolable por Cuauhtémoc, el hijo del general Cárdenas. El cauce de las movilizaciones populares que en especial comenzó a crecer desde el mes de junio al paso de Cárdenas, particularmente en el centro y sureste del país, parecía abogar en este sentido.

Pero pasó lo que pasó, la marea cardenista no logró levantarse lo suficiente y la sofisticada y perfeccionada maquinaria de intimidación y fraude (preparada celosamente durante seis años) permitió al Estado elegir con cierta maquinada credibilidad al último presidente priísta del milenio.

A diferencia de Salinas, Ernesto Zedillo no logró el reconocimiento del PRD prácticamente desde antes de su toma de posesión, cuando se reunió con sus fracciones parlamentarias¹⁶, sino que se juntó con el pleno de su dirección nacional iniciando así un diálogo aparentemente dirigido a legitimar un nuevo trato político.

El discurso del presidente Zedillo, de unidad nacional ante la emergencia, coincidió en los hechos con la convocatoria del PRD a concretar un consenso nacional que armonice los intereses legítimos de los actores económicos y sociales, por más que entre en disonancia con el llamamiento de Cuauhtémoc Cárdenas a crear un gobierno de “salvación nacional”¹⁷.

Al menos por algunas semanas, la cargada atmósfera política del país se aclaró también gracias al encuentro en plena selva del secretario de gobernación con el subcomandante Marcos, que se presentó como el preludio de un nuevo diálogo gubernamental con el EZLN. Algunas de las condiciones del EZLN para entablar negociaciones coincidían con las que el PRD había fijado para arrancar el diálogo oficial con el gobierno: la solución de los conflictos electorales de Veracruz, Tabasco y Chiapas.

La firma de un Acuerdo Político Nacional en la ciudad de México por parte de todos los partidos registra-

dos, PRI, PAN, PRD y PT, bajo la cobertura presidencial, parecía la entrada triunfal a un nuevo período de relaciones políticas renovadas en vistas a la prometida reforma política “definitiva”¹⁸. Nuevo trato, nuevo lenguaje democrático, nueva reforma política, quién se acordaba del mal trance de la economía y sus secuelas en la población, lastre pesado del ayer.

Ese proceso, ya encarrerado, solamente lo frenó la recaída en la perspectiva de la guerra en Chiapas, por el viraje que hizo el presidente Zedillo el 9 de febrero, cuando rompió la tregua y lanzó la ofensiva judicial y militar contra el EZLN. De paso echó por la borda los acuerdos unitarios con los partidos, enrareciendo una vez más la atmósfera política nacional, suscitando nuevamente el desconcierto y el temor, la desconfianza y la incertidumbre¹⁹. La sacudida despertó una vez más a la opinión pública del país, liberó por todas partes movilizaciones tan tumultuosas y frecuentes que de nuevo detuvieron la mano represiva de un presidente, forzándolo a un diálogo con el EZLN ahora más espinoso, en condiciones precarias, siempre en el umbral del desastre.

4. La desventura del PRD

Si alguien evidenció su desconcierto, su desamparo por los cam-

bios tan abruptos en la coyuntura nacional y el desmoronamiento repentino de acuerdos e ilusiones, ése fue el Partido de la Revolución Democrática, apremiado por encontrar su lugar. Fue muy significativo que el PRD cumpliera sus seis años de existencia (el 5 de mayo del 95) sin celebraciones ni reuniones especiales que lo reafirmaran. Los dirigentes nacionales del PRD apenas si evocaron su vida partidaria, atrapados como están en una maraña de grupos y conflictos que no los dejan cohesionarse. Parecían a la defensiva, desconcertados ante un futuro incierto.

Seis años no son muchos en la existencia de un partido político, particularmente si ha de desarrollarse en un medio sin tradiciones nacionales de organización y lucha política de grandes colectividades, en un contexto caracterizado además por la presencia avasalladora de un Estado-partido sostenido en una cultura política alejada de los parámetros democráticos, la cual por cierto se descubre hondamente arraigada en la conciencia y prácticas de una sociedad tutoreada desde arriba. Pero el balance de un partido debe verse a la luz de sus propias expectativas y de los objetivos que le dieron nacimiento.

El PRD pretendió ser la solución de continuidad de un novedoso y multitudinario movimiento ciudadano, el levantado por la candidatura

presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas y la lucha contra el fraude electoral y la imposición de Carlos Salinas de Gortari como presidente de México en 1988. Era el PRD la forma orgánica, organizada políticamente, del "partido que nace el 6 de julio" -como lo definió Cárdenas-, es decir el encauzamiento (y apresamiento) de la marca ciudadana que brotó por todas partes, a lo largo y ancho de la nación, rechazando la prepotencia inaguantable del PRI-gobierno mediante el voto por el hijo del general Cárdenas³⁰.

Empero, los fenómenos político-sociales que conciernen a millones pocas veces siguen el rumbo de quienes pretenden dirigirlos o cambiar su naturaleza. Como era de esperarse, entonces, las vastas movilizaciones nacionales por la democracia en México se diluyeron a través de múltiples vertientes, su caudal amainó hasta quedar como un sedimento, que bien podría (y pudo) fructificar de mil maneras. El PRD se armó como una maquinaria electoral y todas sus energías se destinaron a ejercitarla y potenciarla en vistas a la nueva elección presidencial de 1994, cuando una renovada marejada recobraría para Cuauhtémoc Cárdenas la presidencia de la que fue despojado ilegalmente, derrotando al régimen priísta. Si bien México es un país sin democracia efectiva, extraño a la alternancia del poder, está sin embargo plagado de

elecciones de todo tipo (del municipio a la presidencia de la república) que se suceden incansablemente prácticamente todo el tiempo, poniendo en tensión a todos los partidos. El PRD, en consecuencia, se invirtió a fondo en esta acción sin fin como el camino ineludible hacia el 94. Abandonó a muchos y muchos lo abandonaron enfrascados en sus apremios y luchas vitales.

Descalabros, fraudes, asesinatos, hostilidades y desilusiones formaron el perfil del PRD durante estos seis años. La alternativa por la democracia que se intentaba en un medio político cerrado devino choque frenético con el gobierno y su partido, que no dejaron al PRD ganar los espacios que le correspondían, arrinconándolo en una lucha contra el fraude electoral, de más en más cambiante y sofisticado. En el camino, todo el tiempo a la defensiva, el PRD fue dejando de lado programas y políticas, supeditando todo a un pragmatismo ciego, despolitizador.

El PRD había resultado de la convergencia inusitada del nacionalismo revolucionario (el viejo priísmo histórico) representado en ese momento por Cuauhtémoc Cárdenas y la Corriente Democrática del PRI y la izquierda socialista dispersa en distintas y variables vertientes. La izquierda desembocó en la candidatura de Cárdenas golpeada por una crisis política e ideológica (una verdadera crisis de identidad²¹)

que arrastraba desde hacía años y terminó por subsumirse en el neocardenismo, como una manera de subsistir al desastre. Paradójicamente, la izquierda que había surgido en lo fundamental al calor del 68 y en pugna contra los mitos y realidades de la revolución hecha gobierno, veinte años después de difícil travesía renunció a su acervo teórico-político, renegando de sus experiencias y se colgó de un proyecto exhausto y descartado por el propio régimen que lo gestó.

La izquierda mexicana se inmóvil para regenerar el aliento añejo de un cardenismo que nunca ha vuelto a encontrar el sentido, aunque sí nuevos ideólogos. Los hechos duros de la vida y la reestructuración capitalista lo fueron moldeando hasta despojarlo, en la víspera de la elección del 21 de agosto del 94, de un perfil político preciso y convincente que lo distinguiera del PRI y del PAN²². De aquí proviene parte de la derrota de Cuauhtémoc Cárdenas y la turbación del PRD.

Ni uno ni otro asimilaron la caída y cada quien deambula confusamente por su lado.

Cada vez más alejado políticamente de Cárdenas (a quien quisieran jubilar muchos) y del propio cardenismo, el PRD vive la incertidumbre del vacío, de la pérdida estrepitosa de las esperanzas y referencias tanto tiempo alimentadas, apurado por reconvertirse a fin de

atrapar un mejor lugar en un régimen reformado por un gobierno zedillista que tampoco cae en su carril. La presencia aún decisiva de Cuauhtémoc-cuya influencia jamás ha logrado transferirse a su partido-, así como el incómodo peso del EZLN y la posible recomposición de la izquierda política y social que la unión de ambos podría significar, han obstaculizado el cauce libre del PRD hacia la "inclusión" dentro del juego político nacional, que no parece encaminarse sino a una democracia regimentada y excluyente.

Cárdenas no encuentra su nuevo papel: efímero interlocutor válido del EZLN, candidato a dirigir un Movimiento Nacional de Liberación de corte zapatista, presidente de una más de las fundaciones por la democracia... Pero cada vez resulta más evidente que su indiscutible liderazgo en el PRD va siendo roído por las fracciones que se disputan el aparato partidario, las que tratan de reciclarlo para que deje de parecer "extremista" y pueda así ganar los votos que le permitan administrar algunos espacios de poder, que el presidente Zedillo cedería en aras de un nuevo trato²³.

El PRD cumplió seis años con más pena que gloria. Sin duda representó un opositor agresivo y casi siempre consecuente al régimen de partido de Estado y en especial al gobierno de Salinas. Sin embargo, de más en más se fue asemejando a

los otros partidos del régimen y prácticamente extravió, en la confrontación y la tormenta, la posibilidad de forjarse como una alternativa política original y creíble. El PRD podrá volverse -no sin conflictos y posibles rupturas- un partido leal a un régimen político ampliado, aunque no plenamente democrático. De otros lados y amaneceres, de otras energías y propósitos habrá que esperar una opción de veras democrática, sólida, que no se la lleve el viento.

4. Una salida de y para el EZLN

Para bien o para mal, la oposición democrática vive bajo el signo del EZLN. Así como el país redescubrió por la aventura zapatista los sótanos a los que se había condenado a vivir a los más desposeídos de los mexicanos (los indios, pero no sólo) y echó luz sobre las opacidades y ficciones del hasta entonces triunfante régimen modernizador, también la sociedad civil -aquella que se movilizó durante los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985, la que irrumpió tumultuosamente en plazas, calles y urnas en 1988, exigiendo en la práctica la ciudadanía plena, sin cesar escamoteada- se identificó en masa con las motivaciones y demandas del EZLN y descubrió en ellas una opción confiable. Asimismo, los zapatistas

reactualizaron el premio por repensar la izquierda, de redescubrir sus identidades sin vergüenza, de despojarse del gris subido del pragmatismo que confunde (mimetiza) y trata de asediar de nuevo la utopía²⁴.

De grado o por fuerza, todos acabaron por solidarizarse primero con los zapatistas y converger más tarde al menos en algunas de sus iniciativas. El PRD ha sido el más renuente pues resulta claro que representa un proyecto político que no sólo pierde una parte sustancial de su base social a favor del EZLN, sino que se aventura por caminos y prácticas discordantes. Propuestas del EZLN como la CND y primordialmente el llamado a Cuauhtémoc Cárdenas para que encabezara el MNL motivaron reticencias en el liderazgo formal del PRD. Todo el mundo percibe el alejamiento real de la dirección perredista y el aparato partidario respecto a Cárdenas y no se da por descontado que el PRD pueda conservar sus fuerzas y relevancia en caso de una ruptura con su fundador y líder natural. Es cuestión de tiempo, pero es irremediable el cruce de caminos entre Cárdenas y el PRD, esto es, su dirección nacional y las encontradas fracciones que lo pueblan. Será un desgarramiento doloroso, pero nada ni nadie parece estar en condiciones de parar la tendencia "inclusionista" del PRD; ni de desmontar la arrasante lógica del aparato electoral,

cuyas necesidades se le sobreponen y lo condicionan, lo determinan y transfiguran.

Así como muchos se volvieron más cardenistas que Cárdenas, ahora abundan los zapatistas cien por ciento, los más marquistas que Marcos. En el debe del EZLN, por cierto, se inscribe el impulso desmesurado y fuera de foco de un nacionalismo que devino patriotismo vacío, extraviado, que apunta más al ayer que al mañana. Pero aparte de semejantes resabios del fundamentalismo de una izquierda confinada y en crisis de identidad, en realidad podrían estarse engendrando condiciones para el resurgimiento de una nueva izquierda mexicana abierta a todos los aires, imaginativa y coherente.

El obstáculo mayor sigue siendo -como antes de la debacle que impulsó el régimen modernizador- el desfase entre la oposición de izquierda que podría articularse (y en general toda la oposición) y el conjunto de las manifestaciones de resistencia y participación de la sociedad. Sin embargo, no es poco lo que ha progresado la sociedad en el abandono del letargo disgregador en el que la atrapó el régimen priísta, inventando y desarrollando nuevas y variadas formas autónomas de actuación, de defensa y solidaridad, comenzando a recobrar así sus energías colectivas y su creatividad. La sociedad se vuelve cada vez más ciu-

dadana y participativa, al tiempo que la recaída en otra fase abierta de la crisis económica está desatando acciones y luchas que muestran el límite al que está llegando la irritación contenida de trabajadores, campesinos, colonos, desempleados, jóvenes, etcétera. Nuevas recomposiciones político-sociales, nuevas resistencias podrían estarse gestando y la tan prometida recuperación de la economía (si viene) podría activar las inconformidades.

Los zapatistas han sido, precisamente, quienes han disparado de manera más persistente tales procesos de recomposición político-social, alimentándolos con su resistencia (más política que militar) a un régimen que los condenó a la persecución, la guerra y el exterminio. La "guerra social" (y el plan de choque para relanzar la economía que anunció Zedillo el 9 de marzo fue una verdadera declaración de guerra) podría ser realmente devastadora para un régimen con problemas de legitimidad y de dominio. El gran reto sería precisamente encontrar las mil maneras como podrían ligarse los movimientos ciudadanos y los movimientos reivindicativos.

Durante su tercer encuentro con el gobierno del presidente Ernesto Zedillo en San Andrés Larraínzar, Chiapas, el 7 de junio de 1995, el EZLN reiteró la urgencia de "una iniciativa de carácter nacional que una y cohesione todas las formas

organizativas hasta ahora dispersas (...) un Movimiento para la Liberación Nacional que junte todas las fuerzas, a todos los ciudadanos y organizaciones que luchan contra el sistema de partido de Estado"²⁵. Ante el fracaso manifiesto de la CND para convertirse en el motor articulador del frente nacional opositor, los zapatistas convocaron a organizar una "gran consulta nacional", e incluso entre los comités internacionales de solidaridad con su lucha, con el fin de "orientar así nuestro camino". Plantean preguntas referentes al programa (las 13 demandas)²⁶, acerca de un posible frente amplio de oposición, sobre la reforma política y, reveladoramente, dirigidas a definir su propio futuro: "¿Debe el EZLN convertirse en una fuerza política independiente y nueva? ¿Debe el EZLN unirse a otras fuerzas y organizaciones y formar una nueva organización política?".

Parece como si se estuviera en el umbral de un ciclo político. Los zapatistas vuelven a romper en forma inesperada el cerco poderoso tendido por el gobierno. En el más completo acorralamiento pueden salir y recuperar la iniciativa política, derivando hacia la sociedad entera la posibilidad de debatir sobre sus reivindicaciones y su futuro, que podrán ser voluntariamente asumidas por todos, o por muchos, quienes están a la vera del poder.

A pesar de los esfuerzos en con-

trario por parte del gobierno, Chiapas y el EZLN prosiguen como un asunto nacional. Los zapatistas rehuyen el atascamiento, la posible recaída en el olvido, la lenta pudrición a la que el presidente Zedillo quisiera abandonar un conflicto que parece no querer (o poder) resolver. Proyectan por esto la discusión de San Andrés Larraínzar hacia las plazas y rincones de México, que podrá opinar sobre demandas y medios para hallar una solución de continuidad a una lucha que apenas comienza.

Un ciclo político inédito podría iniciarse en México si al fin se encuentran las vías para articular las energías colectivas que durante muchos años se han disuelto en la dispersión y el aislamiento de capas dispares de la población trabajadora. Partidos, grupos, fracciones, tendencias, asociaciones, organizaciones de distinta índole, personalidades, publicaciones, etcétera, no ha dejado de expandirse el universo ubicado de una u otra forma en el terreno de la izquierda. No obstante, mucho tiene que suceder todavía en México para que puedan decantarse esas fuerzas y sobre todo para que surja una cultura política crítica de carácter social (de masas, se diría antaño), sana y abierta, que rompa en los hechos (y no reproduzca de manera distorsionada) las relaciones y prácticas que condenaron a todos los proyectos de izquierda (comprendido aquí el PRD) a repro-

ducir en su seno los rasgos y la mecánica del régimen priista.

La guerra latente en Chiapas, los conflictos políticos irresueltos, las condiciones críticas que desgastan al país por el desmayo de la economía y los rudos programas de estabilización gubernamentales, reproducen de manera ampliada tensiones sociales y políticas que no tienden a solucionarse sino a entretenerse. En este contexto, la consulta nacional a que convoca el EZLN podría favorecer la movilización y sensibilización política de muchos sectores y permitir una mejor suerte al propósito de lograr una gran convergencia política opositora. En especial, probablemente prepare condiciones para que el EZLN arranque su ineludible transcrecimiento (la mutación de su naturaleza político-militar), lo que ayudaría a sacar del atolladero al conflicto chiapaneco.

Es posible concluir que el EZLN podrá esta vez desencadenar efectivamente una convergencia más duradera, conduciendo la amplia y abierta alternativa de izquierda que no quiso ni pudo ser el PRD. Pero al menos se tendría la posibilidad objetiva en la medida que los zapatistas pudieran invertirse abierta y plenamente en el proyecto, el que seguramente sería de penosa concreción (y de resultados probablemente para largo plazo) por el lastre, las inercias y los abandonos que se arrastran.

El concurso de Cuauhtémoc Cárdenas, quien en los hechos se ha quedado sin partido, sería un coadyuvante decisivo. En la ruta tendrían que florecer las ideas, definirse las características del proyecto, sus bases, métodos, prácticas, programas, su destino. De lo contrario, si nuevamente gana el pragmatismo, se asistirá a otro salto en el vacío.

Probablemente se asome a este

México de fin de siglo una original, genuina oposición, una disyuntiva de fondo (política y social) a un régimen de Estado-partido que no sabe cómo mudarse o desaparecer. ¿Estaremos en el umbral de una nueva época de luchas? ¿Es posible una nueva izquierda en México?

México, DF, 1995

Notas.

1. Cfr. "El eclipse de la izquierda en México", en Arturo Anguiano, coordinador: *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM-X, México, 1991, pp.355-390.

2. A. Anguiano: "Los saldos del PRD", *Topodrilo*, nro.29, Julio-Agosto de 1993, pp.12-23.

3. No se ha escrito mucho al respecto, pero resulta muy interesante una lectura del artículo de Luis Hernández Navarro "El Partido del Trabajo: realidad y perspectivas",

El cotidiano, nro.40, marzo-abril de 1991, pp.21-28.

4. Véase por ejemplo el artículo de Rosa Albina Garavito (miembro destacado de la dirección nacional del PRD): "La intransigencia democrática del PRD y su modernidad", *El cotidiano*, nro.44, noviembre-diciembre de 1991, pp.14-17, donde escribió: "la identidad del PRD no va por una identidad de izquierda (...) la geometría política no alcanza para definir la identidad del PRD" (p.18).

5. A partir de la "Declaración de la Selva Lacandona", los zapatistas, y en especial el subcomandante Marcos, no dejaron de emitir comunicados y entrevistas que mostraron un pensamiento rico y bastante original. Véase por ejemplo una de las primeras recopilaciones "piratas": *La palabra de los armados de verdad y fuego*, Editorial Fuenteovejuna, México, 1994. Tiene razón Antonio García de León cuando señala que el movimiento zapatista "aunque no plantea una ideología sistemática y completa, ni un proyecto nacional de reforma política y social definitivamente elaborado y acabado, si ha generado un pensamiento inspirador, el que se ha ido proyectando como un replanteamiento de orden político y social" ("Chiapas: los saldos de un año de rebeldía", *Perfil de la jornada*, 2 de enero de 1995, p.IV).

6. Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, "Segunda Declaración de la Selva Lacandona", *Viento del Sur*, México, nro.2, julio de 1994, pp.78-82.

7. Luis Hernández Navarro nos recuerda en breve algunos de sus rasgos en "Aguascalientes: el túnel del tiempo", *La jornada*, 11 de agosto de 1994.

8. Sobre la CND se puede tener una relación de las agrupaciones participantes en la convocatoria publicada en *La jornada*, 10 de Julio de 1994. Algunas intervenciones y los resolutivos de las mesas

de trabajo se encuentran en *Motivos del 94*, México, semanario de la revolución democrática, nro.32, 19 de agosto y en *Memoria*, Cemos, México, nro.70, septiembre de 1994. Véase igualmente las crónicas en *La jornada* del 10 y 11 de agosto de 1994.

9. El subcomandante Marcos declaró al final de la convención, en un encuentro con los medios: "El Ejército Zapatista de Liberación Nacional ya no se manda solo. Haremos lo que mande el pueblo a través de la Convención Nacional Democrática" (*Memoria*, cit., p.19).

10. Antes de que estallara la crisis de diciembre en Chiapas, a Marcos ya no quedaba nada de su entusiasmo de agosto: "Yo veo con mucho escepticismo la Convención Nacional Democrática. Al paso que va, no puede evitar la guerra" (*Proceso*, nro.944, 5 de diciembre de 1994, p.19). Se volverá un tema recurrente y hasta ironizará en una posdata "Para una CND que no se decide entre pelear contra el sistema de partido de Estado o contra sí misma" (*Comunicado* del 15 de abril de 1995, *La jornada*, 21 de abril de 1995).

11. Véase el comunicado de la CCRI-CG del EZLN del 17 de diciembre, publicado junto con otros comunicados en el *Perfil* de la jornada, 20 de diciembre de 1994 y la entrevista de Epigmenio Ibarra al subcomandante Marcos en el mismo diario de los días 8 y 9 de diciembre de 1994.

12. CCRI-CG del EZLN, "Tercera Declaración de la Selva Lacandona", *La jornada*, 2 de enero de 1995.

13. El subcomandante Marcos la sintetizó de esta cruda manera: "Si nuestro movimiento no se hace nacional, va a desaparecer por inanición o por aniquilamiento. Pero este movimiento no tiene la posibilidad de encabezar un movimiento nacional, porque es armado y porque es clandestino. En la medida en que es ilegal, tiene muchas limitaciones. Por eso no nos cansamos de repetir que se necesita un movimiento nacional del que nosotros seríamos parte" (*Proceso*, cit., misma página).

14. CCRI-CG del EZLN, Tercera Declaración..., cit.

15. *La jornada*, 14 de enero de 1995.

16. Incluso se emitió un "comunicado conjunto" (*La jornada*, 29 de Noviembre de 1995)

17. Cuauhtémoc Cárdenas, "Por un gobierno de salvación nacional", *La jornada*, 7 de enero de 1995.

18. El perfil de *La jornada* del 18 de enero de 1995 reprodujo los discursos del presidente Zedillo y de los dirigentes de los cuatro partidos registrados, así como el texto "Compromisos para un Acuerdo Político Nacional".

19. Al respecto, abordé brevemente esta cuestión en mi artículo "9 de febrero", *El independiente*, Hermosillo, son., 17 de febrero de 1995.

20. A. Anguiano, "Los saldos del PRD", cit.

21. Sobre esto puede verse una explicación en mi artículo "La izquierda en su nadir", *Brecha*, México, nro.2, invierno de 1987, pp.3-33.

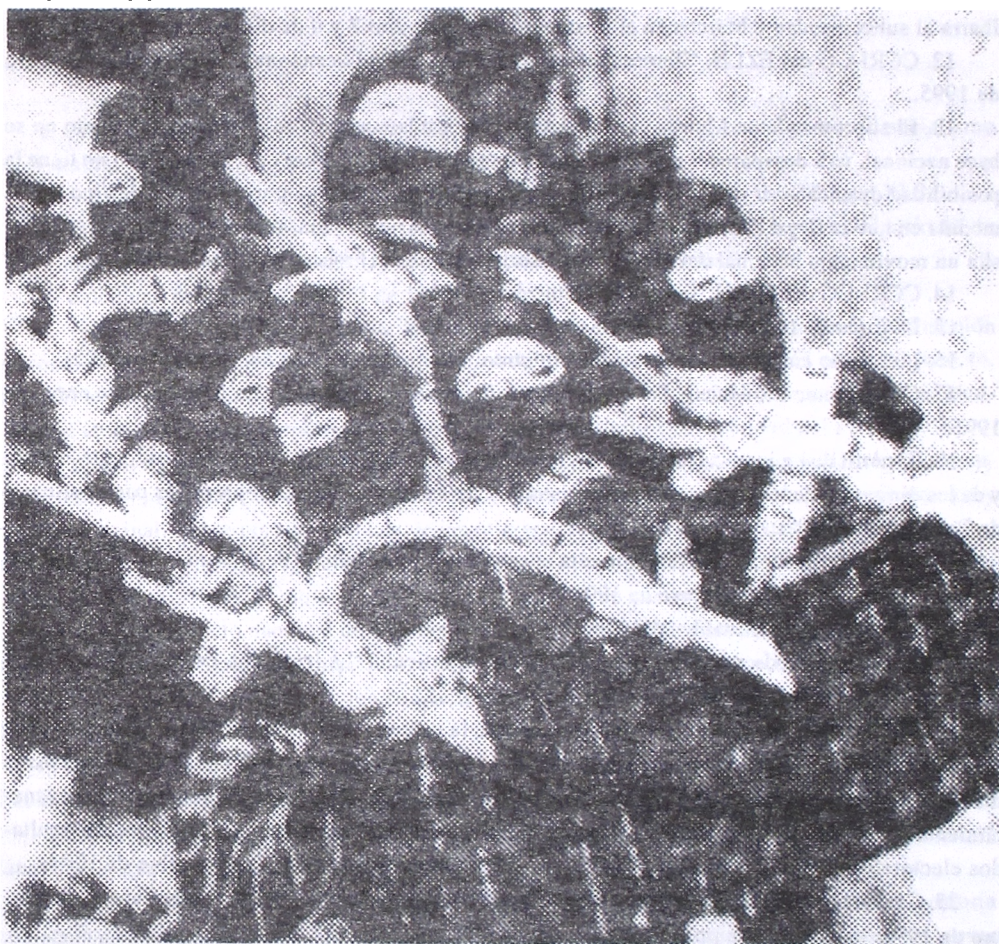
22. Aún está por hacerse un estudio detallado de la campaña electoral para las elecciones presidenciales del 94, en particular en este caso de Cárdenas. Pero lo cierto es que en la prensa, incluso la más abierta y crítica respecto del régimen, quedó como un hecho aceptado generalmente el desvanecimiento de las fronteras partidarias y de los respectivos candidatos presidenciales. Sobre los resultados electorales, *El cotidiano* publicó un interesante número especial, el 65, noviembre de 1994,

23. Cfr. Adolfo Gilly y Rhina Roux: "La crisis estatal prolongada", *Viento del Sur*, nro.3, diciembre de 1994, especialmente pp.10-11.

24. Esta reveladora expresión, plena de contenido, la retomo de Mario Payeras: "Asedio a la utopía", en *El socialismo en el umbral...*, cit., p.302, donde escribió: "Creo en el valor de la utopía como instrumento heurístico y como referencia teórica en esta hora de desplomes y necesarias recomposiciones del mundo por el que luchamos (...) es nuestro deber asediar la utopía, pensándola, construyéndola por ahora entre militantes y entre las masas como búsqueda programática y como certeza para un futuro que no puede tardar mucho".

25. Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del EZLN, junio de 1995. La jornada, 8 de junio de 1995. Continúa: "Un movimiento que encuentre el punto en el que todas las fuerzas democráticas coincidan. Un movimiento que enarbole un programa de lucha común. Un movimiento que proponga un plan de acción nacional de lucha por la democracia, la libertad y la justicia para todos los mexicanos, y por la defensa de la soberanía nacional".

26. "Estás de acuerdo en que las principales demandas del pueblo mexicano son: tierra, vivienda, trabajo, alimentación, salud, educación, cultura, información, independencia, democracia, libertad, justicia y paz?" (idem).



Ernest Mandel: recuerdos del olvido

Adolfo Gilly

1.

En la mañana del 21 de Julio de 1995, en Horefto, pequeña localidad griega al borde del mar Egeo, Michel Pablo (cuyo nombre real es Michel Raptis) me hablaba de su encuentro con Ernest Mandel en París durante la segunda guerra mundial. Michel Pablo, griego, nacido en Alejandría y criado en Creta, trotskysta desde 1936 y delegado al Congreso de Fundación de la IV Internacional en 1938, vivía en esos días en la ciudad ocupada por los alemanes, bajo la tenue cobertura de una beca de estudios y una convalecencia tuberculosa. Tenía en 1944 treinta y tres años de edad y un título de ingeniero urbanista. Ernest Mandel, nacido en Alemania en 1923 y criado en Bélgica por sus padres judíos emigrados, tenía 21 años y no terminaba sus estudios universitarios porque lo había arrastrado hacia otros futuros la pasión revolucionaria. En aquel París se incorporó a la Internacional de la cual Pablo era ya dirigente.

Una larga colaboración se iniciaba allí entre esos dos hombres de origen tan diverso, unidos por las mismas ideas y por formas diferentes, como después se vio, de aquella pasión: uno, entonces, el maestro; el otro, el joven y brillante discípulo. La que Pablo me contaba era al fin una antigua historia griega.

En la tarde de ese 21 de julio, a las 14:30, sonaba el teléfono de mi habitación en el hotel de Horefto y la voz de Pablo me decía: «Je dois te transmettre une bien triste nouvelle: Ernest vient de mourir» («Debo darte una noticia muy triste: Ernest acaba de morir»). Lo que sobre él habíamos hablado esa mañana quedó registrado en mi grabadora como parte de una larga entrevista con Michel Pablo sobre su vida.

2.

El 30 de septiembre pasado, unas seiscientas a setecientas personas de distintos orígenes, ideas y nacionalidades acompañamos los restos de Ernest

Mandel al viejo cementerio parisino del Père Lachaise. Allí quedaron sus cenizas cerca del Muro de los Federados, contra el cual fueron fusilados en 1871 algunos de los últimos combatientes de la Comuna de París. Viejos y jóvenes, estaba entre nosotros el griego Muchel Pablo, llegado allí para despedir al compañero de quien los caminos de la guerra y de la vida lo habían separado treinta años antes. Alguien le entregó el último libro de Mandel, *El poder del dinero*, traducido al griego, que éste le había enviado tres días antes de su muerte. Era una espléndida mañana de otoño y, aire de los tiempos, el cortejo canturreaba en voz muy baja, como un canto de otro tiempo, la vieja marcha fúnebre de los revolucionarios alemanes. Sin embargo, a ninguno de esos hombres y mujeres que allí se encontraban se les había caído encima el muro de Berlín, porque toda su vida habían luchado por derribarlo. No había caras alegres (salvo tal vez la mía, porque el cielo estaba muy azul), pero tampoco tristes. Después unos cuantos amigos nos juntamos y nos fuimos a comer couscous en un restaurante argelino.

3.

En nuestras conversaciones junto al mar Egeo, Pablo recordaba la llegada de Mandel, en 1944, al París bajo ocupación alemana: «Ernest era muy joven, muy brillante, lo mismo que Abraham León (autor de un libro memorable sobre la cuestión judía). Eran inseparables. Venían de la organización de izquierda de la juventud judía e ingresaron juntos a nuestro movimiento. Desde entonces, Mandel y yo estuvimos estrechamente unidos. El vivía en Bruselas y venía clandestinamente a París para nuestras reuniones. Allí se quedaba en nuestra casa y después se regresaba a Bruselas. Tenía hacia mí sentimientos como hacia un padre, y yo hacia él sentimientos como hacia un hijo espiritual. Yo estaba muy orgulloso de la adhesión de Ernest a la IV Internacional. Conocí también a su padre y a su madre. Su padre era un judío de izquierda, admirador de Trotsky, un hombre muy valiente. Sabía de los lazos no sólo de compañeros sino de amigos entre su hijo y yo y me decía: «Michel, es preciso que tu permitas a mi Ernest que llegue a ser también un universitario. Te lo ruego». Quería que su hijo tuviera un diploma, lo cual en aquel tiempo a nosotros nos tenía sin cuidado. (...) Hacia el fin de la guerra, Mandel fue apresado por los nazis, junto con Abraham León. A éste lo mandaron a un campo de trabajo y en pocos meses murió. De Ernest, no se dieron cuenta que era judío y como hablaba perfectamente alemán, lo pusieron como intérprete en una fábrica, de donde pudo escapar.»

4.

Desde entonces, la biografía de Ernest Mandel es ante todo una historia de ideas, unida a la historia de la IV Internacional. Junto con Michel Pablo, definieron en aquellos días de la posguerra, en la segunda mitad de los años cuarenta, las que serían las tres grandes líneas del programa de esa organización: la revolución política democrática en la Unión Soviética y los países del Este; la revolución socialista en Occidente; la revolución de liberación nacional en las colonias y países dependientes, el llamado Tercer Mundo; las tres entendidas como partes de un proceso combinado de revolución socialista en el mundo.

Bajo esas banderas, los trotskistas participaron en las luchas sociales y nacionales más diversas en sus países, siempre bajo la doble hostilidad de los comunistas seguidores de Moscú y de Pekín y de los cuerpos represivos de los Estados capitalistas. Es difícil imaginar hoy en qué medida aquella implacable hostilidad comunista se tradujo, desde los años 30 hasta los 60, en persecuciones, asesinatos, delaciones, prisiones y calumnias sin fin desde la misma izquierda.

Los trotskistas eran marcados como agentes de la Gestapo, de Franco, del imperialismo británico, de la CIA o de quien fuera, no tratados como una corriente política diferente de la misma izquierda. Avalada por Moscú y sus Estados y partidos clientes, esa campaña llevó a muchos a la cárcel y a la muerte. Cuando se escriba completa esta historia se verá cómo los crímenes más crueles del comunismo fueron los cometidos contra aquellos de su propia estirpe que se rebelaron y lucharon contra el camino de sangre de Stalin. No en vano hacia el fin de su vida, agotadas las palabras de la ira humana, Trotsky acudió a la Biblia y lo llamó Caín.

Este clima infernal, que Mandel llegó a vivir en los años 40 y 50, se atenuó después de las «revelaciones» de Jruschov sobre los crímenes de Stalin -«revelaciones» entre comillas, porque cuantos habían querido saberlos los conocían-, pero siguió pesando como una niebla cerrada en los sectores más atrasados de los comunistas, con un curioso reflejo especular en las mentes de la derecha que hasta hoy perdura. Es singular como uno de los mayores pensadores políticos de este siglo, León Trotsky, sigue siendo hoy casi desconocido en las universidades, donde figuras menores han tenido su éxito pasajero, exagerado y, al fin de cuentas, inmerecido. Pero así son ciertas costumbres académicas y algunos caminos de salvación de las buenas conciencias. La obra de Ernest Mandel, como la de Isaac Deutscher y algunos otros, contribuyó no poco, sin nada conceder a las costumbres o a las modas, a romper ese cerco de ignorancia y prejuicio.

5.

Cierta razón tenía el padre cuando insistía en que su hijo se diplomara. Ernest Mandel, con sus escritos teóricos como economista, trascendió ampliamente las fronteras de su organización política y, sobre todo, a partir de la segunda mitad de los años 60, tuvo una notable influencia tanto en el pensamiento de la izquierda como en los medios académicos. Recuerdo la admiración con que René Zabaleta, allá por la mitad de los setentas, me hablaba de la vastedad de conocimientos que el *Tratado de economía marxista* reflejaba en su autor. Esta obra en particular fue una bomba de largo efecto para demoler los manuales soviéticos y similares que degradaban la enseñanza, infectaban el pensamiento y cegaban toda visión teórica marxista.

Sin embargo, lo que Mandel consideraba su obra teórica mayor es *El capitalismo tardío*, cuya importancia comparaba con la que al principio tuvieron entre las ideas marxistas las obras de Hilferding y de Lenin sobre el imperialismo. En su última época, continuaba trabajando sobre su teoría de las ondas largas en el capitalismo, heredera de los estudios de Kondratieff y de Trotsky sobre el tema.

Cuando conocí a Mandel en Bruselas, en la primavera de 1960, estaba terminando de escribir su *Tratado...*, en el cual ponía -con razón, como los hechos probarían- grandes esperanzas. Yo había ido a verlo desde Amsterdam por alguna cuestión relacionada con documentos de viaje requeridos entonces por militantes de la revolución argelina. Recuerdo que, joven salvaje latinoamericano apenas desembarcado en los canales de Holanda, me llamó la atención su antigua casa europea, donde vivía entonces con su madre, dulce señora que me invitó a cenar junto con su hijo. Ernest tenía en su despacho una colección sorprendente de discos de Johann Sebastian Bach. Esa tarde caminé por la ciudad, mientras hacía tiempo para un encuentro. En una exposición maravillosa, descubrí los *móviles* de Alexander Calder y la grácil fragilidad de sus colores, sus equilibrios y sus movimientos. Todavía hoy se me devuelve, al recordarlo, el sentimiento de belleza que me invadió entonces.

6.

La ruptura entre Mandel y su maestro griego fue un acontecimiento doloroso para éste y, supongo aunque no lo sé, también para aquel. Sucedió precisamente en ese tiempo, entre 1960 y 1961, cuando Michel Pablo estaba preso en Holanda por actividades de apoyo a la revolución argelina. La guerra de independencia de Argelia era considerada en aquellos días por

Moscú y los comunistas como un movimiento nacionalista burgués que no merecía apoyo ninguno, mientras los socialistas formaban parte del gobierno francés que a sangre, torturas y fuego la combatía. Los argelinos tuvieron que organizar sus propias redes en el territorio metropolitano y hasta montar una fábrica secreta de armas en Marruecos.

Como siempre en estos casos, la separación entre esos dos hombres fue en el fondo una historia de ideas. Ambos pensaban, como tantos otros, que el sentido de la propia vida sólo podría ser contribuir a cambiar la vida y el mundo cruel e inhumano que habitamos. Ambos, como dije antes, coincidían en los grandes temas. Si a los dos debo definir en un término que los englobe, digo que eran entonces dos humanistas clásicos, uno de la antigua escuela griega, el otro del iluminismo y sus razones.

No toca aquí referir los datos inmediatos de esa ruptura, algunos de los cuales conozco tal vez mejor que nadie y otros seguramente no. Sé que, más allá de ellos y de sus afectos, fuerzas ideales poderosas arrastraban a ambos en sentidos divergentes.

En su expresión más abstracta -y en cierto modo, también más esquemática- puede decirse que uno, el de Bélgica, estaba convencido de que el vector de la revolución que iba a cambiar el mundo era el proletariado industrial. Su pensamiento venía del Marx del *Manifiesto Comunista* y de *El Capital*, sus años de formación habían transcurrido en el impresionante entorno fabril y minero de la metrópoli belga. El otro, el de Alejandría y Creta, habiendo crecido en un país europeo de frontera con una larguísima historia de lucha secular por su independencia nacional contra los turcos, más cercano al llamado Tercer Mundo que a la industria y al Medio Oriente que al Occidente, veía que en esos años cincuentas y sesentas la inmensa insurrección que sacudía al mundo era la que había entrevisto Trotsky desde el México de Cárdenas en los últimos años de su vida: la de la innumerable humanidad de los pueblos coloniales y dependientes contra las metrópolis imperiales, India, China, Indochina, Indonesia, Corea, Medio Oriente, Argelia, los países árabes, África entera, América Latina. Su pensamiento provenía del Marx de los *Grundrisse* y de las últimas cartas a Vera Zasulich.

No quiero dar a entender que ambos pensamientos eran antagónicos ni que uno excluía al otro. Simplemente, cuando se presentara la infaltable prueba de la práctica, que inesperadamente, como sucede siempre, apareció entre 1959 y 1960 con la guerra de Argelia, los iba a colocar sobre vías divergentes. El signo del siglo era, para uno, la revolución proletaria y socialista; para el otro, los movimientos nacionales y coloniales. A partir

de ahí, aunque ninguno se lo hubiera propuesto de antemano, surgían diferentes prioridades, visiones, futuros, formas de organizar y de luchar: uno pensando ante todo en los consejos obreros y las huelgas generales, el otro en las conspiraciones y las insurrecciones nacionales. Cuando éste quiso jugar la suerte de la organización a la revolución argelina, el otro se negó bajo formas diversas. La ruptura fue compleja y confusa, pero a partir de ahí Ernest Mandel sustituyó a Michel Pablo como el principal dirigente de esa extraña organización, la IV Internacional, y Pablo y sus partidarios siguieron, a partir de Argelia, otros destinos de ideas y de acciones.

7.

Ambos hombres conocieron en los años sesenta al Che Guevara. Ernest Mandel, invitado por el Che, lo visitó en La Habana en 1964, durante la polémica sobre los estímulos morales y materiales en la economía cubana. En 1975, en Estocolmo, me dijo que había sido la entrevista más impresionante de su vida. Michel Pablo conversó en 1965 una larga noche en Argelia con el Che, cuando éste preparaba su lucha en Africa y andaba buscando apoyos y recursos. En nuestras pláticas junto al mar Egeo me dijo que su figura le había recordado una poesía de Swinburne: «In his heart, wild desires. / In his eyes, the foreknowledge of death» («En su corazón, deseos salvajes. / En sus ojos, la presciencia de la muerte».) Días después pude preguntar a Régis Debray si su recuerdo del Che guardaba alguna semejanza con esa visión de Pablo. «Sí», me dijo sin dudar.

8.

El sesenta y ocho pareció dar la razón a la escuela de Ernest Mandel. Al menos en Francia, con millones de obreros en huelga general ocupando las fábricas bajo el emblema de la bandera roja, y en Checoslovaquia, con los trabajadores y los consejos de fábrica como el eje de la rebelión nacional contra la dominación soviética. Pero el 68 era también, por otro lado, la ofensiva del Tet en Vietnam, los estudiantes rojos en Berlín y en toda Alemania, las movilizaciones contra la guerra en San Francisco y Nueva York, el movimiento estudiantil en México, una ola de jóvenes que desde las periferias del planeta y de la producción industrial querían cambiar el mundo en que vivían y no sólo la relación laboral que aún desconocían.

En esos días la IV Internacional encabezada por Mandel creció rápidamente, al menos en Europa y en América Latina. En los setentas, Mandel recorría las universidades de múltiples países y llenaba el Che Guevara y otros auditorios. Tenía el honor de tener prohibido el ingreso, al mismo

tiempo, a Estados Unidos y a la Unión Soviética, a los países del Este y a Francia, Alemania, España y otros Estados, homenaje involuntario que el intelectual rebelde recibía de un mundo absurdo, inseguro y temeroso. La contraofensiva material, tecnológica, ideológica y bélica del capital en los años ochenta, lo que se ha denominado la reestructuración global del capital, cambió después el sentido de la marea y desvió hacia otros cantones los miedos de los poderosos, nunca empero desvanecidos del todo.

La escuela del griego siguió dando su prioridad al curso de los movimientos de liberación. «El sesenta y ocho europeo fue sobre todo una consecuencia de la influencia y la presión sobre la juventud de esos países de las revoluciones coloniales y guerras de liberación nacional de los años 50 y 60: la africana, la argelina, la vietnamita, la cubana, la china. No en vano la figura del Che Guevara fue su símbolo», me decía este pasado verano Michel Pablo. «El sentido más profundo del siglo XX ha sido ese inmenso movimiento de liberación de las colonias, los pueblos oprimidos y las mujeres, y no la revolución del proletariado, que era nuestro mito y nuestro Dios».

Desde Marx y los populistas rusos, esta controversia ha atravesado los movimientos revolucionarios de nuestro siglo.

Sé que para muchos ha perdido significado o que nunca lo tuvo: el futuro dirá, y no las modas de cada decenio. Creo yo que, en este tiempo incierto, inquieto y opaco a las miradas, lo sigue teniendo para quienes, habiendo aprendido por estudio o por experiencia la larga duración de la historia, se rehusan a aceptar la sociedad tal cual es, la ley del dinero y el universo del intercambio mercantil como el único horizonte pensable y posible para la convivencia humana.

9.

A esta intrincada y simbólica historia me llevaron mis recuerdos esa mañana de otoño en el Père Lachaise. Allí estaba también, en silencio y erguido en sus ochenta y cuatro años, el antiguo compañero griego de Ernest Mandel. Y muchos otros más. Despedíamos a un hijo utópico e irreductible de este tiempo, que desde su primera juventud había enfrentado en ideas, escritos y acciones a los poderosos de este mundo, a los señores y amos del Este y del Oeste y al vendaval inhumano del cinismo.

Suave estaba esa tarde la ciudad. En un kiosco callejero de libros usados encontré una novela de Oscar Vladislav de Lubicz Milosz que había oído nombrar y creía inexistente: *L'amoreuse initiation*.

México, DF, octubre 1995

INPRECOR

Correspondencia de Prensa Internacional
para América Latina

Revue internationale pour l'autogestion

UTOPIE CRITIQUE

Viento del Sur
Viento del Sur

Revista de ideas, historia y política

VIENTO SUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

RESEÑAS

Del Moncada a Chiapas

*Historia de la lucha armada en
América Latina*

*De Daniel Pereyra
Los libros de la catarata, Madrid, 1994*

Quienes desde hace ya muchos años compartimos ilusiones y esperanzas con Daniel Pereyra, el «Che» Pereyra como se lo conociera tiempo atrás en Perú y en otras latitudes del continente, sabíamos en que andaba desde hace casi un lustro.

Descubriendo un oficio que ignorábamos en él, buceaba en todos los rincones, indagaba a todos a quienes reencontraba, aquí en el país donde desarrolló lo mayor de su militancia, y allí en España, a la que fue para cobijarse bajo el exilio ibérico, como tantos otros perseguidos por una dictadura militar que no perdonaba haber estado tan cerca de socavar los pilares del régimen en Argentina.

Como tantos otros, reconstruyó su vida en el exilio, pero a diferencia de muchos, no puso fin a su actividad política, ni cortó los lazos

con nuestra América Latina. Este libro es testimonio público de ello. Quienes aún a la distancia mantuvimos con el intercambio de opiniones y debates francos, y tuvimos acceso a las primeras versiones, sabemos del esfuerzo y la voluntad puesta en juego. Recogió cuanto documento encontró en cada país; solicitó revisar cuanto archivo, público o privado, logró detectar; entrevistó a todos los que accedieron a ello, y cuando nada de esto era posible indagó en los indicios, esos rastros que, según el historiador italiano Carlo Ginzburg, dejan en la vida las clases populares y a través de los cuales el historiador puede reconstruir tramos de su historia, o su historia misma.

En cierta forma el resultado final es producto del esfuerzo personal y su tesón militante, pero también resultado de una voluntad colectiva, materializada en todos aque-

llos que, habiendo participado en los años 60 y parte de los 70, aportaron lo que conservaban como testimonio de sus propias vidas, y recurrieron a su memoria histórica individual, para rescatar una memoria colectiva que recupera a una generación de revolucionarios que, desde distintas ideologías y prácticas políticas, asumió como ninguna otra la idea de que no bastaba con comprender el mundo de injusticias y explotación en que vivía, sino que era llegado el momento de transformarlo.

Ese método indiciario, probablemente no conocido por nuestro autor, y del que casi con seguridad tampoco esté anoticiado de la reciente y rica polémica entablada entre el Subcomandante Marcos y el historiador y militante Adolfo Gilly, está presente en este libro, que al decir de Michael Löwy en la introducción a la segunda edición, «...es sin duda, la más completa historia de los movimientos de lucha armada en América Latina: sencilla, precisa, sistemática, con todos los datos y las fechas, y ningún efecto retórico, ni recurso a la jerga académica. Es la mejor introducción para los que quieran saber cómo y por qué se alzaron en armas en el continente tantas personas y grupos, a veces pueblos enteros, durante los últimos cuarenta años. No es una historia impersonal, abstracta, contiene muchos nombres de luchadores, hombres y

mujeres de carne y hueso, héroes, víctimas, desaparecidos..., desde los más conocidos, como el Ché, Santucho, Ana María Villarreal, Marghela, Lamarca, Miguel Enríquez, Camilo Torres... hasta los anónimos de los que sólo queda un seudónimo: José...»

Quienes se adentren en la lectura de este libro no esperen encontrar una elaboración historiográfica académica, ni elucubraciones teóricas respecto a una conclusión de este período tan complejo como creativo, no ha sido ese el objetivo del autor. Por el contrario con rigurosa prolijidad Daniel Pereyra levanta un cuidadoso inventario país por país, organización por organización, fracción por fracción, de los diversos partidos y grupos, sus rupturas y reagrupamientos, sus pautas programáticas y concepciones estratégicas. El libro constituye así una gran base de datos puesta al servicio de quienes quieran reconstruir esa historia y elaborar su propio juicio crítico.

Se pasan revista en el texto al surgimiento de las primeras organizaciones foquistas; las estrategias político militares; el período de desarrollo de la llamada «guerra popular prolongada»; la combinación de estrategias de guerrilla con movimientos insurreccionales urbanos; las concepciones «de guerra civil revolucionaria», etc.

Nunca como entonces las estructuras de la sociedad latinoamericana-

na y sus estados fueron sacudidos con tanta virulencia y continuidad en el tiempo. La dimensión y profundidad de estos sacudimientos, así como la envergadura diferente que en cada país alcanzaban las distintas organizaciones guerrilleras tienen que ver con las particularidades de cada formación social, con situaciones históricas, políticas, sociales e ideológicas diferenciadas, pero Daniel Pereyra encuentra, en este marco de rasgos comunes y a la vez diferenciados, un hilo conductor. Este hilo es la crisis del sistema político de dominación, la aparición generalizada de dictaduras militares o la instalación degradante de democracias tan formales y vacías como autoritarias, que cancelaban toda mediación entre la sociedad civil y los estados, en el marco de crisis de un capitalismo dependiente caracterizado por un desarrollo insuficiente y deformado de sus fuerzas productivas. *Del Moncada a Chiapas*, muestra el hilo de continuidad existente entre esas luchas y las profundas causas que las originan. Sobre estas causas los movimientos revolucionarios armados se afirmaban en un fuerte sentimiento anti-imperialista, que cuestionaba la hegemonía económica y militar de los EE.UU., así como en una posición crítica frente al comunismo oficial de la hoy ex-URSS y su política de coexistencia pacífica. La combinación de estos dos elementos, a

los que hay que agregar el surgimiento de los movimientos contestatarios al interior de los países centrales y la aparición de una verdadera contracultura en las artes, en las letras y en la vida cotidiana, otorgó un formidable dinamismo a las ideas de la transformación social encarnadas más que emblemáticamente en las organizaciones revolucionarias.

Aunque recoge la tradición revolucionaria desde la época colonial, *Del Moncada a Chiapas*, se centra en el período que va desde los inicios de la Revolución Cubana hasta la abrupta aparición del movimiento neozapatista en México. Sin embargo las conclusiones de Pereyra, nos consta, fueron redactadas antes del alzamiento chiapaneco del 1º de enero de 1994. Plantea ya la posibilidad de que volvieran a surgir expresiones de lucha armada, en la medida en que el nuevo orden mundial sigue condenando a la represión y a la miseria a las mayorías de América Latina. El libro deja abierta cuando menos una pregunta, que no se encuentra allí pero está implícita, ¿el EZLN es una estribación del pasado? ¿es un subproducto tardío y a contramano de esta época?, o por el contrario, con sus rasgos peculiares y originalidades en un contexto de adversidad más que continental, ¿está prefigurando las nuevas condiciones de la lucha social en el siglo entrante? ¿dónde lo nuevo contiene partes indisolubles

de lo viejo? o, como suele decirse, « lo que el árbol tiene de florido le viene de lo que tiene sepultado...»

La aparición de este libro, en estos tiempos de desvalorización de todo proyecto de transformación radical de nuestras sociedades, de fuga del pensamiento crítico, de pérdida de las certezas, es un verdadero parteaguas. El hecho de que la primera edición se haya agotado en sólo cuatro meses, habla del interés que ha

despertado. Es que, *Del Moncada a Chiapas, historia de la lucha armada en América Latina*, resulta de consulta imprescindible, para todos aquellos que quieran reconstruir nuestra historia reciente, mirando con esperanzas el futuro.

Eduardo Lucita



REVISTA DE REVISTAS

ALFAGUARA, Casilla Nro.1616, Correo Central, Montevideo.

Nro.12 . Octubre/Noviembre 1995. M.Benedetti: Democracia light; J.Petras: Perspectivas de liberación, alternativas al neoliberalismo en A.L.; Reportaje a J.Sabalza: Cable y democracia; H.Rocha: El largo vuelo del Cóndor; D.Trelles:Polinesia Mon Amour; Y.Dumnova: La situación en la Rusia actual, Moscú en junio; G.Melazzi: Algunos temas recientes de la economía mundial y el proceso de trabajo.

VIENTO SUR por una izquierda alternativa, Aribau 16, Principal 2da., 08011, Barcelona, España. 400 pesetas en España.

Nro.21 mayo-junio 1995. J.Albarracín/T.Berro/P.Montes/A.Moral/J.Nieto/I.Uribari: En busca del sindicalismo perdido; LL.Quinónero/M.Romero: Sobre «Tierra y Libertad»; I.Bárcena: Después de la cumbre del clima; Rouge; Francia. Algo se mueve en la izquierda; S.Cuadra/J.G.Pulido/A.Recio/J.Pastor: Balance de las elecciones municipales; Documento para el debate: Conferencia Mediterránea Alternativa.

DOXA, Conde 1045, Dto.2, (1426) Buenos Aires, Argentina. Suscripción anual \$24.Año IV; Nro.13. Invierno-primavera 1995.

J.Holloway: Movimiento zapatista y crisis financiera mundial; W.Bonefeld: Practica financiera y perversión entre autonomía y estructura; T.Vármagy: Proletarios de todos los países perdonados; H.Thomas: Escasez y generación de tecnología: ¿ Una racionalidad productiva diferenciada?; E.Logiudice: La pobreza: ¿Es un peligro para la democracia?.

REALIDAD ECONOMICA, IADE, H.Yrigoyen 1116, piso 4, (1086) Buenos Aires, Argentina. Suscripción anual \$75. C.Altamira: Hacia una revolución en el trabajo; O.Battistini/A.C.Dinerstein: Desocupados, precarizados, y estables: alienación y subjetividad en el trabajo; J.Lindenboim: La desocupación: ¿un flagelo insuperable?; La humanidad sobrante. Una indagación sobre el desempleo; M.Manzanal: Globalización y ajuste en la realidad regional argentina. ¿Reestructuración o difusión de la pobreza?; R.Bledel: El egoliberalismo económico; E.Sader: Los desafíos del final del siglo.

TESIS II Internacional, Av.de Mayo 1370, piso 14. oficinas 355/356, 1085, Buenos Aires, Argentina. \$ 4. Nro.25. Elecciones rusas. Claves para el futuro de ese país; La discusión de la izquierda en América Latina; Balcanes: La mesa de los derrotados; Fidel Aquí; Debate internacional: Sobre las causas del fracaso del «socialismo real»; Cuba: discretas mejoras en el nivel de vida; Brasil: Una cruenta lucha por la tierra; Centenario de Engels.

CRITICA MARXISTA, Editora Brasiliense, Av.Marquês de São Vicente, 1771, 01139-903, São Paulo, Brasil. Nro.2, 1995.

J.Gorender: Hegemonía burguesa reforçada pela prova eleitoral de 94; J.Miglioli: O marxismo e o sistema econômico soviético; I.Camargo Costa/M.E.Cevasco: Terry Eagleton: uma apresentação; T.Eagleton: Capitalismo, modernismo e pós-modernismo; T.Pellegrini: Aspectos da produção cultural brasileira contemporânea e

o papel da teoria marxista; J.Q. de Moraes: A «forma asiática» e o comunismo agrário primitivo; Entrevista con I.Mészáros; Debate: Atualidade do marxismo e da revolução: F.Fernández, J.Petras, A.Boito Jr, E.Sader, O.Coggiola.

MONTHLY REVIEW, 122 West 27th Street, New York, 10001. Suscripción anual U\$S 29. Vol.47, Nro.3, July/August 1995. E.M.Wood: What is the «posmodern» agenda? An Introduction; D.McNally: Language, history, and class struggle; F.Mulhern: The politics of cultural studies; entrevista con A.Ahmad; M.Marable: History and black consciousness; C.Stabile: Posmodernism, feminism, and Marx; J.B.Foster: Marx and the environment; D.Nugent: Northern intellectuals and the EZLN; J.Rosenberg: Hobsbawm's century.

UTOPIE CRITIQUE. Revue Internationale pour l'autogestion, Editions Syllepse, 42, rue d'Avron, 75020 Paris, Francia. 60 francos en Francia. Nro.7, tercer trimestre de 1995: «Land and Freedom»: entrevista a Ken Loach; N.Béniès: Retour sur les débuts de la crise financière; Sous-commandant Marcos: Lettre / A.Gilly: Traces, présages et histoires; D.Berger: Internationalisme et internationale(s); H.Moreno: José Carlos Mariátegui. Penser par soi-même; M.Löwy: Lucien Goldmann ou le pari communautaire; M.Lequenne: Les gangsters de la révolution. Reseñas, coloquios.

SCIENCE AND SOCIETY. Guilford Publications, 72 Spring Street, New York, 10012. Suscripción anual: U\$S 38 air mail. Vol.59, Nro.3, Fall 1995. Dossier sobre Lenin: Evaluation, critique, renewal. A.Shandro: «Consciousness from whithout»: marxism, Lenin and the proletariat; K.Anderson: Lenin's encounter with Hegel after eighty years: a critical assessment; J.Willoughby: Evaluating the leninist theory of imperialism; T.McDonough: Lenin, imperialism, and the stages of capitalista development; A.Rubinstein: Lenin on language, literature and censorship; J.P.Pittman: «Sources», «Component parts»: Lenin's rhetoric of enlightenment; P.N.Siegel: General Volkogonov's biography of Lenin; M.Rothenberg: Lenin on the state; J.Ehrenberg: Class politics and the State.

DEBATE MARXISTA, Casilla de Correo 4284, Correo Central, 1000, Buenos Aires, Argentina. Nro.6, Noviembre de 1995. Liga marxista: nuestro homenaje a Engels; R.Astarita: Desocupación y capitalismo; E.Mondes: Desocupación y consignas transicionales; M.Legarralde: Ley federal de educación; C.Guzmán: Primarización de los conocimientos; D.Gluschankof: Un moderno enfoque de la dialéctica de la naturaleza.

DIALEKTICA. Revista de Filosofía y Teoría Social, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, Puan 470, 4to. piso, 1604, Buenos Aires, Argentina. \$ 6. Nro. 7, Septiembre de 1995. Dossier: Figuras de la dominación de clase en la Argentina: reportajes a R.Astarita, E.Lucita y A.Puiggrós, artículos sobre DDHH y Universidad; entrevista con J.Holloway; L.Althusser: Nota acerca de las «Tesis sobre Feuerbach»; C.Bravin y P.Gilabert sobre el Estado; A.Burmani: Ficciones argentinas; E.Glavich: Marxismo e innovación. Proyectos, documentos, agenda, reseñas.


Cuadernos del Sur

EDITORIAL:	Trabajo y no trabajo.
JESUS ALBARRACIN/ PEDRO MONTES	El debate sobre el reparto del empleo.
CLAUDIO LOZANO/ ROBERTO FELETTI	Convertibilidad y desempleo Crisis ocupacional en la Argentina.
ALAIN LIPIETZ/ MAXIME DURAND	Francia: La reducción del tiempo de trabajo y la compensación salarial.
OSKAR NEGTE	La imaginación productiva.
ADOLFO GILLY	Entre Babel y la ciudad futura
ARTURO ANGUIANO	¿Una nueva izquierda en México?
ADOLFO GILLY	Ernest Mandel: recuerdos del olvido.
RESEÑAS	Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina.

Artistas plásticos invitados:

Ernesto de la Cárcova (1867/1927) - Antonio Berni (1905/1981)

Juan Carlos Romero (1931)

Tierra
del  fuego